

23 

Marcela Paz y
Alicia Morel

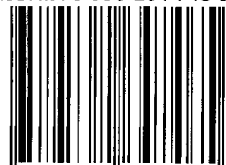
**PERICO TREPA
POR CHILE**

EN TIERRA DEL FUEGO, PERICO DEBE DEJAR LA ESCUELA PARA CONVERTIRSE EN PASTOR, EL OFICIO DE SU PADRE. SABE QUE VA A EXTRAÑAR A SU PROFESORA, A SUS COMPAÑEROS, ESE GRAN MAPA DE CHILE COLGADO EN LA MURALLA... PERO LO QUE PERICO AÚN NO SABE ES QUE, SIN PROPONÉRSELO, ESTÁ A PUNTO DE EMPRENDER UNA AVENTURA MEMORABLE, EN LA QUE GRACIAS A LA AYUDA DE DIFERENTES AMIGOS PODRÁ CUMPLIR SU SUEÑO Y TREPAR POR TODO CHILE.

MARCELA PAZ Y ALICIA MOREL SON DOS RECONOCIDAS ESCRITORAS CHILENAS. MARCELA PAZ ES LA CREADORA DEL POPULAR PERSONAJE PAPELUCHO Y GANADORA DEL PREMIO NACIONAL DE LITERATURA EN 1982. EN EDICIONES SM HA PUBLICADO JACKY, PAZUCA EN LA DUNA, EL SOLDADITO ROJO Y LOS PECOSOS, TODOS EN LA COLECCIÓN EL BARCO DE VAPOR. ALICIA MOREL POSEE UNA LARGA TRAYECTORIA EN LA LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL DE NUESTRO PAÍS. ES AUTORA DE MÁS DE MEDIO CENTENAR DE LIBROS. EN EDICIONES SM HA PUBLICADO LA COLECCIÓN DE CUENTOS EL SECRETO DEL CARACOL.

A PARTIR DE 9 AÑOS

ISBN:978-956-264-746-5



9 789562 647465

23
Ch

Perico trepa por Chile

Marcela Paz y Alicia Morel

sm

sm

EL BARCO



DE VAPOR

Marcela Paz y Alicia Morel
Perico trepa por Chile



N023CH

EL BARCO



DE VAPOR

Perico trepa por Chile

Marcela Paz y Alicia Morel

ediciones **sm**

1 El fueguino

—¡Perico, vuelve a contar!

—Pero si conté bien, señorita.

—Contaste solo hasta treinta... —la profesora parecía a punto de enojarse—. Escucha, Perico, ya es hora de que pongas atención. Sabes leer y escribir, pero cuentas solo hasta treinta. ¿Qué te pasa? Toda la clase sabe contar hasta mil...

Perico miró al suelo. Tenía sus razones para no saber contar como los otros. Pero no podía decirlas. Empezó a pasar el dedo en torno al pupitre.

—¡Perico!

—Sí, señorita —se levantó y miró de frente a la maestra.

—¿Tienes alguna preocupación? ¿Hay problemas en tu casa?

Perico miró a sus compañeros que reían y también rió. Sus grandes dientes blancos separados brillaban en su cara morena, más morena por el acholo. En realidad, no sabía si todos se reían de él y tampoco entendía las preguntas de la profesora.

Por fin se decidió a contestar:

—Sí, señorita, hay problemas... —dijo.

—Bien, Perico, hablaremos después —y continuó la clase.

Perico tenía ocho años y le gustaba mucho ir a la escuela y jugar con los compañeros. Su vida era muy sola en el rancho de su padre, tan lejos de todo. Tan lejos que para ir a la escuela tenía que hacerlo en el caballo de su padre y salir de noche en invierno. Pero el animal conocía el camino a ciegas y ni siquiera tropezaba.

Vivían en Tierra del Fuego, la zona más austral de Chile, donde los días son tan cortos en invierno que apenas hay cinco horas de luz. Al revés, en verano son tan largos que todos se acostaban en pleno día, porque la noche era la corta.

En sus pequeñas tierras de lomas suaves, el padre de Perico criaba ovejas finas, que él mismo pastoreaba. Le había dicho a Perico que el día que pudiera contar hasta cincuenta, tendría que hacerse cargo del rebaño. Pero Perico prefería continuar yendo a la escuela, aunque para llegar a ella tenía que salir a veces con dura lluvia y el viento helado que lo traspasaba más que la nieve. Y por eso Perico no aprendía a contar hasta cincuenta.

—Si mi padre me pone de pastor, tendré que estar toda mi vida contando ovejas, como él —pensaba Perico mirando el largo mapa de Chile que colgaba en un muro de la sala de clases—. No. Algún día treparé por mi tierra igual que una araña. Recorreré hasta el último rincón...

Pero esa misma noche, durante la comida, su padre le dijo:

—Perico, desde mañana cuidarás mis ovejas. Empieza el buen tiempo y es hora de que me ayudes.

—Pero papá, usted tiene cincuenta ovejas. Yo sólo sé contar hasta treinta...

—Contarás las treinta y luego veinte más. Así sabrás que están ahí mis cincuenta borregas.

A Perico se le alargó la cara. Ya no volvería a la escuela, no vería las fiestas de fin de año, no galoparía a todo lo que daba el caballo de su padre para llegar a tiempo. Se aburriría atrozmente cuidando y contando ovejas, solo, entre lomas.

Sintió ganas de llorar, porque no podía adivinar las sorpresas y aventuras de su nueva vida.

—Al menos podré ir a despedirme de los amigos y de mi maestra... —moqueó.

—Irás sólo a eso. Luego vuelves al monte, donde estaré esperándote...

Desde ese momento, la escuela se convirtió en lo más maravilloso y alegre de su vida. Soñó toda la noche con sus compañeros que corrían y gritaban jugando. Parecían tener alas y volar sobre los patios...

Se despertó y partió corriendo a ensillar su caballo. Galopaba pensando en la soledad que lo esperaba un par de horas después.

No quiso decirles a sus amigos que ya no volvería. No quería que lo compadecieran. Quizá se lo contaría a la profesora. Llegó hasta su pupitre y se sentó como todos los días. Trataba de no pensar que al salir a recreo se iría para siempre de ese mundo y sería un pastor. Solo. Mudo. Con

disimulo, sacó un clavo de su bolsillo y grabó su nombre en su pupitre: "Perico el trepador".

Salió con todos al recreo, y de pronto se acercó a su profesora y, sin mirarla, le dijo:

—No volveré. Desde ahora cuidaré las ovejas de mi padre... —y sin esperar comentario, corrió hacia el cobertizo, apretó la cincha a su caballo y, montando de un salto, partió a todo galope.

Llegó al lugar del pastoreo.

—No has traído almuerzo y es tarde —dijo su padre—. Será mejor que empieces desde mañana...

—No, papá, tú dijiste que empezaría hoy...

—Debiste llegar más temprano para eso. Lleva al rosillo a casa. Está todo sudado, llévalo al tranco. Almuerza.

Por un momento, Perico sintió rabia. ¿Por qué lo habían hecho volver de la escuela a media mañana? Luego reaccionó, al torcer la rienda y encaminarse paso a paso a su rancho. Tenía que olvidarse del colegio. Al fin y al cabo, un día u otro, todos dejan la escuela para irse a trabajar. Ahora le tocaba pensar en algo para no aburrirse de pastor... Y vio la imagen del pastorcito del nacimiento con su flauta. Sí, él podía hacerse una de caña. Con su flauta llamaría a las ovejas, inventaría una melodía para ellas y para el mundo entero. Quizá sería un flautista famoso y entonces viajaría por todo Chile hasta llegar a Arica. Bien caminados, quizá podría hacer el recorrido en una semana.

El rosillo alargaba el camino con su lenta marcha. A él no le pasaría eso —pensaba Perico—;

nunca se había cansado. Seguramente el rosillo era viejo...

Lo dejó pastar un rato y luego sintió sonar sus propias tripas.

—Yo también tengo hambre —le dijo tirándolo de la rienda—. ¡Andando!

Esa noche, cuando Perico se metió a la cama junto a su hermano chico, su padre le indicó:

—Mañana tendrás que levantarte más temprano. Yo te despertaré. Y llevarás tu almuerzo en el morral con lo que te ha preparado tu madre.

Perico se tapó con la frazada y apretó bien los ojos que querían llorar.

—Ella no es mi madre —murmuró bajo la ropa—. Mi madre está en el cielo. Ella es puramente mi madrastra, la madre de mis hermanos chicos. Pero no mía. Mi madre es linda, mucho más buena y me quiere tremendo porque yo soy su único hijo y ella es mi única madre. ¡Entera mía!

Sorbió con fuerza y apretó la cabeza contra el colchón, tratando de dominar su pena. Más le valía pensar en las melodías de su flauta, en ser famoso por su música, en llenar Tierra del Fuego con el poder de sus canciones... No miraría demasiado a las ovejas. Las cuidaría, sí, pero estaría mirando mucho más lejos. Flautista famoso y trotatierras de Chile; esa era su ambición...

2 ¡Falta una!

Le pareció que recién se había dormido cuando su padre lo despertó remeciéndolo. Salió de la cama sin despertar a su hermano chico. Su madrastra y la hermanita menor dormían aún.

La cocinilla estaba encendida y el cuarto olía a café y pan tostado. Su padre removía unas tortillas sobre las brasas y la leche subía en la olla. El desayuno tenía un sabor especial; así, compartido entre él y su papá.

—Te pondrás mi poncho viejo. El frío pica mucho a esta hora —le dijo su padre.

—¿Puedo llevarme un cuchillo? Quiero hacerme una flauta de caña —explicó Perico.

El padre eligió uno. No tenía mango ni filo, pero eso no era problema, ya que lo afilaría en una piedra. El poncho, al ponérselo, llegó al suelo. Mejor, así lo calentaba entero.

—No te entretengas demasiado con la flauta. Recuerda que estarás trabajando y cuidando del ganado. No puede perderse una oveja.

Salieron juntos y levantaron la tranca del corral. Las ovejas se empujaron impacientes por salir a comer y partieron atropellándose en la escasa claridad.

Perico las siguió y en el camino ubicó a tientas unas cañas que cortó para llevar consigo.

—Mientras esté oscuro, no te preocupes. Las ovejas estarán juntas y no se moverán comiendo el pasto con rocío. Cuando terminen de ramonear, ya habrá aclarado.

Trotando junto a su padre, sintió Perico que se calentaba, a pesar del aire helado. Los días empezaban a alargarse cuando llegaba el verano.

Por fin se detuvo el rebaño. El padre de Perico se despidió repitiendo sus recomendaciones y volvió a casa.

Perico se dejó caer sobre los cojines de pasto áspero y húmedo y afirmó su cabeza en el morral para dormir otro poco. El poncho tenía un olor familiar y casero que lo hacía sentirse acompañado mientras miraba al cielo, donde, entre vapores de niebla, navegaban las estrellas. Descubrió entre ellas unas que parecían un volantín gigante y pensó ponerles nombre, pero el sueño le cerró los ojos.

Lo despertó un extraño cosquilleo. Algo corrió sobre su cuerpo y llegó a rasguñarle su nariz. Perico dio un salto justo a tiempo para ver desaparecer un cururo en su pequeña cueva.

—¡Especie de ratón! —lo insultó—. Me sacaste de un lindo sueño... —y se puso a escarbar con la caña la cueva del cururo.

Ya era de día y Perico recordó de pronto su trabajo. Con espanto se vio solo en el llano. Ninguna oveja se divisaba por ningún lado. Creyó vivir una horrible pesadilla.

—¿Estaré despierto? —se preguntó dándose un

pellizco en la mejilla, que le dolió harto.

Corrió de un lado a otro, pero no había una sola oveja a la vista. Quizá cuánto dormiría... Su corazón tamborileaba de susto.

—¡Si al menos tuviera un perro ovejero! Mi padre debe dármelo. Se me pierden las ovejas cuando ni siquiera he fabricado mi flauta... ¡No pueden estar muy lejos!

De pronto le dio calor y se sacó la manta, dejándola caer. Fue entonces cuando divisó muy lejos un grupito del rebaño y más allá otras pocas ovejas. Impaciente comenzó a contarlas.

En un grupo contó diecisiete, treinta en el otro y dos que pastaban muy lejos. Treinta y dos y diecisiete, se dijo maravillado de contar más de treinta. Luego contó otra vez las treinta y dos, y siguió hasta contar cuarenta y nueve. Volvió a contar y una vez más resultaban cuarenta y nueve las ovejas. ¡Faltaba una!

Corrió con su larga caña a reunir las, arreándolas con gritos hacia el sitio donde dejó su manta, la recogió y llevó el piño al lugar donde había dormido. Ahí estaba su morral y las demás cañas. Quiso abrir el morral porque tenía hambre, pero se aguantó porque primero tenía que encontrar la oveja perdida. ¡Qué diría su padre si fallaba el primer día!

Buscó en las quebradas, entre los arbustos achatados por fuertes viento... ¡Pero nada!

Allá abajo, camino del rancho, donde su padre apilaba el coirón enfardado, le pareció ver algo.

—Podría ser... ¿Pero por qué se ha ido sola? O quizá quedó atrás desde un principio.



Se deslizó por la loma y a medida que se acercaba, el bulto se parecía más a una oveja.

Por fin estuvo cerca y, ya seguro, le extrañó la rara actitud del animal: estaba inmóvil, con la cabeza levantada y no comía.

Perico llegó hasta ella y comprendió lo que pasaba: estaba dando vida a una ovejita, pero tenía problemas. Vio en sus ojos una terrible angustia: lo miraba como pidiendo su ayuda. El corderito tenía solo la cabeza y una pata afuera y se esforzaba inútilmente en tratar de adelantar su otra patita. Perico había visto muchas veces a su padre ayudando a una oveja en situaciones como esta y no vaciló en imitarlo. Solo que le faltaban fuerzas... Logró alcanzar la patita doblada y sus manos inseguras pudieron sacarla de su aprieto.

La oveja madre se levantó del pajar en que estaba echada, mientras Perico recogía en sus brazos al corderito que respiraba mal. Sujetó su cabeza en sus brazos, que caía sin aliento, y poco a poco logró que la sostuviera. Los ojos asustados se calmaban y cuando la acercó a la madre, ella lengüeteó el hociquito negro y fue limpiando a la ovejita. La recién nacida hizo un esfuerzo por levantarse, pero no pudo tenerse en pie.

Por un rato Perico olvidó sus deberes de pastor; confiaba en que el piño reunido siguiera comiendo y que no llegara su padre a sorprenderlo lejos del rebaño.

Al fin la ovejita baló y respiró tranquila. Perico la levantó en brazos para darle calor y se encaminó hacia donde estaban las otras. La madre los siguió.

Con el animalito en sus brazos, Perico sentía una rara felicidad. La corderita se acurrucaba contra él, parecía quererlo y aceptar su cariño.

—Eres mía —le decía Perico—, yo te ayudé a vivir. Quizá te hubieras muerto si no me acerco en este momento. Vas a ser mía toda la vida, mía propia. Yo te cuidaré siempre... Cuando tenga mi flauta te enseñaré el llamado y tú me ayudarás a arrear el piño. Nadie nos separará, ¿quieres?

La recostó sobre su manta, porque la pobre no podía sostenerse. Tenía las patas blandas y se doblaban. La madre se acercó y logró darle su leche. Le costaba tragar y demoró su primer almuerzo.

Perico echó una rápida contada a las ovejas y no se admiró de contar cincuenta y una. ¡Ahora sí eran cincuenta y una! Sonrió mientras abría su morral y devoraba su almuerzo.

Apenas empezó a oscurecer, el pastor arreó el rebaño camino del corral. Cogió en sus brazos a la recién nacida, mientras la oveja madre lo seguía muy de cerca. La acomodó en un rincón del corral para que las otras no la atropellaran, colocó la tranca y se fue al rancho.

Su padre no había regresado, de modo que decidió guardarse el secreto de su ovejita propia. Al verla tan debilucha podían querer sacrificarla.

Comieron sin su padre y cuando terminó de lavar los platos se metió en la cama en que ya dormía su hermano. Estuvo un buen rato desvelado pensando si le diría o no a su padre su secreto.

Pero el padre no llegó y finalmente se quedó dormido.

3 *Una sorpresa*

No necesitó que lo despertaran esa mañana. Funcionó su reloj invisible. Le pareció escuchar el balido de su ovejita y, en un momento, se caló la manta y los zapatos. No había desayunado, pero sí estaba lleno su morral. Seguramente su padre no regresó; muchas veces tenía que quedarse en el pueblo.

Aunque estaba oscuro, no le costó ubicarse. Las ovejas, impacientes, parecieron saltar hacia afuera. Atrás, en un rincón, como si temiera ser atropellada por las otras, estaba la oveja madre con su hija. En la oscuridad, Perico pudo palpar que la pequeña trataba de arrodillarse sin lograrlo. La tomó en sus brazos y partió tras el rebaño.

Brillaban todavía en el cielo las estrellas que él ya conocía y a las que bautizó sin más con los nombres de los tres magos: Gaspar, Baltasar y Melchor. A la cuarta le puso Pastor, ya que ahora lo guiaba a él.

Perico caminaba con la corderita sobre sus hombros. Las ovejas corrían delante, desdeñando el lugar donde pastaran el día anterior, y trepaban las lomas.

Por fin se detuvieron en la más alta y para entonces ya estaba claro y el volantín de estrellas se había escondido en el cielo. Acomodó a su ovejita junto a la madre y decidió tallar su flauta.

Afiló el cuchillo en una piedra y fue en busca de las cañas que dejó olvidadas el día antes.

—Mis compañeros deben ir llegando a la escuela —pensó—. No el Lucho, que siempre llega atrasado, pero sí los demás, con sus caballos viejos, la mayoría. Yo estoy mejor aquí, después de todo, sin que nadie me pregunte y me mande al pizarrón.

Eso le trajo el recuerdo del mapa de Chile que miró tanto el último día para no olvidarlo nunca. ¿Por qué su país sería así, tan largo y angosto? Claro, ahora recordaba: estaba apretado entre el mar y la montaña, la inmensa cordillera de los Andes.

—¡Mar! —se dijo—, algún día lo conoceré de verdad, porque ahora lo conozco de cuento no más. Sé que tiene olas como los lagos y tesoros de piratas. ¡Ah! ¡Y también ballenas! Le haré punta a mi otra caña para que me sirva como lanza para cazarlas, por si acaso...

Terminó su flauta y ensayó un sonido. Sí, le salió algo con más ruido de soplo que de melodía.

—Suenan. Las ovejas y yo aprenderemos juntos a tocarla —sonrió.

De pronto vio correr a una oveja y luego a otras; parecían huir, lejos de él, atropellándose. Por un momento creyó en la magia de su flauta, pero dio un salto al ver que en realidad arrancaban de un animal. Era un perro no demasiado grande, un ovejero, mezcla de razas inglesa y

chilena; precisamente el perro que deseaba pedirle a su padre para juntar el piño con silbidos, como había visto hacer a los arrieros en las estancias.

—¡Caramba! Apenas quiero una cosa, la tengo —pensó mirando con atención las maniobras del ovejero. Pero en ese momento sucedió lo inesperado: el perro se lanzó a morder a una oveja y la echó al suelo, enfurecido. Era un animal salvaje, de aquellos que se crían solitarios y rabiosos, y que cuando se juntan en manadas pueden comerse un rebaño entero.

Se desató el lazo que llevaba siempre consigo amarrado a la cintura y se lanzó contra el perro a latigazos, dispuesto a vender cara la vida de sus ovejas.

—¡Ah, ah, salvaje! —gritaba a todo pulmón—. ¡Yo te las voy a dar!

Sus gritos asustaron momentáneamente al animal, que soltó su presa. Y el carnero, como si comprendiera su obligación, agachó la cabezota y empezó a escarbar el suelo y a dar topetadas en el aire.

—¡Vamos, macho, ayúdame con tus mujeres! —seguía gritando Perico, haciendo girar el látigo como una hélice. Las ovejas se apiñaban lejos, trotando hacia el llano y, entre ellas, iba la oveja madre. La corderita nueva había quedado atrás, balaba débilmente y en vano quería levantarse, mientras el perro salvaje se le acercaba al galope.

De dos saltos, Perico estuvo junto a ella y sacándose la manta la tiró sobre el perro sin dejar de dar gritos raros que asustaban al animal. El perro

se debatía envuelto en la manta y Perico aprovechó para lanzarle una piedra. El perro quedó quieto; la piedra, de buen tamaño, lo había aturdido.

Tomó en brazos a la ovejita y la acarició para alejar sus temores.

—Estoy para cuidarte —le decía—, no debes tener miedo de los perros salvajes cuando yo estoy cerca.

Entretanto, miraba sin pestañear el bulto del perro, cubierto con su poncho gris. En cualquier momento podía recuperarse, lanzarse de nuevo al asalto. Bajó al suelo a la oveja y le estiró las patas, tratando de que se sostuviera; pero sus piernas eran débiles y miraba a Perico con sus ojos de botones tratando de explicárselo. En un impulso, volvió a levantarla en sus brazos.

—Oye, Mirasol, ese será tu nombre, porque no hay otro más lindo para ti. Yo, al igual que tú, me demoré en aprender a caminar. Pero lo estuve ensayando hasta que me resultó.

Le pareció que Mirasol sonreía, aunque seguía temblando.

—No debes tenerme miedo —la acarició suavemente—. Debes confiar en mí. No quiero que me tengas miedo... —y sin saber por qué, besó a la corderita y ella le lamió la cara. Perico sintió una extraña alegría. Era la primera vez que alguien le hacía cariño. No recordaba los que seguramente le hizo su madre, porque ella murió antes de que él tuviera memoria.

La oveja madre estaba ahora a su lado. Puso a Mirasol en el suelo para juntarlas. Luego, armán-

dose de valor, se acercó al bulto del perro para recuperar su poncho. Recogió la misma piedra grandota y la caña que pensaba un día usar para las ballenas. Al levantar la manta, el perro salvaje despertaría para atacarlo y tendría que defenderse...

Se acercó poco a poco. Mirasol mamaba lejos, moviendo su colita de felicidad. El rebaño se había tranquilizado y pastaba a distancia. Tendrían tiempo de huir si el animal enloquecido atacaba de nuevo.

Con mucho cuidado cogió la punta del poncho y lo levantó. Las patas rígidas del perro no se agitaron. El aturdido no despertó y esto dio confianza a Perico.

—¡Caramba! Le pegué en la cabeza. Soy bastante capo en puntería a ciegas.

El perro tenía el hocico abierto y un hilo de sangre goteaba entre sus dientes.

—¡Pareces bien aturdido! —exclamó inclinándose sobre el cuerpo—. No me digas que te maté... No lo pensé, solo quise defender a mi rebaño.

Se atrevió a tocar al animal y luego lo dio vuelta.

—Te maté sin querer —dijo como disculpándose—. Lo que se llama en defensa propia.

Sentía una rara sensación de remordimiento, una tristeza. Quizá no era de hombre apenarse así. Si el perro no hubiera estado loco, habría sido su mejor compañero. Sacudió la cabeza para tirar lejos la confusión que lo llenaba:

—No debo olvidar que soy el de mejor puntería en toda Tierra del Fuego. Quizá de todo Chile.

Y miró al cielo, triunfante. Entonces...

4 ¿Ovnis o marcianos?

Vio un punto en el espacio azul. Se acercaba desde gran altura. Podía ser un marciano en su platillo volador, o quizá un ovni. Eran cosas que contaban en la escuela sus compañeros, y cuando la profesora los oía, explicaba: "Hay gente que dice haberlos visto, incluso en Punta Arenas, pero están en estudio".

—Puede ser uno de esos —exclamó alborotado— y yo lo veré y podré estudiarlo.

Rió al darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—Se nota que estoy solo todo el día, ya hablo conmigo y no me aburro.

El "platillo" brillaba y se acercaba a gran velocidad. El pastoreo lo estaba poniendo imaginativo, además de hacerlo hablar solo, porque lo que se aproximaba era un simple avión, uno de tantos que van de Cerro Sombrero a Manantiales y a Punta Arenas en los afanes petroleros. Su Tierra del Fuego era muy importante con sus "pozos de oro negro, por la escasez mundial", como decía la profesora. Pero este avión que se acercaba parecía más chico, frágil e inseguro. No surcaba el cielo como una bala, como algunos que viera;

vacilaba igual que un volantín o un pájaro que está aprendiendo a volar, dando brincos.

—Diría que está en apuros —murmuró Perico—. Quizá no tiene bencina y como esta es la tierra del petróleo trata de aterrizar...

Todo se produjo más rápido que su pensamiento. El avión se vino a tierra, no muy lejos, clavándose de nariz.

Perico corrió hacia el sitio donde cayó. Desde la loma vio que el aparato empezaba a incendiarse. Llamas y humo lo envolvían. Mientras corría, pensó: "Debo ir a casa a pedir auxilio, tengo que avisar... pero entretanto se puede quemar el piloto. Quizá pueda ayudarlo".

Y corrió más rápido hacia el avión caído.

Ya sentía el calor de las llamas, pero siguió acercándose y, envuelto en humo, vio al piloto que trataba de salir del aparato.

Perico se metió el gorro hasta los ojos para disminuir el calor y cogió la mano del piloto, tirándolo hacia él; pero estaba amarrado por una fuerte correa y no podía zafarse. Sacó su cuchillo y, aunque le costó bastante, soltó la amarra entre toses y ahogos por el humo venenoso. El hombre, al verse libre, se arrastró hacia afuera medio asfixiado y quejándose. Perico comprendió que no era capaz de alejarse de ese montón de fierros que ardía bulliciosamente y con todas sus fuerzas lo fue tirando hasta dejarlo lejos de la hoguera. El piloto parecía aturdido; ahora no se quejaba. El niño se apresuró a apagar los pedazos del buzo que vestía el hombre y le corrió el cierre de arriba



a abajo, tratando de sacárselo. El piloto abrió los ojos, pero no dijo nada.

—Voy a buscar ayuda —le explicó el pastor, sacándose el gorro y apartando el humo.

Partió a toda carrera hacia su casa pensando que su padre podría hacer algo por el herido. O él mismo partiría al galope en su viejo caballo a dar aviso al retén de carabineros.

José, su hermano chico, salió a su encuentro.

—Se cayó un avión —gritó—, mi mamá y yo lo vimos.

—Sí, casi me cayó encima. ¿Ha vuelto papá?

—No.

Perico fue en busca de su madrastra, que había dejado de cocinar y se arreglaba para ir a dar aviso a los carabineros de lo que habían visto.

—Tía, el piloto está herido y bastante mal —dijo Perico.

—Llévale esto mientras tanto —la tía le pasó la botella del “fuerte”—. Menos mal que está vivo —continuó—. Iba saliendo para ir a pedirle al compadre que dé aviso por radio... Llévale esto al piloto y dile que vendrá pronto la ambulancia. José quedará cuidando la casa y a tu hermana mientras vuelvo...

José alargó sus labios a punto de hacer pucheros; se moría de ganas de ir a ver el desastre: era el primer accidente que veía en su vida y estaba loco de curiosidad. Perico, entretanto, se tomaba un enorme vaso de agua. Luego llenó una botella y, cogiendo la que contenía el “fuerte”, partió corriendo con ellas por las lomas. Aunque le dio

una puntada, siguió, acortando apenas el paso. El camino le parecía interminable... Menos mal que ya divisaba el humo de los restos del avión y eso lo animaba a continuar sin darse un descanso.

El piloto estaba menos aturdido y aceptó el trago de aguardiente.

—La tía fue a pedir ayuda —dijo Perico, viendo la mirada del piloto.

—Gracias, me salvaste la vida. Pero me temo que tengo una pierna quebrada y no puedo moverme.

—Hay un hospital en Porvenir y otro en Cerro Sombrero. En todo caso, pronto vendrán a buscarlo, porque lo vieron de muchas partes.

Esa era la ventaja de aquella parte plana de la isla, que todo se veía.

El piloto bebió otro poco. Tenía las manos quemadas, no podía moverlas y Perico le acercaba la botella a la boca.

—Yo lo estaba mirando cuando volaba alto —le dijo— y entonces lo vi caer como un pájaro al que le han pegado un hondazo.

—No pude evitarlo. Algo le pasó al motor. Perdí altura con mucha rapidez... Fue terrible. Vi venir el suelo. Alcancé a dar aviso por radio.

Cerró otra vez los ojos. Ojalá se hubiera dormido. No se quejaba, aunque sus piernas debían dolerle y las manos y todo el cuerpo.

Entonces divisó a los lejos algo que se acercaba: era el jeep de los carabineros. Seguramente vieron caer el aparato o quizá oyeron el llamado por radio, porque era imposible que su madrastra hubiera logrado comunicarse tan pronto.

Perico sonrió al ver los brincos que daba el jeep por las lomas. Alcanzó a distinguir que venían tres personas en él y una jera su madrastra!

—¿Vive todavía? —preguntó el carabinero practicante que tenía una cruz roja en la manga. Saltó al suelo al ver que Perico asentía y corrió hacia el piloto.

—Les avisaron desde Cerro Sombrero por radio —explicó la madrastra—. Yo los encontré por el camino y les serví de guía.

Todos se acercaron mientras el practicante examinaba cuidadosamente al piloto preguntándole “¿le duele?” a cada rato. Luego le clavó una inyección y armando una camilla de lona, recostaron al herido en ella y lo llevaron al jeep.

Se alejaron muy lento para no dar tantos corcovos. Su madrastra partió con ellos. Y Perico, con sus ovejas, otra vez se quedó solo.

5 Terrible amenaza

Cuando volvió a su casa, su padre había llegado. La madrastra le contaba la caída del avión y el rescate del piloto. Sería tema para muchas tardes, ahí donde casi no sucedía nada.

—Hola, hijo, ¿es verdad que lo viste caer?

—Sí. Lo había divisado cuando todavía era un punto en el cielo. Al verlo bajar tan brusco, pensé que era un águila, pero en ese instante se convirtió en avión, viniéndose abajo, cerquita de mí.

—¿Te dio miedo?

—Ni me acuerdo, porque corrí altiro al verlo arder...

—¿Te acercaste?

—Claro. Ayudé al piloto que no podía salir, porque estaba amarrado. Con el cuchillo corté la correa.

—¿No te quemaste las manos?

Perico se las miró.

—Chamuscadas no más. Me dolían los ojos con el humo, pero me metí la gorra para taparme hasta las narices.

—¿Y el piloto?

—Tuve que hacer harta fuerza para sacarlo.

Después dijo que tal vez tenía una pierna quebrada.

—¿Y entonces?

—Vine corriendo a casa a dar aviso y pedir ayuda. La tía me dio un frasquito con fuerte para llevarle. Le costó tragarlo, pero abrió los ojos.

La tía sonreía esperando alabanzas.

—Supongo que registrarías el avión después que se llevaron al piloto —preguntó su padre.

—Primero recogí las ovejas. Luego volví donde humeaba todavía. Era el primer avión al que me acercaba, aunque ya no quedaba mucho de él. Estaba casi oscuro, pero le eché otra mirada antes de venirme. Los fierros retorcidos ya se habían enfriado. Encontré esto y lo guardé de recuerdo.

Perico alargó a su padre una pistola medio fundida.

—¡Caramba, un recuerdo sólido! —rió su padre.

—¿Sirve? —preguntó el niño.

Su padre se la devolvió sonriendo.

—Sí, como recuerdo solamente. El calor la fregó. Nunca podrá funcionar, Perico.

—Da igual, no había pensado matar a nadie...

—Te portaste bien hombre, hijo. Porque ya eres hombre. Bien mereces tu recuerdo... Pero ahora tengo que contarte mis negocios. Eres parte de mi equipo. Vendí las bestias a un gringo y vendrás conmigo a entregárselas. Es un viaje de esfuerzo para ti, pero si trabajas conmigo...

Perico sintió algo raro, como ganas de llorar. Por un lado le halagaba que su padre lo tomara en cuenta. Pero... se llevarían a Mirasol y eso

le dolía tremendo. Con un esfuerzo grande, se tragó la pena.

—¿Las vendiste todas, papá? —preguntó al fin.

—Clarito. Las cincuenta. Son finas, están preciosas y me pagaron bien. Compraré nuevas que crecerán y engordarán a tu cuidado.

—Y entonces las venderás —murmuró Perico tristemente.

—¡Bravo! Entendiste el negocio. No todos son capaces de formar un ganado de selección. ¡Y tú vas como socio! —rió el padre, sin darse cuenta de la pena de Perico.

Había vendido a la oveja madre y con ella se iría la cría recién nacida. La pobre no podía separarse de su madre y se iría con ella... Aunque le explicara a su padre la verdad y su pena, igual se iría Mirasol. No iba a deshacer el negocio por eso.

Esa noche, mientras todos dormían, Perico tomó una decisión: partiría con su ovejita, fuera ella donde fuera. Lo necesitaba para no morir aplastada por las otras y él la necesitaba a ella porque era su única cosa propia.

A la mañana siguiente, su padre lo esperaba con el desayuno como el primer día de trabajo. Le gustaba estar solo con él, sin los hermanos chicos ni su madrastra. No medían el pan, ni la leche ni el azúcar mientras hablaban de muchas cosas que interesaban a los dos.

—Iré contigo a ver las ovejas y el avión caído —dijo el padre sopeando el pan en su jarro.

Perico comprendió que había llegado el momento de contarle lo de Mirasol. ¿Qué pasaría

entonces? Los grandes son dueños de muchas cosas y no entienden lo importante que es para un niño tener algo propio: un animalito vivo... Empezaba a aclarar cuando salieron al corral. Sintieron un galope. ¿Quién podría venir a esas horas? El padre se detuvo.

—¡Iré más tarde! —le gritó a Perico volviendo sobre sus pasos.

Era una suerte. Una gran suerte. Perico abrió las trancas y recogió a la ovejita envolviéndola en su manta mientras azuzaba al rebaño hacia las lomas.

—Dios me está ayudando —pensó el niño—. Nada se puede si no empujan de arriba. Ojalá que mi padre se entretenga bastante y no venga a ver el ganado.

Las estrellas amigas se iban borrando en el cielo. Esta vez las ovejas buscaron pasto más lejos, lo que daba tiempo para ver si alguien se acercaba. Acomodó a Mirasol junto a la madre y comenzó a sacar sonidos a su flauta.

De pronto se dio cuenta de que la ovejita estaba sobre sus patas que apenas la sostenían. Batía su colita como un remolino apoyada contra la oveja madre. Perico se alegró de ver que ya podía alimentarse sola, pero luego sintió una punzada de tristeza: Mirasol ya no lo necesitaría como antes.

—Soy tan egoísta como el José —pensó enojado—. La quería para mí, tullida, y ahora me apena verla sana. Menos mal, así el gringo, si la descubre, tendrá que pagar por ella y entonces la cuidará.

Tomó su flauta y ensayó, sin quitar la vista de su oveja, una canción para ella. Surgió una melodía muy simple, pero linda, y el pastor la repitió una y otra vez para aprendérsela.

Su padre no venía aún, aunque, sí, alguien se acercaba. Al poco rato distinguió el jeep de los carabineros, que seguía su propia huella hacia el avión destrozado. Dio una mirada al rebaño y corrió a juntarse con ellos. El carabinero que manejaba lo reconoció y lo presentó a su acompañante:

—Aquí tiene al salvador del piloto.

—Teniente Campos.

El teniente le estrechó la mano con fuerza.

—¡Mis felicitaciones! —dijo—. Quiero confirmar las notas que se tomaron ayer, pero prefiero oír tu relato de los hechos. Eres el testigo principal.

Perico se sintió muy importante. El teniente se acomodó en una piedra para tomar apuntes de lo que contara el pastor. Informó que el piloto estaba recuperándose aunque tenía quebradas ambas piernas y muchas quemaduras. El niño volvió a relatar lo sucedido, y en seguida el teniente le alargó el papel, cuando acabó de escribir.

—Tienes que firmar tu declaración. ¿Quieres leer lo que anoté?

Perico dijo que no. El teniente le aconsejó que siempre leyera antes de firmar, pero el pastor pensó que con lo lento que leía, iba a pasar un buen rato antes de la firma. Tomó el lápiz del teniente y puso su nombre con letra insegura.

—Gracias por tu confianza —dijo el teniente.

Entretanto, el otro carabinero examinaba los restos del avión, y apartó algunas piezas metálicas que mostró a su jefe.

—La matrícula —dijo indicando una lata enroscada—. El número del motor y lo que queda de la radio.

—Todo fundido —confirmó el teniente.

—El perito averiguará la razón del accidente con estas piezas.

Perico recordó la pistola que recogió como recuerdo, pero no dijo nada. Se la quitarían, aunque no servía ya. En cambio para él formaba parte de su tesoro. Se despidió de los del jeep y volvió donde sus ovejas, que se habían dispersado. Mientras reunía el rebaño, tocó la flauta junto a Mirasol; las ovejas parecían escucharla, y aprenderían pronto a seguirlo por la melodía. Lo que más le interesaba era que la aprendiera su Mirasol.

Cuando al anochecer Baltasar asomó tímidamente en el cielo, Perico hizo sonar su flauta para que el rebaño emprendiera el regreso. Varias veces repitió el sonido y con su caña larga empujó a las remolonas.

De pronto recordó que no volvería con ellas a los pastos. Al día siguiente partiría con su padre a entregarlas al gringo. Otras iban a ser las ovejas que tendría que cuidar. Pero no se separaría nunca de Mirasol. La tomó en brazos y regresó al rancho sin sospechar lo que traería la siguiente mañana.

6 Y ahora ¿qué?

Al llegar a su casa advirtió un enorme camión corralero, casi tan grande como el rancho.

Sentados a la mesa con su padre había dos hombres. Uno de ellos tenía una barba rubia y al momento el pastor comprendió que era el gringo al que su padre le vendió las ovejas. Tomaban aguardiente, mientras chirriaban unos costillares sabrosos en la cocinilla.

Su padre lo presentó a los hombres, agregando que era "el salvador" del piloto. Perico se sintió enrojecer y empezó a molestarle que repitieran la historia.

—Además es mi socio —decía el padre—. Cuida mi ganado —y agregó, dirigiéndose a él—: Perico, el señor Smith prefirió venir en su camión a buscar las ovejas, porque dice que pierden peso con el viaje a pie y que, como son finas, pueden quebrarse las patas.

Y se echó a reír estrepitosamente.

—Usted no tiene miedo a viajar de noche —comentó su madrastra al gringo.

—Casi no hay noche ahora —rió él—. Se ahorra tiempo.

—Tiempo y plata —dijo el padre.

—Sobre todo platita, porque a mi ayudante le pago por horas —y el señor Smith le pegó un codazo a su joven compañero que bebía sin hablar.

Los ojos de Perico brillaron. Había llegado el momento. Aún sentía el olor de su ovejita en la manta y veía sus ojos suplicantes pidiéndole que no la abandonara. Como una orden, una voz dentro de él repetía: "Partiré con ella".

—Entonces —dijo a su padre haciendo una carraspera para darle fuerza a su voz—, ¿se llevarán las ovejas esta noche?

—Si Dios y el aguardiente lo permiten —contestó *mister* Smith y rió de nuevo.

Se empinó el vaso y a Perico le cargó su risa, su barba dura, rojiza, que le hacía recordar a un pirata malo, cruel, asesino de ovejas.

Se fue al rincón donde dormía con su hermano y sacó cuidadosamente de debajo del colchón su pistola fundida. La escondió en su bolsillo y volvió a la mesa, donde ya estaba servido su plato.

Tenía hambre pero se cuidó de comer solo un poco; quería guardar algo para el viaje, que podía ser largo. Llevaría su flauta, su cuchillo, su pistola y los pocos ahorros que tenía. No imaginaba hacia qué lugares tendría que seguir a Mirasol.

Por de pronto, le estorbaba la manta oscura; si iba a mezclarse con el rebaño debería parecerse a él.

—Toma un trago o te dará frío —le dijo el compañero de Smith.

Perico sonrió al hombre que le caía simpático y se caló la vieja chomba de lana de ovejas, tan parecida a ellas mismas. Recogió su plato y preguntó si podía guardar su ración para el día siguiente. Nadie le contestó...

Cuando al amanecer lo remecieron, no recordaba su preocupación de aventuras y le costó volver a la realidad.

—Vamos, hombre, tienes que ayudarme a echar el rebaño al camión...

Perico saltó al suelo y al mojarse la cara le vino a la memoria su proyecto. Rápidamente cogió el paquete que había preparado y lo echó en su morral.

Afuera la noche era muy oscura, pero estaba brillando Baltasar, que le serviría de guía en caso necesario. Abrió las trancas y fue despertando a las ovejas y empujándolas hacia afuera. Aun a tientas descubrió a Mirasol y la escondió en su chomba. El pioneta y el gringo habían ajustado el puentecillo al camión. Por él podían pasar estrechamente una a una y entre los tres hombres las iban contando.

—Cuando vendo ganado yo mismo lo cuento y cuando lo compro, igual —decía Smith, sin perder la cuenta.

A Perico le pareció que esa frase le echaba el mundo encima. ¿Cómo iba él a meterse al camión con su ovejita?

Se fue quedando atrás con Mirasol y la madre. Había que turbar al gringo en la cuenta. A pesar del frío, transpiraba.

—Treinta y siete, treinta y ocho —contaban las voces roncadas.

Se acercaba su turno. Había que aventurarse. Cogió a la madre de Mirasol y la empujó por el lomo, forzándola a subir el puente. La oveja trepó, pero cuando el pastor se apartó de su lado, se echó atrás y armó el desorden entre las que seguían.

—Llevábamos cuarenta y tres —dijo el gringo con rabia.

—Yo conté cuarenta y cuatro —alegó su padre.

—Sí, pero una se volvió atrás. Solo han subido cuarenta y tres.

Perico dio un nuevo empujón a la oveja madre y al hacerlo, confiado en la oscuridad, se arriesgó a pasar junto a ella por el puentecillo y gateó bajo sus patas.

—Ahora sí que van cuarenta y cuatro —gritó Smith.

Pero al continuar contándolas le salieron cincuenta y una.

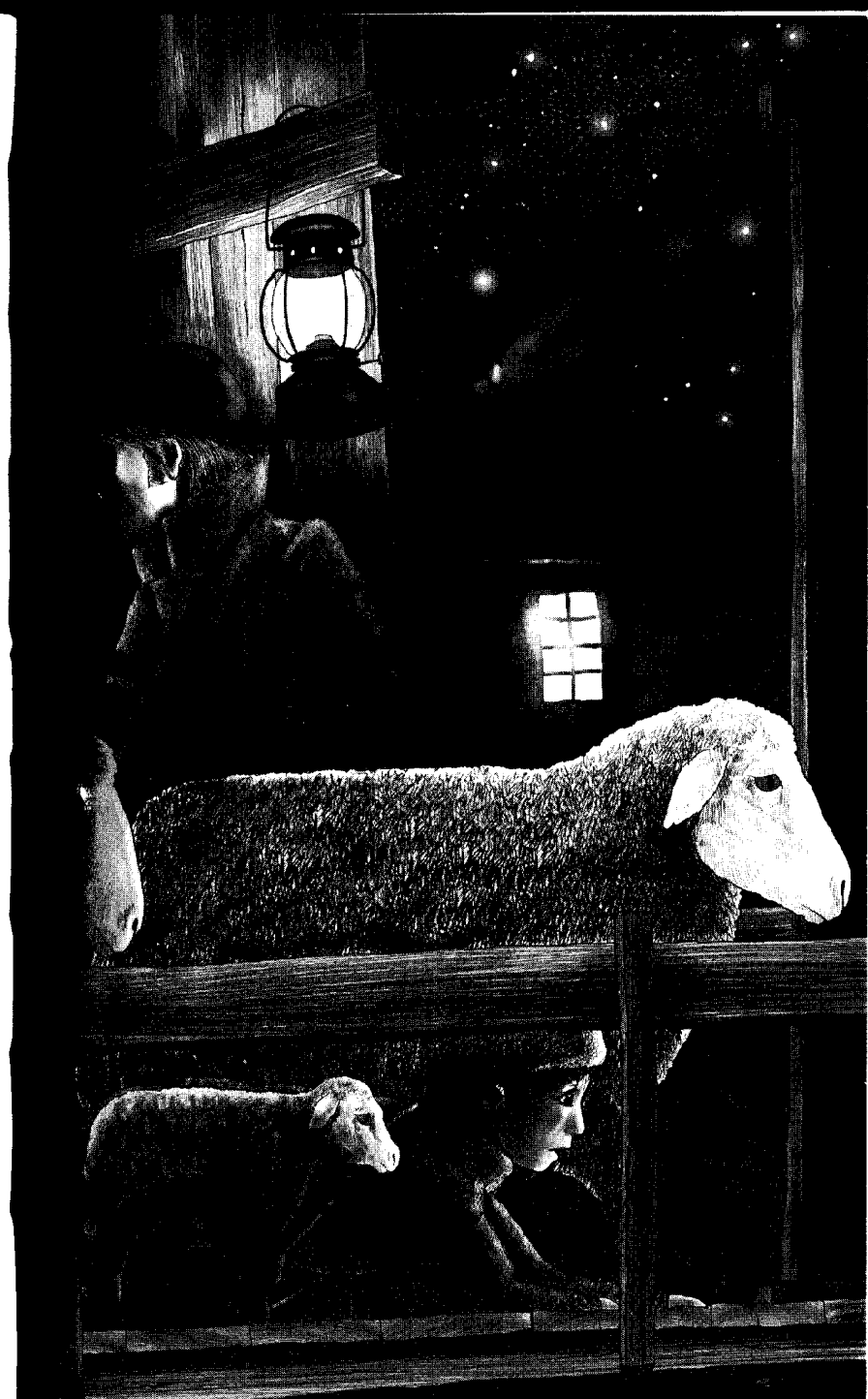
—Usted tenía razón, señor Smith. Mis ovejas son cincuenta.

El gringo rió:

—Yo nunca me equivoco.

Y subió el puente amarrándolo a la baranda ya bien fija en el camión.

—Estoy conforme —añadió, mientras Perico se acomodaba entre las patas del ganado del primer piso, lo que no dejaba de ser incómodo. Ya se las arreglaría para subirse al de arriba cuando pudiera. Oyó los adioses y el motor del vehículo apagó cualquier otro ruido. Los focos iluminaron



las praderas y partieron. Perico respiró. Su padre casi lo descubrió, pero ahora jamás lograría alcanzarlo. Por lo demás, no se iba para siempre. Volvería en cuanto Mirasol comiera sola y esto sería pronto, cualquier día...

7 Rumbo desconocido

Pero no fue así. A veces, lo que se planea resulta muy diferente y sucede lo que nunca se pensó.

Perico se acomodó en un rincón cerca de la baranda con Mirasol en sus rodillas. La madre, a sus espaldas, le servía de cojín. Iba calentito entre sus gruesas lanas que amortiguaban los saltos y se durmió sin problemas. Nunca supo cuánto viajó.

Cuando el camión se detuvo, abrió los ojos y era pleno día. Los hombres se bajaron a almorzar en un barrancón. Había algunas casas y calles. Perico aprovechó para comerse lo suyo, aunque guardando un poco para más adelante. Las ovejas balaban, empujándose. Seguramente tenían hambre y extrañaban la libertad de las lomas y el pasto mojado de cada día. Mirasol era la única que se alimentaba con la leche de su madre.

Perico asomó su cabeza revuelta y el ventarrón le refrescó la cara. Las calles estaban solitarias y algunos árboles inclinados por el viento austral se movían como haciéndole señas.

Pasaron dos personas agachadas defendiéndose del viento, otras caminaban hacia atrás arrimadas a los muros para no caer.

Al mirar a su alrededor, Perico empezó a reconocer Puerto Porvenir, donde una vez vino con su padre. En esa ocasión solo estuvieron en un frigorífico, donde congelaban la carne de los corderos: los convertían en trozos de hielo color granate. Jamás lo olvidó.

El día fue muy largo esperando en el camión, largo de luz también. Perico, mirando al cielo, comía su merienda.

Pensaba en los patagones, enormes indios que antes poblaron su tierra. Decían que ahora quedaban muy pocos, escondidos en los canales del poniente de la gran isla.

De pronto apareció el gringo con su pioneta. Traían sus gorros muy metidos y abrazaban sus ponchos avanzando contra el horrible viento.

—Estamos listos —dijo Smith—. Tanto papel para un embarque. Ahora hay que preocuparse de alimentar el ganado para que no pierda peso.

Treparon al camión y partieron, acelerando por las calles del puerto. Bruscamente frenaron. ¿Dónde estaban? Este sí que era un lugar desconocido. Tenía un ruido nuevo, un olor nuevo, algo que Perico nunca antes escuchó ni olió jamás...

8 ¡Contratado!

—¡Arre! ¡Uh, uh! ¡Arre! —gritaba una voz áspera. Un frío afilado hirió la espalda de Perico al soltarse las ovejas que lo apretaban. El puente ya estaba puesto en el camión y no dio tiempo al muchacho para pensar en el peligro inmediato. Las ovejas bajaban medio tullidas. El gringo las picaneaba brutalmente...

Perico saltó afuera junto a la cabina y, una vez en tierra firme, se jugó entero, acercándose a los hombres. Había una gran barcaza atracada al muelle donde por otro puente trepaban semiaturdidas las ovejas.

—¿Puedo ayudar? —preguntó acercándose—. Soy pastor.

El pioneta lo miró fijamente; por un momento Perico creyó que lo reconocía.

—Parece que te he visto antes... ¿Verdad, amigo? —le preguntó.

Perico negó con la cabeza y empezó a levantar las ovejas tullidas estirando sus patas suavemente. Hacía bastante fuerza y esto lo notaron los otros.

—Eres en verdad pastor —dijo el gringo con feroz risotada—. Y te necesitamos. Te ganarás unos

pesos si haces comer y beber al rebaño.

El niño entró en acción como técnico. Empezó a guiar al piño con maestría. Las ovejas lo reconocieron y sintió gratitud hacia los inocentes animales, llevados a cualquier parte por los hombres.

—¿Eres de aquí? —preguntó el gringo, mirándolo con atención—. Aunque hace años que trabajamos con ovejas, no sabemos manejarlas como tú.

Perico contestó sin volver la cabeza.

—No, no soy de Porvenir. Vengo de tierra adentro —y sacó su flauta como quien muestra un documento. Necesitaba ganar tiempo y demorar la tarea para que no descubrieran a Mirasol. Se llevó la caña a la boca y comenzó a repetir la única melodía que le resultaba.

—¿Habrà pasto aquí? —preguntó luego al gringo—. Si han viajado mucho, lo necesitan más que el agua.

—No te preocupes, ya recibirán su ración a bordo —contestó el barbudo—. Iremos a buscarlo.

Hizo señas al pioneta y gritó a Perico:

—Cuídalas mientras volvemos.

Se alejaron, pero miraban hacia atrás para vigilar al pastor.

—Señor, que no me reconozcan —rezó él—. Mirasol y yo estamos perdidos si tú no nos ayudas.

Se sentía cansado y hambriento. Pero había que actuar rápido, antes de que volvieran los patrones. Con esfuerzo levantó a las últimas ovejas y subió al camión para bajar a Mirasol. Corrió con ella por la planchada tendida entre la barcaza y el

muelle, y todo el piño lo siguió. Acomodó a su ovejita junto a la madre, que siempre iba tras él.

Terminaba la tarea cuando regresaron los dos hombres.

—Bien, chiquillo —dijo el gringo—, tienes pasta de ovejero. ¿Quieres venir con nosotros?

—Sí, señor.

—Andando, entonces. Súbete a la barcaza.

Su suerte estaba echada. No había posibilidad de volver atrás. Lo importante era salvar a su oveja. Más adelante vería cómo regresar a casa.

La cabeza de Perico empezó a funcionar acelerada. ¿Adónde iban? ¿Matarían las ovejas al otro lado? No; oyó que el gringo las compró por finas, entonces servirían para la crianza. Pero si no resultaba el negocio... ¿Las congelarían? ¿De qué manera podría salvar a la suya?

Los hombres hablaban junto a él, pero no ponía atención. Su problema bailaba en su cabeza y además tenía hambre. El piso de la barcaza era inestable. Se movía blandamente y Perico sintió que estaba parado en una especie de nube...

De pronto una mano fuerte lo sujetó.

—¿Qué te pasa? —preguntó una voz lejana.

—Está mareado —dijo otra.

—Posiblemente ni siquiera ha comido...

Reconoció al pioneta que lo sostenía de la cabeza y vagamente recordó que no debía mirarlo mucho. Alguien acercó a sus labios una taza de café con leche y al tomarla lentamente se sintió mejor. Comió con ansias lo que le dieron y pudo levantarse y caminar por la barcaza.

—¿Le han dado de comer al rebaño? —fue su primera frase.

Los hombres rieron fuerte.

—Eres un verdadero pastor —le dijeron—. Puedes estar tranquilo, hace rato que se están alimentando.

—No es bueno que coman demasiado la primera vez después del ayuno que han tenido. Se pueden empachar con este pasto seco que no conocen —dijo Perico.

—Han ayunado apenas una noche y un día. Déjalas que se desquiten.

—No respondo por ellas —refunfuñó el pastor, sin pensar que podían tomarle la palabra y desembarcarlo.

Pero el gringo reaccionó de otro modo:

—Tú estás a cargo. Vigila su comida o su ayuno como quieras. Confiamos en ti.

Y se encaminó con el pioneta y los marinos de a bordo hacia la proa.

9 El pioneta

Perico respiró su libertad. Estaba solo con sus ovejas, por fin. Se había acostumbrado a su compañía silenciosa.

Se abrió paso entre el rebaño que rumiaba restos de pasto seco y, aunque estaba oscuro, descubrió a Mirasol junto a la madre.

Se dirigió hacia la popa, en sentido contrario al que tomaron los hombres, y allí pudo mirar por fin el mar y conocerlo.

El agua oscura centelleaba con los reflejos de las luces del puerto. En torno a la quilla chapoteaban olitas que iban y venían dando palmadas suaves al casco, como haciendo cosquillas a un gigante.

Por un costado de la barcaza caía una gruesa cadena que se perdía en el agua. Todo olía a aceite, a extrañas cosas desconocidas, quizás a petróleo.

A lo lejos, a través de la noche, en el agua, se mecían luces parpadeantes, faros tal vez, o el fabuloso fuerte Bulnes... Difícil conocer el mar a esa hora. En cambio al barco, que pisaba por primera vez, tenía que tocarlo, mirar cada cosa, olerlo. Era algo nuevo que oía nombrar mucho en la escuela y ahora podía imaginar de verdad

las carabelas de Colón, los barcos piratas y un acorazado de guerra.

Con la brisa helada en sus orejas y la cabeza colgando hacia afuera para mirar el incesante movimiento de las olas, no oyó los pasos que se acercaban. De pronto sintió una mano en el hombro:

—No hagas estupideces, puedes caerte al agua y adiós vida.

Se volvió para encontrarse con los ojos del pioneta que lo miraba de esa manera como si lo conociera.

—Tú estabas sin trabajo cuando te encontramos, ¿no?

—Sí, señor.

—Quizá te convendría volver a casa. Siempre se está mejor en familia.

Perico no respondió pero por dentro pensó: "Me ha reconocido y tendré que regresar. Debo desaparecer con Mirasol".

—Solo vamos a atravesar hasta Punta Arenas. Y aunque ahí te quedes sin trabajo, puedes encontrar algo en el puerto.

Respiró. ¡No lo reconocía! Además, ahora sabía adónde se dirigían: a Punta Arenas, la mayor ciudad austral de Chile. ¿Qué pasaría allí? Tenía que estar alerta para escapar en cualquier momento. Ya vería. El pioneta le pasó una bolsa de papel con queso y pan.

—Ustedes, los cabros, siempre tienen hambre y hoy trabajaste mucho. Aunque el trayecto es corto, ¿dónde te vas a quedar?

—Aquí mismo, en cubierta. No quiero perder de vista el rebaño que me encargan.

Sentía una comezón por hacer muchas preguntas, porque había oído tantas palabras nuevas, pero solo dio las gracias por la comida.

—Buenas noches —dijo el pioneta alejándose. Perico le hizo una seña.

—¡Levar anclas! —se oyó desde el otro lado.

Y vio como enrollaban pesadas cadenas y salía el ancla del agua con sus colgajos de extrañas plantas. Comprendió que la barcaza partía, trepidaba entera con sus motores.

10 *Perico desaparece*

Se durmió al poco rato y estaba en lo mejor de su sueño surcando el mar en su propia goleta, dando órdenes a Mirasol como oveja marinera, cuando un trueno gigante los partió en dos. Mirasol escapó de sus brazos y antes de atraparla, el feroz trueno se repitió.

Una espesa bruma rodeaba al barco; sin embargo, se dio cuenta de que navegaban en pleno mar. No, aquello no había sido un trueno; nunca los hay con niebla. Debía tratarse de otra cosa.

—¡Sí, la bocina del barco! Eso era —se dijo, manoteando en la oscuridad hasta que alcanzó a su ovejita—. No tengas miedo —murmuró—, es la sirena del barco. La hacen sonar para no chocar con otro en la niebla. Piteará hasta que se despeje.

Otro bocinazo apagó su voz y se acomodó de nuevo entre las patas del rebaño para volver a sus sueños. El vaivén de la barcaza era un columpio y traía imágenes difíciles de recordar. La sirena, como trompeta de oro, partía el aire en la noche... Oro, el metal que en los canales de la cordillera de Darwin costó la vida a los pobres yanaconas, los

indios gigantes que ya no existían. La trompeta iba marcando el paso a través de la niebla. Lo despertó un gran silencio y una extraña quietud. Las máquinas se habían detenido.

El barco empezó a despertar, y los marineros salieron a cubierta listos, dando órdenes precisas... Estaba rodeado de lanchones, de buques petroleros y, poco a poco, a medida que la luz aumentaba, la niebla iba desapareciendo y se podía ver el ajetreo del puerto. Cargadores con sacos, fardos, cueros y corderos congelados. Unas grúas funcionaban sobre los barcos y, más lejos, había un extraño muelle hecho con viejos cascos que antes fueran veleros. Pero allí se trabajaba de otro modo. Perico se dio cuenta de que esa era una fantástica fábrica de buques, un astillero.

Se sintió aturdido al ver tanto movimiento y ruido. El ir y venir de hombres, los pitazos y las extrañas órdenes que daban los patrones de barcos a través de cornetas lo llenaron de asombro.

Los cargadores llevaban la gorra con la visera hacia atrás, defendiéndose del viento siempre feroz. El frío era tremendo ahora que no lo protegía el rebaño.

—Perico, aquí está tu desayuno —dijo una voz conocida, y una mano también conocida le alargó un paquete.

—¡Gracias! —Perico lo tomó ansiosamente y sacó una fruta. Miró al pioneta a los ojos y sostuvo su mirada.

—¿Usted me había reconocido, entonces? —preguntó, mordiendo la manzana.

—Desde un principio, pero te guardé el secreto.

—Gracias —murmuró con la boca llena.

—Yo debía haberte devuelto a tu padre, pero no sé tus planes ni por qué estás aquí. Sólo me preocuparé de que no te mueras de hambre.

El recuerdo de su padre lo golpeó duramente. Hacía mucho que no pensaba en él. ¿Qué diría ante el hijo desaparecido, el "socio", como lo llamaba ahora último? Sintió una violenta angustia.

Por un rato se quedó silencioso, mascando su manzana.

—Siempre he pensado volver —dijo por fin— y muy luego. Apenas... —paró en seco la frase. Estuvo a punto de revelar su secreto.

El pioneta pareció adivinar su problema.

—Pronto traerán el forraje para el ganado y tú debes desaparecer.

La otra manzana que iba a morder quedó a medio camino. ¿Desaparecer? ¿Pero cómo? Sabía que ese era su problema y que no podía pedir ayuda ni siquiera a ese buen amigo. Era mejor arreglárselas solo, no depender de nadie.

—¿Van a desembarcar aquí el ganado? —preguntó.

—Depende de las conversaciones del patrón. Negocia en grande. Es posible que embarque más ovejas... ¡Tú desaparece! —y se alejó.

—¿Encontraste al guainita? —oyó la voz del gringo, a bordo.

Como un rayo se tiró de bruces entre el ganado.

—Debe haber saltado a tierra —dijo el pioneta.

—Peor para él, se quedará sin paga.

—Creo que eso no le importará. Los patagones son desinteresados y aventureros. No lo veremos más.

Y las voces se perdieron mientras Perico volvía a su posición de oveja, comiendo manzanas.

Se quedó con las ganas de conocer esa gran ciudad, Punta Arenas, donde había edificios altos, hermosos, los grandes frigoríficos de que hablaba su padre. De pronto le cayeron varios fardos encima, pasto para las ovejas. Alcanzó justo a poner a Mirasol bajo él. Se deslizó por cubierta buscando dónde esconderse y se metió en un rollo de cables de acero. Observó el ir y venir de hombres trayendo carga. Poco a poco volvió el silencio a la barcaza; solo se sentía su vaivén y el rumiar de las ovejas.

Todos habían bajado a tierra. Aprovechó para salir de su escondite y conocer a sus anchas el barco, y mirar el mar. Se encaminó a proa contemplando el horizonte, como un capitán pirata dueño de su velero.

Al ver esa inmensidad de agua se sintió ante un milagro. Nunca imaginó el poder grandioso del mar. Topaba el cielo por todos lados. El aire tenía un sabor especial, aunque se mezclaba a ratos con el olor a aceite negro. El agua traía una brisa pura, salada, con promesas de grandes aventuras y no tenía fin.

11 No era el mar...

Tuvo mucho rato para deambular por cubierta y divisar la ciudad que estaba tentado por conocer.

En el instante en que decidía bajar a darse una vuelta, una tos ronca lo paró en seco. Tuvo apenas tiempo de echarse al suelo y rodar en busca de un escondite. Se quedó inmóvil entre unos fardos de cueros.

No estaba solo en la barcaza; pisadas firmes iban y venían por la cubierta: alguien hacía guardia. Perico esperó a que los gruesos pies pasaran dos veces junto a él para calcular el tiempo de la ronda y, sacándose los zapatos, corrió hacia una escotilla que había visto hacía un rato.

Descendió al vientre del barco, hasta sus máquinas, que exhalaban el olor a petróleo, brillantes y cuidadas. Allí hacía un calorcito acogedor. Y la fascinación de todas esas ruedas, correas, manivelas, el motor mismo, encantaron al pastor y lo hicieron soñar.

—Algún día seré marino —se dijo y en ese momento recordó el motivo de su viaje y el porqué estaba allí, en el corazón de la barcaza—. Gracias a Mirasol conozco todo esto. ¡Viajaré con



mi oveja por toda la Tierra!

Tocó las máquinas, calientes todavía, y corrió hacia la escalerilla para volver junto a su ganado. Dio una rápida mirada por si ubicaba un rincón que pudiera servirle para ocultarse si fuera necesario.

Otra vez convertido en oveja, se caló el gorro y se puso los zapatones para no helarse.

—El pioneta se acordará de que tengo hambre.

No tardaron en oírse voces y pasos. ¿Partirían pronto?

—El rebaño se alimentó bien —dijo una voz muy cerca—. Pero creo que el cordero mayor no ha comido su ración.

Otro paquete cayó junto a él: más fruta y pan con carne. Perico asomó la cabeza para agradecer.

—Gracias, no sabía que usted iba a venir. Quiero preguntarle algo. ¿Dónde bajará el ganado?

—Creo que en Puerto Natales y saldremos muy pronto mar afuera.

—¿Pero no estamos en el mar, entonces?

—Estamos en el estrecho de Magallanes, donde se juntan las aguas de los océanos Atlántico y Pacífico. Nosotros saldremos al Pacífico, el mar de Chile, largo como nuestro país.

—Tengo un motivo para seguir en el barco todavía —dijo Perico—. Cuando desembarquen el ganado, bajaré.

—Quédate tranquilo. El viaje no es largo y yo te avisaré cuando llegemos a puerto.

Y la voz y los pasos del pioneta se alejaron.

12 Un ojo en la oscuridad

Perico se había acostumbrado a vivir como cordero: en cuatro pies, en piño apretujado, recibiendo su forraje a ciertas horas y dejándose llevar sin saber adónde.

En cubierta, dejaban baldes con agua para el ganado y Perico aprovechaba cuando estaban recién limpios para beber y lavarse un poco.

Partieron de Punta Arenas al día siguiente del que atracaron y ahora iba ensanchándose el horizonte más y más. Vio venir una sombra grande y densa entre la niebla de la mañana. ¿Tierra?

—Debe ser una isla —pensó Perico, al sentir que los ruidos del motor agarraban fuerza y continuaban impulsando la barcaza.

Pasaron junto a otra, verdeante en la claridad que iba acentuándose, y tuvo ganas de saltar a tierra, correr y pisar firme. Llevaba dos días cercado en este movedizo corral.

Mirasol ya sabía tenerse en pie; no necesitaba cuidados especiales. Apenas tocaran tierra en ese Puerto Natales, huiría con ella y regresaría a su casa. Su padre sabría comprender. Muchas veces le contó sus recuerdos de cuando niño y siempre

terminaba diciendo: "Tú eres igual a mí". Si eran iguales, tendría que entender.

Pasó el día y volvió la noche con sus estrellas amigas y esa libertad de moverse un poco protegido y confundido por la oscuridad. Estaba bebiendo en el balde, cuando desde lejos vio venir un rayo de luz que partía las sombras y el agua. Parecía nacer de un ojo gigantesco y disparar un camino brillante que giraba como buscando algo perdido. Y volvía a repetir su recorrido, insistiendo.

—Es un faro —dijo el pioneta pasando junto a él—. Guía a los barcos a la salida del estrecho. Ese se llama Evangelistas y está sobre un peñón. Es un lugar del fin del mundo.

Su amigo siguió su caminata silbando, como para dar a entender a Perico que la cubierta no estaba sola. Apesadumbrado, se refugió entre patas, lanas y balidos. No bastaba la compañía de las ovejas, él pertenecía a la raza humana, necesitaba conversar con los demás. Hasta la compañía de su hermano José le hacía falta. Para no entristecerse, decidió enseñar algo nuevo a Mirasol.

—Aprenderás a comer pasto. Si quieres volver conmigo, tienes que portarte como una oveja grande.

Y cogiendo un puñado de pasto molido se lo acercó al hocico. Ella lo mordió y lo escupió.

—No seas tonta, tómale el gusto.

Y volvió a echarle un poco de forraje a la fuerza. Esta vez Mirasol se lo quedó revolviendo sin botarlo.

Entonces Perico llenó el fondo de su morral con lo más molido para tenerlo listo para cuando desembarcaran. Poniéndolo de almohada, apoyó la cabeza y se durmió.

13 Mundo azul

Cuando despertó esa mañana, le pareció que el mundo era más luminoso, grande y todo azul. Se olvidó de que estaba escondido y corrió a la borda de la barcaza.

—¡Este sí que es el mar! —gritó a nadie—. Este es el mar de Chile, nuestro mar.

El aire sí que era distinto, con un sabor salado que se pegaba en la boca y la cara. Y el cielo se tocaba con el mar y ahí podía verse perfectamente que la Tierra era redonda... Azul de una laya, azul de otra...

De pronto divisó un punto oscuro que se convirtió en un barquito de juguete; a medida que se acercaba, se dio cuenta de que era inmenso, con dos chimeneas blancas y muchas ventanas y cubiertas. Siguió de largo sin siquiera un saludo. Flameando a popa, se veía una bandera desconocida.

Pero eso no era todo.

A poco salir del estrecho, apareció una embarcación más linda, alta y blanca como cristal. Su torre gigantesca era filuda y sin banderas surcaba silenciosamente el mar, avanzando a gran velocidad. "¡Es el rey de los barcos!", alcanzó a pensar

Perico, cuando se oyó un grito ronco:

—¡Témpano a babor!

Corrió a su refugio, aterrado. Una montaña de hielo sin timonel amenazaba estrellarlos. El aire se congeló.

Un ajeteo de órdenes y carreras, y la barcaza viró con brusquedad, acelerando las máquinas al máximo. Pudo ver las olas alzándose más altas que la borda.

El rebaño empezó a balar y Perico se mareó por momentos, patas arriba, cielo abajo.

¿Dónde estaban? ¿Hundiéndose, tal vez? Más asustado que las ovejas, se asomó por sobre sus lomos justo a tiempo para ver pasar el gigantesco témpano echando su aliento helado.

Acababan de librarse de la muerte. No quería ni pensarlo y dio gracias a Dios abrazando a Mirasol.

Poco a poco el balanceo se calmó, aunque los marineros iban y venían por la cubierta, cumpliendo órdenes. De pronto dejaron caer casi sobre su cabeza los fardos de pasto. Era la hora de almuerzo del ganado.

Sintió hambre. Y en medio de la polvareda de los fardos, vio un paquete bien amarrado.

—¡Ah, el pioneta se acordó de mí! —exclamó agradecido. Y se echó al suelo para desatar la bolsa, bastante pesada. Traía una cantimplora abollada, dos cajas de conservas, queso y algunos panes. Al morder uno de ellos, le quedó entre los dientes un papel enrollado que traía dos billetes grandes. Los estiró y advirtió que en ellos venía un papel escrito.

"Perico —leyó con dificultad—, en Puerto Natales

bajarán el ganado; embarcarán otro y seguiremos ruta. Desaparece si quieres volver a tu casa. ¡Chao!”.

Lo leyó varias veces hasta aprendérselo y arrojó el papel al mar. Guardó en su morral las conservas, la cantimplora, lo que sobró de aquella buena comida y también los billetes.

—Estoy listo —pensó, colgándose la bolsa al hombro. Y justo en ese momento el mar empezó a encrespase.

—Con temporal no será fácil el desembarco —se dijo Perico.

Y por suerte el bamboleo no lo dejó dormirse, porque ahora tenía que estar atento, preparado para escapar.

En una levantada de cabeza que hizo, vio dos cosas importantes: por un lado, una franja de tierra oscura, con árboles; y al otro, más cerca, la gorra del capitán, en la proa del barco. Junto a él, el humo de la pipa del gringo.

Al echarse entre las borregas, rezó:

—Por favor, que atraquemos luego, no quiero quedarme de oveja para siempre.

Como respuesta, las máquinas se apuraron y el barco varió de rumbo entre miles de islas de lomos negros que Perico divisaba con cierta desesperación. ¿Eran islas o ballenas? Ya le daba lo mismo desembarcar sobre el lomo de lo que fuera.

El temporal no estalló, las olas se calmaron. Perico no podía saber que habían atravesado felizmente el peligroso y estrecho paso de Kirke y que estaban muy cerca ya de su destino, en lo más interior de los canales.

14 *Un puerto oscuro*

—¡Listos, listos! —repetía alguien en su sueño y de pronto advirtió que era la gruesa voz del capitán que daba órdenes y toda la cubierta era un solo ajeteo.

Aun sin levantar la cabeza, vio, por las luces, que llegaban a puerto.

—¡Puerto Boris a la cuadra! —gritó un marinero y comenzó el atraque.

Se divisaban grandes edificios y se podía leer un letrero luminoso: frigorífico.

—¿Puerto Boris? —murmuró Perico—. Pero yo le entendí a mi amigo Puerto Natales. ¿Qué habrá pasado?

Empezó a sufrir y a ponerse nervioso por el destino de las ovejas. ¿Irían a congelarlas, después de todo? Aunque no eran precisamente los “chiporros”, esos corderitos nuevos de los escogidos para exportación.

Oyó rabiar al gringo en la cubierta. Al parecer, no desembarcarían nada todavía.

De pronto recordó las conservas que golpeaban su costado en el morral. ¿Con qué las abriría? En tierra sería difícil conseguirse un buen clavo.

Se deslizó como un caracol hacia unos cajones y pilas de fardo y su pantalón se enganchó en algo.
—¡Justo lo que buscaba!

Fue palpando hasta que encontró el clavo. Con su cuchillo hizo palanca y lo cazó. Le serviría hasta para defenderse si lo atacaban animales salvajes, si lo ponía en la punta de un palo. Y de arpón para pescar.

Se echó y pasó el tiempo, con su balanceo.

Un ruido conocido lo sacó de su semisueño hacia el amanecer: la pesada cadena bajaba el ancla al fondo del mar.

Todo su cuerpo se electrizó. ¿Habría llegado el momento? Rápidamente se terció el morral al hombro y se palpó en el bolsillo su flauta, su cuchillo, el clavo y la pistola fundida.

La barcaza había atracado a otro puerto, sin luces, sin letreros, sin grandes edificios según podía ver en la penumbra del alba. Los marineros arrastraron unas planchas de madera para unir el barco a tierra. ¿Estarían ahí los famosos compradores de sus ovejas?

Aprovechó el ajetreo, el movimiento desordenado de los animales a los que ahora acorrallaban dos perros pequeños que los iban guiando hacia el puente de bajada; se dejó arrastrar por el rebaño sintiendo golpear un tamborcito en su pecho. Divisó al pioneta que iba contando a sus compañeras de viaje a medida que pisaban tierra; el gringo conversaba a distancia, en el muelle de madera, con alguien que parecía ser el ovejero comprador.

Sin poderlo evitar, rodó por la planchada entre las patitas negras y apenas chocó contra el muelle, se escabulló con Mirasol en brazos y se perdió entre mirones y curiosos que observaban la descarga. No supo cómo ni cuándo logró pararse y salir corriendo. Nadie se fijó en él. Sentía aún el balanceo bajo sus pies y veía subir y bajar lo que miraba.

Poco a poco se afirmaron sus piernas y se largó a correr a todo lo que daba, sin saber hacia dónde. Nada importaba ante la felicidad de verse libre, ¡en tierra al fin, con su ovejita!

Corrió hasta que sus rodillas se doblaron, dejando atrás casas, corralones de ganado, gentes que cruzaba al pasar.

Se detuvo y miró el cielo medio despejado y, caminando entonces con lentitud, se fue internando hasta llegar a un bosque solitario donde se tumbó entre matas, rendido, abrazando a Mirasol y sin temor de que lo descubrieran. Había vuelto a ser un niño.



15 *El puma y la caverna*

Perico despertó cuando la luz del pleno día le dio fuerte en la cara. Miró a su alrededor, despistado; en su profundo sueño había olvidado las aventuras que lo trajeron hasta ahí.

Estaba en un bosque de ñirres, ese único árbol que había junto a su casa, con sus raíces medio al aire y que se ponía rojo como brasa en el otoño. Cerca de su mano descubrió los frutos agrios de los calafates que empezaban a madurar. No resistió la tentación de ponerse a comer mientras oía el canto de los pájaros.

De pronto se acordó de su oveja.

—¡Mirasol! —gritó al no verla por ningún lado. Y comenzó a buscarla corriendo aturdido por el bosque. Si al menos la ovejita hubiera dejado huellas por ahí cerca...

Escuchó un gorgoteo no muy lejos y lo buscó con la esperanza de que algo tuviera que ver con Mirasol. Encontró un chorrillo de agua cristalina y se metió en la corriente buscando a la perdida.

—Es tan chica que por beber puede haberse ahogado.

No resistió las ganas de darse un buen baño y

tomar grandes tragos de esa agua que no bebía, así, fresca, hacía ya tiempo. Dejó lo mucho de oveja que se pegaba a su cuerpo y en su pelo, restregándose con la arena del fondo. Pero Mirasol no estaba por ahí.

—El gringo no me descubrió porque yo estaba igual a las ovejas —exclamó chapoteando en el agua. Cuando estaba en lo mejor, divisó en la orilla del arroyo a Mirasol. Saltó afuera y corrió a atraparla antes de que volviera a escapar y se hiciera salvaje.

—Mirasol, igual que yo, dejaste a tu padre. No volverás a hacerlo, ¿no?

La ovejita lo reconocía y se dejaba sermonear. Sus ojos lo miraban fijo.

De pronto Perico creyó ver una sombra entre los arbustos. Algo grandote como un perrazo se movía por ahí. Recordó con espanto al perro que quiso devorar el rebaño de su padre y dando un salto se tiró con oveja y todo al medio del estero.

—Tal vez el agua fría lo desanime —dijo al oído de su "hija".

Lo que apareció ante sus espantados ojos no fue un perro, sino un puma de gran tamaño, soñoliento aún, atraído por los balidos de la oveja. Y los pumas vadean ríos, nadan, no son gatos que se anden con remilgos para conseguir una presa. Hasta trepan árboles... Perico pensaba rápidamente todas estas cosas y no hallaba qué hacer para salvar a Mirasol. Él mismo corría peligro, pero le preocupaba más su indefenso animalito.

Recordó que los pumas no ven muy bien de

día y tuvo la ocurrencia de sumergirse, dejando fuera solo su nariz y boca y el hocico de Mirasol. Así, ni el olor le llegaría a la fiera. Le parecieron eternos los minutos en el agua helada. Asomó ligeramente los ojos y vio que el puma olía las huellas y luego se alejaba lento, moviendo la cola desencantado. Parecía decir: "¡Qué ilusión la mía! Creer que por estos lados había un sabroso cordero...".

Perico esperó otro poco y luego salió del agua tratando de no hacer ruido. Estrujó la lana de la ovejita, lana que era apenas un pelillo sedoso y crespo, y la restregó para que se calentara. Luego hizo lo mismo con su ropa y su cuerpo y buscó alejarse de ese bosque peligroso. Recogió su morral y con ojos muy atentos se encaminó hacia una especie de llanura cubierta de pasto. No sabía adónde ir.

Sacó un trozo de queso medio duro y lo mordió con ansias. Fue entonces que divisó un farallón de roca y decidió treparlo por si lograba ver algún poblado o un rancho para buscar trabajo y amistad, alguien que pudiera ayudarle a volver a su tierra. Mirasol no tenía problemas con la abundancia de pasto tierno.

A poco andar descubrió un sendero bastante hollado y decidió seguirlo. Caminó mucho, dejando a su compañera trotar junto a él; pero como se distraía comiendo sin descanso, la amarró con su lazo para ir más rápido.

—Aunque no seas perro, tendrás que aprender a caminar a mi lado —le advirtió.

Era increíble lo mucho que Mirasol se había desarrollado con solo pisar tierra y alimentarse de hierba fresca.

La muralla de piedra se iba acercando y creciendo en altura. Y también en su base parecía una extraña raya negra, cada vez más ancha, que se ahondaba como una caverna. ¿Sería una sombra o algo más? Lleno de curiosidad, apuró el paso y no tardó en darse cuenta de que al pie del farallón había una gruta inmensa, gigantesca.

¡Dio un largo chiflido!

—Mirasol, creo que vamos a descubrir un tesoro. Los del pirata Drake deben estar seguramente aquí.

Su padre le había contado de los antiguos piratas que robaban tesoros de otros barcos y asaltaban poblados.

El pirata Drake era el más famoso y por él se llamaba así el mar que está al sur del cabo de Hornos.

—A lo mejor encontramos sus huesos con los tesoros —le dijo a Mirasol.

Estaba impaciente por llegar. La caverna seguía creciendo, pero a su oveja ¿qué podía importarle? La tomó en brazos para ir más ligero y así se vio frente a la gran boca de una gruta donde podía caber el rebaño más grande del mundo. Se detuvo, espantado, sin atreverse a entrar. Apretó a Mirasol contra su cuerpo sin darse cuenta y el eco de su balido tembleque retumbó por la caverna.

La roca se alzaba contra el cielo como un ogro con la boca abierta, lista para tragar.

Pero ¿qué extraño ruido salía de allí? ¿Acaso Drake y todas las ánimas de los piratas estaban dentro, aullando? Iba a echar a correr cuando advirtió que eran voces de este mundo y divisó, no muy lejos, dos jeeps abandonados.

Poco a poco distinguió un grupo de mujeres en gran cantidad, que se veían pequeñas. No, no eran enanitas; una de ellas se acercó al pastor, vestida como un loro verde con sombrero amarillo.

—*Oh! Here is a boy with a sheep* —gritó en un idioma raro que dio tumbos por la caverna.

Antes de dar un paso se vio rodeado de un alegre rebaño humano, que parloteaba chillonamente. Eran gringas de distintas edades, mayores, de pelos rubios, lentes curiosos; sus bocas, muy rojas y sus ojos, muy azules. Entre ellas se abrió paso un arriero magallánico, con sus típicos pantalones bombachos, a lo gaucho.

—Hola —dijo acercándose—. ¿Eres turista o guía como yo? ¿Qué haces aquí?

—Estoy medio perdido —explicó Perico.

Las voces extranjeras y sus ecos se silenciaron y todos los ojos se clavaron en él.

—Perdido —repitió el arriero, mirándolo con detención—. ¿Vienes de la estancia Los Castillos?

—No, señor, no soy de aquí; quiero llegar a Puerto Natales para volver a mi casa.

—¿Y dónde está tu casa?

—En Tierra del Fuego, cerca de Laguna de los Cisnes y Porvenir —tartamudeó asustado.

—Nada menos que en bahía Inútil. Harto has andado para llegar aquí —rió el arriero y, vol-

viéndose al grupo de turistas, explicó—: viene del extremo sur de Chile, tierra de petróleo, oro y ovejas.

Alguien tradujo estas palabras al grupo y una anciana de ropas vistosas se acercó y acarició a Mirasol. Dijo algo que Perico no entendió.

—La señora quiere saber si tienes problemas —explicó el arriero.

Perico negó con la cabeza y luego dijo que sí. No estaba seguro de lo que convenía decir.

—Aclara de una vez, ¿te pasa algo? —concretó el guía.

Perico se alzó de hombros:

—Me vine con las ovejas de mi padre —explicó a medias.

—¡Ah!, bueno y esta te sobró, por chica.

—Esta es mía.

El arriero explicó en un inglés chapurreado que el niño era un aventurero, como muchos chilenos que viajan por su país a la buena de Dios. Luego preguntó a Perico si sabía dónde se hallaba y el muchacho contestó que no, que estaba perdido.

—Esta es la cueva del Milodón —explicó el arriero, como quien presenta a un conocido personaje—. Estas señoras han venido de muy lejos a visitarla.

—Yo también quiero entrar —dijo Perico avanzando por la increíble boca negra—. Así que se llama Milodón y es famosa en el mundo entero —se dijo sintiendo que un poco de esa fama se le pegaba. Mirasol baló asustada y tenía razón: el techo de la caverna se perdía en la penumbra,

había un misterio en el entorno y un frío de muchos siglos.

Vio correr a una de las turistas y disparar su cámara fotográfica enfocándolo. Otras la siguieron y muchas quisieron retratarse con él.

—Dice que te mandarán las fotos a Tierra del Fuego —tradujo el guía anotando su nombre y el correo de Porvenir.

16 ¿Quién era Milodón?

Perico contemplaba fascinado el interior de la caverna cuando se le acercó el arriero y le dijo:

—Las señoras te invitan a almorzar. Ven con nosotros.

A la voz de almuerzo, el estómago de Perico dio un salto de felicidad. Se sentaron a la sombra de unos árboles y extendieron manteles sobre el pasto. Empezaron a ofrecerle y servirse sándwiches, huevos duros, frutas, bebidas, pasteles. A Perico le pareció un banquete de ángeles. Le hacían preguntas que él no podía contestar, y se llenaba la boca y el morral con lo que no le cabía de tanto tragar.

Cuando llegó el momento de la partida, el arriero invitó al pastor a subir al jeep, con Mirasol y todo. El otro jeep los seguía, manejado por un gringo vestido de marino. Perico, junto al chofer, se sintió más confiado y preguntó:

—¿Quién era Milodón?

Estaba convencido de que se trataba de un pirata más famoso que Drake.

—¿Milodón? —rió el arriero—. Milodón era más que pirata. Sepa Dios las maldades que hizo

en su tiempo... Vivía aquí, en esta cueva y aquí vino a morir. Era el último de su raza y vivió antes del diluvio universal. Nadie sabe mucho de él... Su esqueleto, que pertenecía a una especie de oso gigante de más de tres metros, lo vieron muchos, pero no se interesaron por él. Un alemán lo supo, vino a verlo, se lo llevó y lo vendió a un sueco. Y el Milodón fue a dar a un museo de Inglaterra. Es el único ejemplar en el mundo y estuvo aquí miles de años para ir a dar a... ¡Inglaterra! A nosotros nos queda solo la cueva y su nombre.

—Me habría gustado conocerlo —dijo Perico imaginando al monstruo.

—Pero no encontrarte con él, supongo...

De pronto, en una curva del camino, apareció un panorama extraordinario: dos inmensas torres de piedra, dos montañas increíbles para los ojos de un fueguino acostumbrado a los llanos, se alzaban hacia el cielo, insolentes en su altura. Con el atardecer, se iban tiñendo de preciosos colores y a ratos parecían de cristal con sus hielos eternos. Sí, eran torres de nieve que jamás se derritió.

—¿Qué son esos? —preguntó Perico impresionado.

—Son las Torres del Paine, los más altos montes en la cordillera austral y miden más de dos mil cuatrocientos metros de altura.

Los metros no importaban a Perico, pero esos fantasmas enormes de hielo lo fascinaban. Parecían venirse encima de él, de todos... Los rodeaban muchos lagos, en los que se reflejaban

por distintos ángulos, dando la impresión de profundidades insondables.

—Creo de verdad que estoy soñando —dijo en voz baja.

El guía se entusiasmó y explicó en los dos idiomas:

—Detrás de las torres hay regiones que nunca han pisado los hombres. Lagos, la cordillera de Darwin con sus nieves eternas...

Las turistas maravilladas iban sacando fotografías. Parecían querer llevarse a Chile entero en sus máquinas de ojo marciano.

Perico se sentía muy rico al ser chileno y por eso dueño de todo lo hermoso: ellas simplemente grababan con sus cámaras.

Se bajaron del jeep y mientras las turistas alborotaban por los alrededores, Perico empezó a imaginar lo que fue todo eso antes del diluvio, cuando los milodones dominaban el campo, devorando hombres, ganado y todos los animales que se comieron seguramente hasta los huesos. Dios sabe qué razas existían antes de que aparecieran los milodones a banquetearse sin dejar rastro alguno. Perico volvía los ojos a la caverna, allá lejos, donde se había dormido para siempre el último Milodón. Quizá fue un rey en ese tiempo y la caverna su palacio.

17 Sí, mi capitán

Cuando llegaron al muelle de Puerto Natales había un hermoso barco blanco atracado. Tenía dos grandes chimeneas, varios puentes y cubiertas con barandas, ventanales, muchas lanchas suspendidas entre ganchos, salvavidas de vistosos colores y enormes reflectores que lanzaban una luz dorada. Iban y venían marinos y oficiales de impecable uniforme azul y galones brillantes y también mozos de albas chaquetas. En letras de oro, se destacaba el nombre del lujoso yate: *Seagull*, que, según oyó después Perico, quería decir "gaviota".

Las gringas turistas subieron por una fina escalera, parloteando más que nunca; su lengua era un músculo que no conocía el cansancio. Olvidadas del pastor y su oveja, que las contemplaban desde tierra, se tendieron en la cubierta, en sillas de lona, a dormir sus emociones.

Perico pensó que ese maravilloso barco no era para él. Buscó entonces entre los faluchos y un cúter, vacíos de gente en ese momento. ¿Dónde estarían sus capitanes?

Se fijó en un grupo de hombres que, por sus

trajes gruesos, sus chombas de cuello subido, sus gorras con la visera vuelta para atrás, sus rostros curtidos, tenían el aspecto de patrones de botes. Se acercó a ellos, seguido de Mirasol, y se detuvo a unos pasos sin atreverse a hablarles. Hasta que uno le preguntó:

—¿Quieres vender tu oveja?

—No, señor —y la tomó en brazos, instintivamente—. Quiero averiguar cómo podría llegar a Porvenir o a Laguna de los Cisnes...

—Puerto Cisnes, allá mismo voy yo —contestó uno de los patrones, un grandote, macizo y moreno, que miró a Perico hacia abajo sin hacerlo sentirse demasiado chico.

—¿Me puede llevar? —le preguntó Perico.

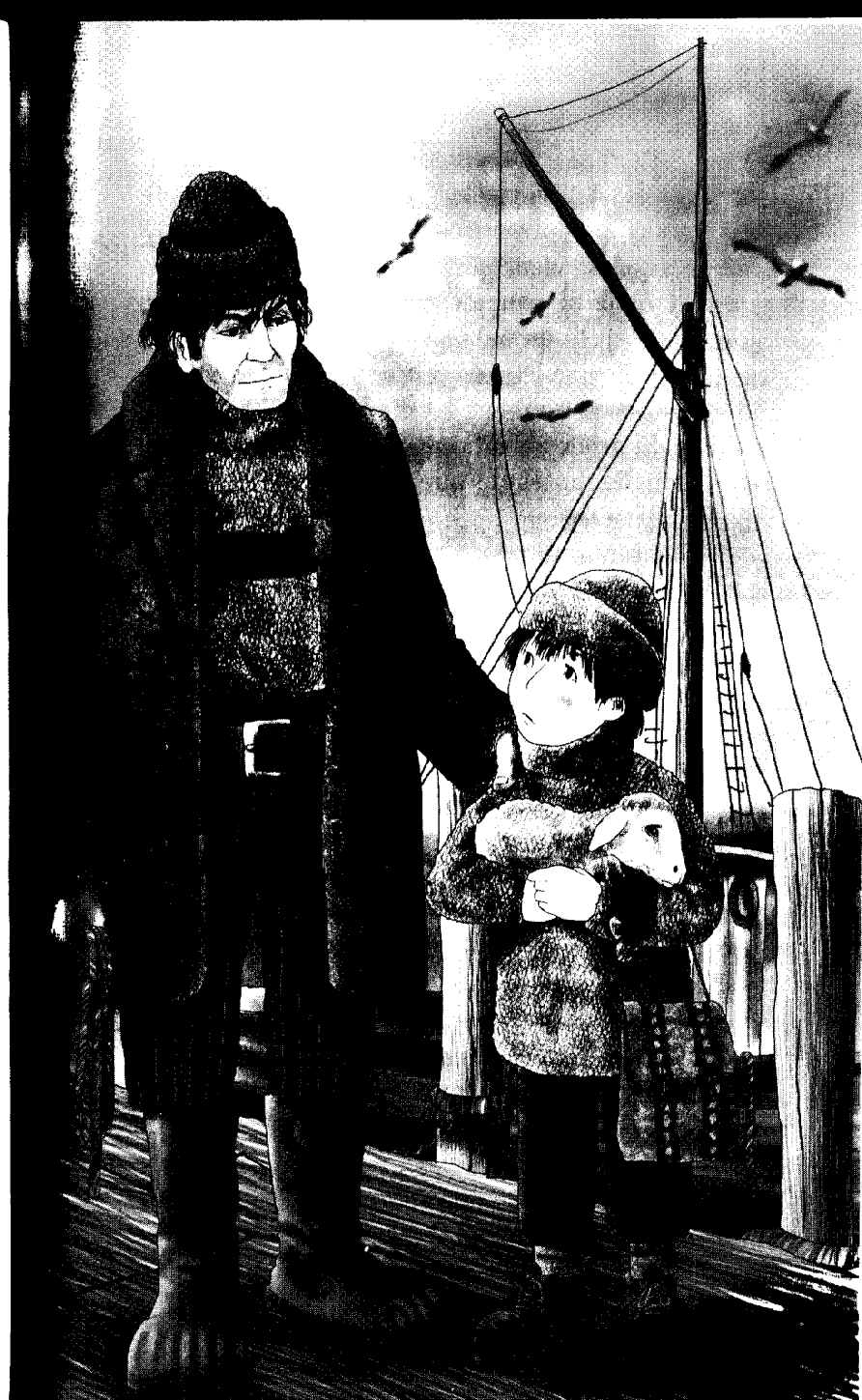
—¡Claro! ¿Por qué no? Si no le tienes miedo al lobo... —rió.

Perico creyó que se burlaba de él y el hombre reaccionó al ver enrojecer al chiquillo.

—Soy lobero —explicó— y cuido mis rebaños de lobos. Tengo crianzas de un pelo y dos pelos. Zarpo mañana, y me voy pegado a la costa, cuidando mis lobos. ¿Conoces los coipos? ¿Las nutrias y los dungungos¹? Gatos de mar son estos. Si quieres venir conmigo, tienes que trabajar, y duro.

—No me asusta el trabajo —dijo Perico sin darse cuenta de que el patrón, al contratarlo, hablaba de Puerto Cisnes, que está mucho más al norte y no de Laguna de los Cisnes de su Tierra del Fuego.

¹ En algunas zonas del sur de Chile se le llama dungungo a la nutria marina *lontra felina*, la que es conocida en el resto del país como chungungo.



—Bien, conforme, entonces. Entre los dos cazaremos los lobos viejos y nos defenderemos de los comerciantes tramposos.

—¿A qué hora zarpamos? —preguntó el pastor.

—Mañana al amanecer. Pero dime una cosa, ¿estuviste en la escuela?

—Sí, señor, sé leer, sé contar y muchas cosas...

—Entonces también sabrás hacer lo que se te ordena. Si no llegas a tiempo, partiré sin ti. Aquí, en el muelle, antes de que aclare.

—Sí, patrón.

—Recibirás alimento y paga, algo de lo que gane con las pieles. ¿Entendido?

El patrón le dio la mano con fuerza. Perico también apretó como pudo y se alejó fijándose muy bien en el camino que seguía: las casas, los detalles, los marcó en su memoria para regresar sin tropiezos al otro día.

Tenía que encontrar un rincón para pasar la noche, que no fuera distante del muelle y donde pudiera pastar su oveja. Llegó por fin a una pequeña plaza, barrida por vientos y lluvias; se tumbó bajo un árbol y se quedó dormido.

Soñó que regresaba a su casa con un rebaño de mil ovejas que le regalaba a su padre.

Despertó con el aire frío de la amanecida y las pataditas que Mirasol daba contra él, arrebujándose en busca de calor.

—De todos modos se alegrará al verme llegar con esta oveja tan linda.

Cuando empezaba a aclarar, abrió su morral y comió el más delicioso desayuno que había

probado en mucho tiempo. Se refrescó bajo una llave de agua y, con Mirasol trotando tras él, partió al muelle.

Resultó fácil llegar. Ya estaba ahí el patrón, más grande que nunca.

—Tendremos que esperar que empiece a subir la marea —dijo—, porque el paso del Kirke lo haremos a contrapelo. Si partimos con la vaciada, al bajar la marea llegaremos al otro mundo en lugar de al puerto.

—Sí, señor —respondió Perico sin entenderle mucho.

—De ahora en adelante dirás "sí, mi capitán" o "no, mi capitán". Soy el capitán Miguel Benavente, bastante famoso en mi casa, cuando la tenga.

—Yo me llamo Perico.

—En las bodegas puedes comprarte un fardo de pasto para tu oveja. Toma esto por adelantando... —y le alargó un billete.

Sin perder tiempo, compró un fardo que él mismo hizo rodar hasta el barco. El capitán Miguel le indicó dónde debía ponerlo y cómo distribuir la carga para impedir que se volcara el cúter con una ola grandota.

Empezó a subir la marea y zarparon sin más. Nadie les dijo adiós desde el muelle.

Perico sacó su flauta tanto tiempo olvidada y ensayó melodías que atraieron a las gaviotas y pelícanos.

—¡Hacia mi Tierra del Fuego! —era una nueva melodía que brotaba de la caña mientras surcaban canales.

18 Mil canales y mil islas

El día estaba medio nublado y tendía a oscurecerse. Rebaños de nubes salían al encuentro del cúter, amenazantes.

—Es el ventisquero Balmaceda, que desde el fondo de Última Esperanza echa sus neblinas al mar para alborotar las aguas. En cualquier momento pararé el motor, Perico, así que tienes que estar atento cuando te indique que tomes el timón.

Capitán y pastor se entendían bien. Perico le iba tomando gusto a la navegación. Era maravilloso sortear majadas de olas más inquietas y rebeldes que las ovejas. Ponían resistencia, eran peligrosas y exigían maniobras.

Cuando las riberas se acercaron, angostando el canal por el que navegaban, el capitán enseñó a Perico a manejar el timón.

—Nos acercamos al Kirke —dijo—. Es un canal muy angosto y prefiero pasarlo sin motor. En todo caso, yo tomaré el timón y tú estarás atento con las velas.

Hicieron cambio de lugar, luego que el capitán desplegó la vela y su foque. Recién entonces Perico comprendió por qué esperaron que la marea

subiera desde el mar al fiordo Última Esperanza: las aguas, al entrar como lomos de animales sumergidos, hacían la navegación más lenta y facilitaban las maniobras en la angostura.

—A algunos les gusta arriesgarse y hacerlo con la vaciada. Se van como la zumba; es una sensación fantástica, pero demasiado peligrosa —y el capitán sonrió con sus recuerdos de esos mares de aventura.

Al salir del Kirke, volvieron a encender motores y bajar velas. El capitán explicó:

—Iremos cerca de las costas y entre las islas. Salir mar afuera en este cúter es arriesgado. Hay que alejarse de los ventisqueros, esos ríos de hielo que bajan al mar, porque ellos desprenden esos enormes témpanos que navegan sin piloto. Es fácil que nos estrellen. Al anochecer, nos acercaremos a una playita donde echaré mi primera mirada a mis rebaños de lobos.

—Su rebaño es de lobos y el mío era de ovejas. ¿Lo reconocen ellos a usted? Porque a mí mis ovejas me conocían.

—Bueno, los lobos son más salvajes. No me tienen miedo, saben que soy su amigo.

Perico pensó un momento:

—Entonces usted no es un cazador. ¿No dijo que vivía de las pieles?

—Así es, ya lo verás con tus propios ojos.

Lo que Perico veía con sus propios ojos era que las montañas nevadas parecían girar; cuando las divisaba a un lado y creía que iban a estrellarse contra ellas, aparecían al otro, muy lejos, por

canales que ellos no penetraban. Era como esos juegos que llaman "laberinto", en que se busca con un lápiz la salida de miles de caminos que se cierran y cruzan.

El silencio era inmenso. Solo se oía el ruido del motor; uno que otro pato salvaje pasaba rozando el agua y levantando una cortina en torno como para hacerse invisible, ya que su peso le impide volar.

No se divisaba ni un caserío, ni una caleta. No había hombres por allí, puramente soledad.

Si Tierra del Fuego era solitaria, esto se parecía a un planeta deshabitado. Hasta las islas, con sus árboles con las raíces al aire, inclinados por los ventarrones, daban la impresión de otro mundo. Se cruzaron con algunos grandes témpanos que llevaban pingüinos y focas de pasajeros, y algunas toninas jugando junto al cúter. Pero se echaba de menos la presencia humana.

El capitán comentaba todo lo que veían y dijo de los delfines:

—Son los regalones de los hombres de mar. Los pescadores de Chiloé, más al norte, los llaman "cahuelles" y dicen que cuando hay temporal, salvan a los naufragos llevándolos en sus lomos hasta la playa. También dicen que traen buena suerte.

—Me gustaría montar uno —exclamó Perico—. Galopar sobre las olas. ¿Usted me cuidaría a Mirasol mientras hago la prueba?

—¿Galopar en delfines? Creo que ni sabes nadar... Los australes no pueden aprender con las aguas a cero grado de nuestros mares. ¿Se te

olvida que estás trabajando y no jugando?

Perico asintió. No sabía nadar y estaba trabajando...

Empezó a oscurecer y el capitán acercó el barchito a una isla que emergía del agua como un animal manso y verde. Entraron a una estrecha bahía y arribaron a una playa rodeada de rocas. Entre ellas se veía moverse una masa negruzca de cuerpos brillantes: los rebaños de lobos del capitán Miguel.

—¡Ahí están! —gritó Perico alborotado como si el capitán no los viera—. ¿Saltaremos a las rocas? ¿Iremos a verlos altiro?

—Mañana, Perico. Mañana. Hoy comeremos, prepararemos el refugio y dormiremos sin acordarnos ni del cúter.

Ataron el barco con un grueso cable y luego se internaron en la isla. El capitán Miguel conocía muy bien el camino hacia una cueva protegida del viento: su refugio, como él lo llamaba. Pero al entrar, descubrió cenizas calientes, rastros de una fogata. Esto lo enfureció.

—¡El Cara de Ratón anduvo metiendo sus cochinas manos en mi rebaño, justamente ahora que debo cuidar mis machos nuevos y las hembras recién nacidas!

Perico nunca había visto enojado al capitán Miguel. ¡Parecía tener tan buen humor a toda hora! ¿Quién sería el Cara de Ratón? No se atrevió a preguntar; pero sus rastros estaban a la vista.

—Mañana revisaré mis lobos y si me falta UNO de los que marqué la otra vez, perseguiré

a ese cuatrero hasta encontrarlo.

Comieron lo que habían traído desde el cúter y se estiraron en el suelo para dormir, bien envueltos en sus mantas y cerca del fuego.

El cielo estaba despejado, y a pesar de que solo había unas horas de plena oscuridad, el pastor pudo ver su viejo volantín de estrellas. Ahora estaba en un lugar distinto... Eso lo puso desconfiado y por un momento pensó que acaso estaban más al norte y no iban hacia el sur como él quería. Tampoco dijo nada, porque el capitán parecía de mal humor y miraba en torno al refugio, como si temiera ser asaltado.

Se tranquilizó pensando que con las muchas vueltas de los canales, el volantín, al igual que las islas, aparecería en otro sitio. Y en secreto dijo a Mirasol:

—Lo que pasa es que el Cara de Ratón vino a revolver los rebaños del capitán. Yo estaría igual de furioso. Ya ves, solo por ti he viajado tanto; si alguien te robara para sacarte el cuero, no sé qué haría...

Mirasol baló en contestación.

—Cuando volvamos a casa, mi padre me dará un buen sermón, pero después entenderá. Y yo te largaré con sus ovejas nuevas, pero nunca te venderé. Tendré dos perros para que te vigilen y yo volveré a la escuela para contar todas mis aventuras al Lucho, al Pequén, al Tito y hasta a la profesora...

19 Los rebaños del capitán

Perico despertó con un feroz tosido del capitán. Estaba de pie, sacándose la parca y camisetas para "despertar con agua fresca", según dijo.

Y bien fresca, pensó el pastor. Él, a lo más, se pasaría una mano por la cara. Sin embargo, se vio obligado a bañarse igual que su jefe. El desayuno de café caliente y charqui le supo a gloria y luego se dirigieron hacia la guarida de los lobos, dejando a Mirasol atada junto al pasto fresco que Perico recogió para ella.

A medida que se acercaban, los lobos se iban tirando al agua, desconfiados ante la presencia humana.

—No reconocen a su pastor —pensó Perico.

El capitán no pareció extrañarse. Se sentó en las rocas tranquilamente y le indicó a Perico que hiciera lo mismo.

—Ya vendrán —dijo muy seguro—. Creen que soy el Cara de Ratón, pero luego se darán cuenta de que yo no los ataco.

Al cabo de un buen rato, asomó la cabeza un lobo. Al muchacho le pareció muy humano, con sus ojos separados y pestañudos, la cara redonda,

atortillada, y el hocico ñato; casi podía decirse que sonreía. Sus largos bigotes le daban aspecto bonachón, de Viejo Pascuero.

—¡Es igual al dueño de la pulpería! —rió Perico—. Donde mi tía compra las provisiones.

Este lobo parecía ser el jefe, porque después de él sacaron las cabezas varios más, y como se sintieron seguros, empezaron a trepar por las rocas, alzando sus cabezas y dando resoplidos. Con esas caras de gente, se podía pensar que vestían una larga y estrecha falda que escondía sus piernas. Los mayores adelante y las hembras con los recién nacidos detrás. Perico sintió miedo. Eran tantos, y había oído que cuando estaban hambrientos atacaban a los hombres. Pero el capitán no se preocupaba y los dejaba acercarse, contando los que tenían su marca en la cola: una V grande.

—¡Cincuenta! —exclamó entonces—. Cuéntalos tú también.

—Igual que mi rebaño de ovejas allá en mi tierra.

—El Cara de Ratón me dejó los veinte machos y las treinta hembras que yo había marcado. Se ha llevado los nuevos. Vamos a ver a otro lado.

Embarcaron otra vez en el cúter, con Mirasol y todo lo que habían bajado.

Recalaron en otras islas revisando lobos y encontraron animales descuerados flotando en el mar.

—El Cara de Ratón nos lleva un día de delantera no más —gruñó el capitán—. Tenemos que alcanzarlo o acabará con la raza de los lobos y de las hermosas nutrias, ya bastante escasas.

—¿Qué pasa si se acaba esta clase de lobos? —preguntó Perico.

El capitán respondió con otra pregunta:

—¿Qué pasa si se acaban las ovejas?

—Bueno, no habría lana, ni carne, ni cueros... No habría más Mirasoles —Perico comprendió qué terrible sería.

—Si se acaban los lobos, y de las razas finas casi no quedan, puede haber una invasión de pestes marinas o morir otros animales o aumentar una especie de animales dañinos. Los lobos son necesarios. Por eso, yo sólo mato a los lobos viejos o cuando hay demasiados machos. Pero me preocupo de las hembras y de los recién nacidos.

—¡Mire allá! —interrumpió Perico al capitán, apuntando a una isla—. ¡Otro cúter más chico que este!

El capitán siguió el dedo de Perico y su cuerpo pareció crecer.

—Es el cúter del Cara de Ratón. Vamos a hacerle un pare —y dirigió el barco tras él.

—¿Habrás pelea? —preguntó el muchacho sacando su cuchillo por si acaso.

—Muy posible —contestó el capitán con la mirada fija en el cúter que se agrandaba a medida que se iban acercando.

Pero antes de alcanzarlo, viró a la izquierda para saltar por la parte de atrás de la isla y pillar al bandido de sorpresa. Cortó el motor y atracó a remo.

—Sígueme si quieres —gritó el capitán trepando impaciente por las rocas.



Y Perico lo siguió. A poco andar encontraron un lobo descuerado y, no lejos, otro. Eran tan pequeños como Mirasol. Sin ser vistos por el asesino, observaron que muchos animales se lanzaban al agua huyendo, pero el Cara de Ratón les tiraba un arpón atado a una cuerda y con buena puntería. Vieron un lobo chiquito escondido en una poza del roquerío. Un reguero de sangre les daba la pista. Las hembras bravas también habían sido sacrificadas. El capitán avanzaba a grandes pasos. Decididamente. No le tenía miedo al Cara de Ratón ni a nada.

Por fin el bandido quedó a la vista; era un hombre bajito pero ancho, que ensartaba en su arpón los cueros ensangrentados que había robado. De pronto, él también los descubrió y salió disparado con su cosecha hacia el lado de la isla donde dejara el cúter.

—¡Sé hombre alguna vez, ladrón asesino! —le gritó el capitán, largándose a toda carrera para alcanzarlo—. ¡A ver si te atreves conmigo! —lo desafió furioso.

Pero el ladrón saltó de roca en roca y sus piernas cortas no resbalaban al correr. Tenía una agilidad de ratón. Tiró los cueros al cúter y en un momento estuvo lejos de la orilla. El capitán no se desanimó y enarbolando un cordel con gancho lo lanzó como lazo. El ladrón era muy vivo y se había echado al fondo del barco, pero al arrastrar de vuelta el cordel, el capitán se trajo consigo enganchada toda la cosecha de cueros nuevos.

El Cara de Ratón se alejó gritando insultos, mientras el capitán, recuperando su buen humor, enrollaba el cordel y levantaba los brillantes cueros de lobo.

—¡Nadie sabe para quién trabaja! —gritó—. Jamás me habría atrevido yo a descuerar estas preciosuras. Le servirá de lección a ese ladrón poco hombre.

20 *La venganza*

Iban caleteando por los canales, unos anchos, otros angostos, y el capitán nombraba las islas que cruzaban, en su mayoría deshabitadas. Algún faro o una baliza se alzaba en la noche señalando los peligros.

—¿Antes fue profesor, capitán? Enseña tan bien...

—Tú harías lo mismo si anduviéramos por tu Tierra del Fuego.

—Claro que sí...

—Yo vivo en estos caminos de agua desde niño. Ya dejamos atrás la Madre de Dios y enfilamos hacia el canal Ancho para llegar por él a la isla Wellington. Ahí está Puerto Edén. Te gustará ver a los pocos indios alacalufes que van quedando. Eran muchos, pero ahora no quedan más de cien. Son como niños indefensos, se contagian de cualquier enfermedad y no resisten...

—¿Por qué son así?

—Porque no se mezclan con los blancos. Cualquier resfrío nuestro es capaz de matarlos. Su raza puede desaparecer.

—Como la de los milodones.

Y de pronto, en medio de la tranquilidad del agua, a Perico le dieron ganas de contarle su viaje de aventura.

—Nadie lo sabe más que usted —terminó Perico.

—Gracias por tu confianza...

—Ahora vuelvo donde mi padre y también a él le contaré todo.

El capitán lo había escuchado sin interrumpirlo. Se daba cuenta de que Perico creía ir viajando al sur, a Laguna de los Cisnes, mientras en realidad iban rumbo al norte, a Puerto Cisnes. Ambos habían cometido un error y para salir de él el capitán tendría que embarcar al niño en dirección contraria. Pero decidió no decir nada hasta no tener una clara solución.

Pasaron la noche en Puerto Edén y al día siguiente prepararon el cúter y lo equiparon con víveres. Perico estaba interesado en conocer a los alacalufes. Le recordaban a los onas, ya desaparecidos, pero de los cuales oyó hablar mucho a su padre y también en la escuela.

Como si cada uno de sus deseos tuviera que cumplirse, apenas despegaron del puerto, vieron cruzarse con ellos una canoa de indios muy pálidos. El capitán les hizo un saludo al que ellos respondieron sin detenerse.

—Ahí tienes a los fantasmales alacalufes —le dijo a Perico—. Vienen de los fiordos, canales muy estrechos que entran tierra adentro como en torcidos corredores. Están rodeados de hielos y estos indios alacalufes viven ahí silenciosos, alimentándose de mariscos y peces.

—Una vez dijeron en mi escuela que iban a llegar dos. Pero nunca vinieron...

A poco navegar, Perico creyó ver un árbol que crecía del mar.

—No es árbol, es el mástil de un buque sumergido hace años —explicó el capitán—. Está ahí para advertir a los navegantes que no nos acerquemos al lugar. Sin ese mástil, podríamos chocar con los restos del barco Moraleda y darnos vuelta y hundirnos.

—¿Un barco hundido? Es lo que más me gustaría conocer por dentro.

—A mí también. Pero hay que nadar muy bien y saber resistir el hielo de esta agua...

—¡Qué pena! Me habría gustado tanto visitarlo.

—Hay muchos barcos a medio hundir, por aquí. Los piratas, esos bandidos, los hacían naufragar para saquearlos.

—¡Y pensar que en el colegio muchos quieren ser piratas!

—Les gusta la aventura y no conocen lo que fueron en realidad. Mira, aquí tienes otro barco a medio hundir. Voy a atracar un poco para que lo veas mejor.

Pero apenas acercó el cúter, Perico casi sin pensarlo saltó a la cubierta inclinada que sobresalía del agua. Al pisarla, resbaló como si fuera de jabón y cayó al agua.

El capitán no hizo nada por sacarlo. Se tenía bien merecido el susto y la sorpresa. Se lo había advertido bien claro... Si lo viera en peligro no dudaría en arriesgar hasta su pellejo por salvarlo.

Pero le venía bien la experiencia por su indisciplina.

Perico asomó una cabeza de perro asustado chorreando agua y se pescó de un fierro. Creía ahogarse... El capitán lo dejó trabajar su salida con la pesada ropa que estilaba y solo le cogió la mano para subirlo al cúter. Escupía agua y tiritaba.

—Sácate tu ropa y envuélvete en mi manta.

Perico obedeció sin defenderse. Estaba tan asustado como arrepentido, y a su manera prometió no faltar más a la disciplina.

Cuando se tranquilizó, le enseñó un clavo roñoso y torcido al capitán:

—Lo llevo de recuerdo, pero si usted lo quiere... —dijo.

—No soy coleccionista —rió el capitán y le ofreció comida para que se calentara.

El cúter entraba ya en la Angostura Inglesa. Eran dos muros densos y muy altos, dos murallas naturales muy fuertes que apenas dejaban paso al cúter en el canal. Solo se veía un angosto cielo azul mientras el motorcito resonaba en la soledad de esas aguas infinitamente profundas.

—Aquí hay a lo menos dos mil metros de profundidad. Es un tajo abierto en la cordillera por la mano misteriosa de Dios.

—No es el mismo camino que tomamos al venir —dijo Perico—. No creo haber pasado por este túnel antes.

El capitán aprovechó el momento para explicarle a Perico la equivocación de ruta, el error cuando hablaron de Cisnes.

—Seguiré trepando entonces... —dijo con pena.

—¿Hay ballenas aquí?

—Más afuera. De chiquillo anduve tras ellas. Ahora escasean. Prefiero mis lobos...

Cuando salieron del acantilado les pareció renacer ante la inmensidad del mundo. Esa estrechez húmeda y oscura, con su mezquina cinta de agua y también mezquino cielo, los traía enervados.

—Ahora que estamos a todo cielo y mar, quiero advertirte, Perico, que demorarás en llegar a tu casa. Nos hemos alejado mucho de tu camino...

—No importa, he visto tanta maravilla. Mi casa está siempre donde mismo y sabré encontrarla. Yo estoy contratado por usted y voy a seguirlo...

Dejaron atrás la isla Wellington y empezaron a navegar en un mar agitado, lleno de islotes. El capitán enfiló hacia unos peñones negruzcos que llamaba "ratones".

—¿Es la tierra del Cara de Ratón?

—Ese no tiene tierra. En todo caso vamos a dormir al pie del faro San Pedro, en una islita cerca del golfo de Penas.

Detuvieron el motor y a remo se fueron acercando al lugar.

A Perico le fascinó acampar cerca de un faro. Ver como funcionaba, mirar su inmenso ojo luminoso alumbrando los barcos y las rocas.

Atracaron el cúter y lo ataron con cable y ancla. Treparon por la roca hasta muy cerca de la poderosa luz que iba girando como una lenta hélice que se adueña de todo lo que alumbra.

Mirasol los seguía como cabrita de monte, sin problemas, probando aquí y allá los pastitos

nuevos que asomaban.

Encontraron ramas cortadas, como si alguien hubiera despejado el lugar por algún motivo misterioso.

—¿Nadie vive aquí? —preguntó Perico.

—Nadie, resultaría imposible, pero los guardafaros se encargan de mantener su foco y no hay problema. Los guardacostas vigilan a los encargados de cuidar faros y balizas.

—También en mi tierra hay un faro casi al fin del mundo, y se llama Evangelistas, pero al revés de estos, en él viven muchos hombres.

—Se te ha soltado la lengua, pero hay que armar el refugio.

El capitán volvía a ser el capitán y Perico obedecía. Mientras cortaba ramas de quila creyó ver un barco. Se trepó al armazón del faro para tener una visión mejor. Llegó casi al foco de luz como una gran polilla y en ese mismo instante oyó de algún lado un ruido de motor que se ponía en marcha.

—Es el Cara de Ratón —dijo el capitán Miguel tranquilamente. —Mala hora para navegar, cuando oscurece. De todos modos, no puede atravesar el golfo de Penas. Tendrá que refugiarse en alguna caleta del río Baker, no le queda otra.

Mariscaron un rato y comieron hasta hartarse. Estaban cansados y bajo las quilas armaron un colchón de hojas y se durmieron profundamente.

21 *¿Dónde está Mirasol?*

Perico se despertó con un chorro de agua que le caía en la cara. La ramada no protegía de la lluvia y el capitán y su compañero tuvieron buen trabajo para techar su refugio con mantas, cueros y todo lo que pillaron a mano.

—¡No veo a Mirasol! —exclamó Perico de pronto.

—Yo apenas te veo a ti con esta lluvia. La encontraremos cuando amanezca. Y es de esperar que escampe, porque el viento no anuncia nada bueno.

Perico también lo sabía. Los temporales australes son salvajes. Intranquilo, no podía dormirse. El ruido del agua y del viento ensombrecían su imaginación. No recordaba haber puesto a Mirasol a sus pies, tampoco haberla visto mientras construyeron el refugio. No se atrevió a despertar a su jefe para contarle todo lo que pasaba por su cabeza.

—Puede haber resbalado —pensaba—, no tiene costumbre de andar con temporales. Pero es de noche y a lo mejor se ha echado por ahí, bajo las quilas —trataba de consolarse.

Cuando la lluvia calmó un poco, bajaron al cúter a buscar provisiones. Aún estaban intactas las conservas que el pioneta le dio a Perico, allá en Puerto Natales. Las abrieron y resultaron sardinas deliciosas.

Perico no perdía la esperanza de ver aparecer a Mirasol. Y buscó sin descanso entre las rocas, aunque el viento y la lluvia casi no lo dejaban ver. Seguramente se había refugiado y esperaba que cesara la lluvia. Ya estaba grandecita y sabía cuidarse. Pero no se quedaba tranquilo, por mucho que tratara de razonar.

Un par de pingüinos lo distrajeron por un momento. Parecían hombrécitos guatones de camisa blanca y chaqueta negra; no le tenían miedo y se acercaban a comer los restos de choros.

De pronto se levantó decidido a encontrar a su oveja, viva o muerta. Lo peor era la duda. Anduvo por los roqueríos, escarbó en las pozas profundas, llamó y tocó su flauta, pero todo era inútil bajo la incansable lluvia.

Al otro día lo despertó el silencio. El temporal había pasado. El capitán se fue a arreglar el cúter y aconsejó a Perico:

—Busca tu oveja mientras me preparo para zarpar. Te espero allá abajo.

Perico volvió a empezar, en vano, la angustiosa búsqueda. Al rato, oyó la voz del capitán Miguel que lo llamaba y sintió que se le apretaba la garganta. No contestó.

—No me iré sin Mirasol —se dijo con fuerza—; que el capitán se arregle como quiera. Yo me

quedo. Viviremos con mi oveja junto al faro, entre los pingüinos. No me faltará comida de choros y pescados y Mirasol tendrá su pasto eterno. Y si pasa algún barco...

—¡¡¡PERICOOOO!!! —las voces las llevaba y traía el aire suave, el buen viento para navegar.

Él se desentendía, saltando de un lado a otro sin perder la esperanza de encontrar a Mirasol. Además, estaba decidido a ¡quedarse viviendo ahí, en la isla!...

De pronto se encontró frente a frente con el capitán.

—Oye bien, Perico, quieras o no quieras, tendrás que venir conmigo. Dejarte en esta isla es como abandonarte a una muerte por hambre o por frío. Por la buena o la mala te embarcas.

—¿No podría esperar un poco más para encontrar a mi oveja?

—Tu oveja se la robó el Cara de Ratón, estoy seguro, porque también me sacó unos víveres del cúter. No se llevó los cueros, porque yo los había bajado, así que esta es su venganza.

—Nos lleva más de un día de ventaja —se lamentó Perico.

—Pero lo alcanzaremos. Con la tempestad, tuvo que buscar donde acampar. El muy endemoniado se ha llevado a Mirasol en vez de los cueros. Lo conozco.

Perico se resignó y partieron bordeando la costa, entre miles de islas verdes, brillantes por la lluvia reciente. El golfo de Penas desplegaba su oleaje, raramente calmado, y avanzaron hacia la

boca del río Baker. Perico escrutaba el horizonte tratando de divisar el cúter del ladrón.

—Vamos a avanzar a la vela para que no nos oiga y así lo sorprenderemos —y el capitán cortó el motor—. Además, ahorramos combustible. Perico, ¡al timón! —ordenó.

Solo el chillido de los pájaros acuáticos, gaviotas, caiquenes y bandurrias animaba el aire; y en el agua jugaban pingüinos y brillaban escamas de peces.

Orillando, con cuidado para no embancar, iban ligeros. Perico transpiraba de nervios, repetía en secreto:

—Señor, haz que esté viva, haz que la encuentre.

—¡Ahí va y no nos ha visto! —gritó de pronto el capitán.

Junto con decirlo, se oyó el lejano ruido del motorcito y asomó la lancha en una curva. Perico se empinó y alcanzó a ver, destacando sobre los cueros negros, una cosita blanca. ¡Tenía que ser su oveja!

El viento empujaba al cúter con rapidez. Cuando supusieron que el falucho del Cara de Ratón ya no se les escapaba, se aprontaron para enfrentar la pelea. Perico se sintió electrizado cuando atracaron junto al barco perseguido y sin ver más que su oveja, alargó los brazos para tomarla. Pero el cúter del ladrón arrancó a todo motor. El capitán tiró su lazo con gancho y fue acortando el cable, de modo que pudiera darle topones al otro por los costados. Perico sacó su cuchillo y su pistola fundida, pero vio con sorpresa que el

Cara de Ratón, con su gorro de lana encajado hasta las cejas, los esperaba sonriendo de oreja a oreja. Tenía en brazos a Mirasol y enarbolaba un arpón como si fuera guaripola.

—¿Vienes por la chiporra? —preguntó mostrando sus agudos colmillos que le valieron el nombre—. ¡Te la cambio por el chiquillo que te acompaña!

—¡Idiota! La oveja es del muchacho y tienes que devolverla.

—Pero los cueros de lobos son míos y si no me los das me comeré la corderita asada al palo. Así que pasando y pasando... —rió casi alegre.

—¿Tuyos? ¿Se te olvidó que me los robaste? ¡Eres un patudo!

El capitán iba enrollando su lazo con disimulo y cuando lo tuvo todo listo, se levantó en toda su altura, endureció sus fuertes músculos y sus ojos brillaron como chispas.

—¡Entrega esa oveja o lo verás todo amari-llo! —le gritó y disparó el lazo haciendo caer al sonriente bandido al fondo de su embarcación. La oveja, aturdida, iba a echarse al agua cuando Perico la cogió en sus brazos.

—Antes de soltarte, arreglaré cuentas contigo —añadió el capitán—. La próxima vez que te pille robando en mis rebaños, será la última, porque entonces te iré a dejar a la isla más lejana y solitaria, donde no haya ni lobos. No podrás contar el cuento; ¿oíste bien?

—¡Sí, capitán Benavente! —se oyó la voz del hombre.



—Conoces mis leyes. ¡Y ahora lárgate!

Y el capitán dio sog a su lazo para soltar al Cara de Ratón. Los dos cúteres se separaron y ambos patrones se echaron una mirada de frente. No se odiaban, trabajaban en campos distintos. En la dura vida austral, cualquier día podían necesitarse, esta era la realidad. Un temporal, un naufragio, quedarse varados en una isla solitaria y aun perderse en la infinitud de canales. “No había tiempo para ser enemigos”, pensó Perico.

—Ahora regresaremos al golfo de Penas. Es lo más duro del viaje —advirtió el capitán Miguel—. Pero al norte, en la bahía de San Quintín, encontraremos algo en que puedas embarcarte a tu Tierra del Fuego.

Perico acariciaba a Mirasol mientras ella engullía el pasto que aún quedaba en el cúter. El pastor sacó su flauta para cantar su alegría.

La melodía le trajo recuerdos de su padre y pensó: “Le escribiré para que sepa de mí. No estoy seguro de querer volver todavía; estoy conociendo el mundo de verdad y no puedo perderme ni las maravillas, ni las peleas, ni los sustos y gustos. Después volveré. Mi carta le explicará”.

22 Golfos y ventisqueros

La carta que escribió Perico a su padre, además de ser la primera de su vida, resultaba difícil de leer. El cúter se movía bastante y las hojas de libreta que le dio el capitán eran pequeñas y de líneas estrechas. Lo principal era que, a su modo, le aseguraba que estaba bien y que regresaría algún día.

La travesía del golfo de Penas fue muy bailada y surtida. Pegados a la costa para capear en lo posible el oleaje fuerte, avanzaban a ratos a vela o a motor según las variaciones del viento y de las corrientes. Cuando ya estaban cerca de su destino, vieron ante ellos el impresionante ventisquero de San Quintín. Sus hielos caían al mar y de pronto oyeron una explosión y un alboroto de aguas hizo bailar al cúter como una cascarita. Se había desprendido un témpano del borde helado, del río blanco, donde se erguían misteriosas figuras de cristal. El capitán hizo un violento viraje para evitar el choque.

—¿Comprendes lo peligroso que resulta acercarse a la costa por estos lugares? Ese bloque de hielo casi nos hunde.

—Pero ¿ese río de hielo, de dónde sale?

—Allá arriba hay glaciares fósiles. Nadie conoce de dónde vienen estos ventisqueros, que así se llaman los ríos helados. Esas son regiones tan peligrosas, que ningún explorador se ha atrevido a excursionar por allí. El que lo haga quizá qué antiguas vidas encontrará.

—Milodones —murmuró Perico, pero el capitán no le oyó.

Un aliento helado llegaba hasta ellos y muchacho y oveja se habían abrazado para calentarse.

—¿Por qué las islas que ahora vemos parecen más ricas de pastos y con más árboles? —preguntó Perico.

—Porque estamos más al norte y el clima es menos helado que en tu tierra. Salimos del canal Messier y cruzamos ya el golfo de Penas.

—Ni sé lo que es un golfo —dijo Perico a media voz.

—Es una entrada del mar en la tierra. Imagínate una bahía, como la de tu tierra, pero más ancha y profunda, más abierta. Por eso los golfos no sirven como puertos, a no ser que estén protegidos por una entrada angosta. Y este se llama de Penas, porque siempre está revuelto.

—¿Es traicionero?

—¡Dios nos libre si estalla una tormenta! Tendríamos que trepar a lo que fuera, aun al río de hielo. Pero ya lo hemos cruzado, ¡menos mal!

—Golfos, bahías, ventisqueros, fiordos... Hay que ver que he visto cosas raras —comentó Perico—. Ojalá me acuerde de todo cuando vuelva a mi casa.

Hacia el anochecer entraron a una bahía rodeada de lomas y montañas verdes; por todos lados se veían bosques. En un recodo se internaron en un canal donde el mar se tranquilizaba casi por completo. Era un verdadero refugio.

—¿Te diste cuenta, Perico? Vamos llegando. Dejamos atrás la gran bahía de San Quintín, donde cabe toda una armada de barcos. Y vamos ahora por un fiordo, el Aldunate, y allá, al fondo, viven unos amigos míos.

Al ruido del motor acudieron a la playa dos niños, un hombre y una mujer, seguidos de algunos perros. El capitán daba gritos y hacía señas a los de la orilla, que respondían con entusiasmo. Cuando atracaron, el alboroto fue grande y abrazaban al capitán Miguel y miraban sonriendo a Perico y Mirasol.

Por fin, entre todos arrastraron al cúter fuera del agua y se encaminaron hacia una casa medio escondida en el bosque. La casa era de troncos y estaba amarrada a los árboles. Su techo de pasto coirón parecía barba de viejo.

—Nos atrasamos porque tuvimos que entrar al río Baker —explicaba el capitán—. Habíamos pensado llegar a tiempo para tu cumpleaños, Catalina. Es mi ahijada —dijo el capitán a Perico.

—Da igual —exclamó el padre de los niños—. En todo caso, benditos vientos y olas que te trajeron aquí. Pensé que no venías este año.

Los niños y la mujer hacían cariño a Mirasol, que no los esquivaba. "Por algo la oveja se había criado entre hombres", pensó Perico, orgulloso.

—¿Qué tal se han portado los faros durante el invierno? ¿Hubo naufragios por culpa de alguno que dejó de alumbrar? —preguntó el capitán.

—No, fue una suerte. Para eso los reviso y doy la noticia por mi transmisor. El único que pudo naufragar fui yo, que me arriesgué a salir para evitar desgracias cuando una baliza se apagaba o alguna boya dejaba de hacer sonar su sirena.

Al entrar a la casa, se levantó un viejecito que les salió al encuentro. Era el abuelo, que se encantaba de verlos. Una visita en aquellas regiones era un acontecimiento, un cambio y muchas noticias y conversaciones nuevas.

—¿Qué tal tus lobos y chungungos, Miguel? —preguntó riendo de alegría.

—Hartos lobos, pero también ladrones. En cambio los chungungos se han perdido de vista. Los loberos son tan estúpidos que matan a los chicos. No se dan cuenta de que así acabarán con las razas finas y que ellos se van a quedar de brazos cruzados.

—¿Y este niño es tuyo? Según mis cuentas, no. Aunque quizá te casaste con una viuda...

Todos rieron y Miguel explicó la presencia de Perico.

—Así que has venido desde Tierra del Fuego... —el viejo abrazó a Perico, admirado—. No es poco viajar. Yo estuve una vez por esas regiones y me anduvo dando por las ovejas... Después por el oro, que hay harto por allá.

—Ahora le daría por el petróleo —rió el capitán—. El mundo anda como loco detrás de los

combustibles, parece como si la tierra se fuera a enfriar. Son pocos los que se ocupan de los rebaños de lobos finos, como yo.

Conversaron alegremente hasta que apareció la patrona con un sabroso caldillo de choros. Perico se relamió de gusto, lo que le valió otro plato. También el pan le pareció especial.

—Es que lo hacemos con harina de papas —explicó la dueña de casa—. Y lo doramos con manteca de chanco.

—Es rico.

Se deshojaba en las manos de Perico al comerlo.

—Tu oveja también está comiendo pastos distintos —rió el capitán.

—Por eso me gustaría que este viaje no se acabara nunca, todo es nuevo, me gusta —se atrevió a decir Perico. Y se sintió hablador.

Dos hombres que se hospedaban en un cuartito junto a la casa entraron trayendo pescado fresco. Eran chilotos que, a cambio de hospedaje, pescaban y mariscaban para la familia. Habían descubierto grandes bancos de choros y ostras en esa bahía y pensaban hacer un negocio en grande. Uno de ellos conversaba mucho, el otro era callado. En un momento, dijo:

—Esto de los bancos de ostras hay que guardarlo en secreto. Ligerito otro se aviva y adiós platita.

—Por mí no lo sabrá nadie —aseguró el capitán Miguel—. Y por Perico tampoco. Este fueguino es más callado que las piedras.

Pronto el abuelo se puso a dormir, echado para atrás en su silla, y declaró:

—Es hora de dormir.

Y se estiró haciendo crujir sus huesos.

Los niños y la madre levantaron la mesa, acomodaron unas mantas junto al fogón e invitaron a dormir a sus visitantes.

—La ovejita ya duerme en su corral— dijo el padre ante una mirada de Perico.

Al día siguiente, cuando desayunaban, Perico se acercó al capitán y casi en secreto le dijo:

—¿Qué hago con mi carta?

—Dámela. La despacharé apenas llegue a Puerto Cisnes.

Recibió de Perico el papelito arrugado y sucio.

—¿Estás bien seguro de no querer volver?

—Harto seguro. Quiero ir con él —indicó al dueño de casa— a revisar los faros. Quiero conocer los bosques sumergidos, quiero hacerme bien amigo del Pancho —señaló al niño— y quiero mostrarle a Mirasol toda esta tierra.

—Te dejaré aquí un tiempcito para que estires las piernas y corretees por los cerros. Yo pasaré por aquí dentro de dos lunas —dijo el capitán.

—¿Seguro que volverá? —preguntó Perico.

—Seguro. Ahora voy hacia el norte.

Todos fueron a la rada para ayudar al capitán Benavente a equipar el cúter y echarlo al agua. Antes de que subiera a la embarcación, Perico lo abrazó:

—Gracias, capitán Miguel. Guárdese este recuerdo mío para que no se olvide de volver.

Y le alargó la pistola encontrada en el avión. El capitán escogió entonces un par de relucientes

cueros de lobos y se los dio al pastor.

—Esta es tu paga, Perico. Fuiste un compañero muy bueno. Espero que aprendas muchas cosas en esta península, nueva para ti y para Mirasol.

Y saltó al cúter.

Le hicieron señas hasta que se perdió de vista.

A Perico se le apretó la garganta. Catalina lo miraba fijo.

Y en esas tierras que el pastor tanto deseaba conocer, otras extrañas, terribles y también maravillosas aventuras lo esperaban.

23 *Dos que se pierden*

Perico se quedó mirando al cúter que se alejaba hasta perderse de vista en el mar. Sentía una cosa rara: ahora que viajaba, le sucedía a menudo aquello de querer ser dos Pericos: uno que se va y otro que se queda en el lugar. Le habría gustado seguir siempre con el capitán, pero quería ver muy de cerca un faro, encender su luz y saber que ella salvaría muchas vidas en las noches de tormenta.

Caminaba de mal humor hacia la casa del farero, reprochándose:

—¡Antes todo me daba igual, pero ahora quiero conocer el mundo entero! No es que olvide a los amigos; me gustaría que estuvieran conmigo el capitán Miguel, el pioneta del gringo y hasta el piloto que me cayó del cielo cuando yo era pastor. Lo que pasa es que me encariño con los amigos, con los animales y hasta con lo que piso... Creo que esto me pasa porque todo es Chile, es mi suelo, mi país, y quiero conocerlo hasta su último rincón.

El farero lo esperaba en la puerta de la casa de troncos.

—Tuviste suerte de encontrarte con Miguel —le dijo—. Es un gran tipo y somos viejos amigos. Él sabe que te cuidaré igual que a mis hijos y te dejaré ir el día que resuelvas volver a tu tierra, pero en manos seguras.

—Gracias —la voz de Perico sonó ronca y distinta—. Pero no quiero volver todavía.

—Mañana te llevaré a conocer los faros y balizas.

—¿Balizas? No sé que son...

—Son faros pequeños flotantes. Muestran a los navegantes dónde hay rocas sumergidas. Son igual de importantes porque evitan naufragios. Por eso cuando salgo al mar a revisar los faros, reviso también las balizas: que no les falte aceite, que estén buenas sus mechas y mantengan su luz.

—Yo que pensaba que las balizas eran animales —rió Perico.

Solo entonces se acordó de su oveja y pidió a los niños que lo llevaran a buscarla.

Pancho hablaba poco y Catalina era mirona hasta turbar a cualquiera. Resultaba más fácil ser amigo con las personas mayores; pero igual los siguió casi sin hablar.

Pancho se detuvo de pronto.

—Yo la dejé encerrada en este corral —dijo mostrando unos palos mal cruzados entre los cuales pasaba sobradamente Mirasol. La cara de Perico enrojeció de rabia contra el estúpido Pancho.

—¿A eso le llamas corral? —gritó—. ¿No estás viendo que una oveja chica se sale entre estos palos separados?

—Bueno, este es el corral... —contestó Pancho

estableciendo un hecho. Perico se rascó la cabeza con desesperación y tragó saliva.

—Hay que encontrar a mi ovejita. Yo la confié a ustedes y tienen que devolvérmela.

—La buscaremos —le dijo Pancho a Catalina—. Tú vas hacia los bancos y yo me adentro...

—No es cuestión de buscarla —aclaró Perico—. Hay que EN-CON-TRAR-LA. ¿Entienden? —su voz sonó como amenaza.

Los niños lo miraron con temor y partieron corriendo cada uno por su lado. Perico siguió a Pancho a lo que daban sus piernas.

De pronto paró en seco.

—Oye, Pancho —le dijo—, tú vas por un sendero... Lo que buscamos es una oveja, no un cristiano. La gente sigue un camino, las ovejas no.

—Cierto. Lo que pasa es que no sé por dónde empezar. Hace tanto rato que la dejé en el corral...

—¿Le dijiste a tu hermana que fuera por los bancos?

—Sí, los de choros y ostras.

—¿Y crees que mi ovejita va a comer choros? No seas leso y ayúdame a encontrarla.

Dejaron de correr y caminaron hurgando entre arbustos y ramas. De pronto, Perico dio un grito de alegría. Había encontrado una motita de lana prendida a un gancho espinoso.

—Anduvo por aquí. Si tuviera mi flauta la podría llamar...

No encontraron más huellas y decidieron volver.

Perico aprovechó para recoger su morral, los cueros de lobo y su flauta. Si no encontraba su

oveja no volvería a la casa de troncos. Era más importante Mirasol que conocer faros y balizas.

—¿Seguiremos el mismo camino? —preguntó Pancho.

—Sí, claro, seguiremos buscando huellas.

Fue fácil encontrar el matorral donde quedaron pelusas y otras marcas. Perico dejó caer sus bultos para tocar su flauta, llamando a Mirasol. Pancho lo miraba lleno de admiración:

—¿Puedo ensayar?

—Cuando aparezca mi oveja te enseño. No quiero perder tiempo porque ella va alejándose.

Se adentraron en el bosque con Perico entonando siempre su melodía con la flauta.

Apartaban las ramas que hacían difícil caminar y distinguir la huella. Los enormes troncos formaban con sus copas un techo oscuro, que, al moverse con el viento, dejaba caer luz aquí y allá. El canto de los pájaros se apagaba con el crujir del follaje. Y la voz de la flauta acompañaba el lamento de las ramas que caían.

—Yo me vuelvo —dijo Pancho de pronto—. No quiero meterme al bosque embrujado. Mi padre nos ha prohibido entrar.

—¿Por qué?

—Ahí vive un brujo. Dicen que el que entra, no sale. Tu oveja debe estar por ahí, perdida...

—Yo sigo hasta encontrarla. No tengo miedo.

—Mi padre se enojará conmigo si te dejo en el bosque.

—No puedes sujetarme. Dale las gracias a tu padre por mí.

Y soplando su flauta Perico se metió en el bosque donde no tardó en perderse.

Era difícil llevar sus bultos y soplar la caña. Se paraba a veces por si escuchaba un balido, pero el rumor del bosque y su oscuridad misteriosa lo impulsaban a continuar y tocar más fuerte la flauta, que le daba compañía.

—Me gusta más el mar, pelear con sus olas —pensó—. Pero no puedo abandonar a Mirasol. Sería igual que matarla.

Quebró una rama y le pareció que, más allá, otra se quebraba. ¿Sería un eco?

—Puede ser un árbol que se desgancha —se tranquilizó.

Y continuó su camino, mirando por si la oveja hubiera dejado otros cadejos de lana. El silencio grande del bosque lo detuvo. Había cesado el viento y, aunque se escuchaban gritos de pájaros aislados, la vida parecía suspendida como si esperara algo. No se atrevió a seguir tocando su flauta.

De improvisto oyó un duro golpe y en seguida otros, con marcado ritmo. Cesaron y escuchó el angustioso gemido de un árbol al caer.

—Diría que hay un leñador... el brujo tal vez, con el que asustan a Pancho y a su hermana mirona.

Y se encaminó hacia donde oyó caer el árbol. Golpes de hacha más cortos lo guiaron... El brujo debía estar trozando las ramas. Tenía curiosidad de verlo y la esperanza de que su brujería le ayudara a encontrar a Mirasol.



Los golpes eran cada vez más cercanos y acompasados, como el motor de una barcaza. Entonces, cuando menos lo pensaba, oyó un crujido inmenso, como de algo que caía del cielo estrepitosamente: era un árbol con su agonía de maderas viejas... Miró hacia arriba y vio que se le venía encima, igual a un mástil inmenso, con sus ramas sin hojas, arrastrando consigo los ganchos de los árboles vecinos.

Perico lanzó un grito al verlo venir sobre su cabeza y dio un salto hacia atrás para evitarlo. El árbol, al caer, sacudió la tierra y uno de sus ganchos atrapó a Perico, lanzándolo al suelo.

24 El brujo

Perico se despertó entre las grandes manos de un desconocido. Era un hombre de barbas y cabellos muy largos, color de tierra, envuelto en cueros de lobos. Sus ojos, fruncidos entre gruesas arrugas, lo miraban de fijo. Sus duras manos le movían una pierna, luego otra, como queriendo convencerse de que las tenía enteras.

Cuando Perico abrió los ojos, el hombre sonrió, haciendo más arrugas en su rostro pero enseñando unos dientes blancos y sanos.

—Al menos estás vivo —dijo con voz extraña—. Te vi al caer el pellín y creí que te aplastaba... Por suerte fueron apenas unas ramas, pero el golpe fue duro...

—Creo que me aturdí —dijo Perico levantándose—. Solo estoy medio mareado...

—¡Qué bueno! —sonrió el barbudo—, un árbol al caer puede matar. ¿De dónde vienes?

—De casa del farero, pero no soy de aquí.

—No saco nada con preguntarte cosas porque soy sordo —y mostró sus orejas grandes que no oían.

Perico lo miró sorprendido y apenado. Quiso

andar, pero un dolor agudo en la pierna lo hizo tirarse al suelo. Con las dos manos empezó a sobarse la canilla que se iba hinchando rápidamente.

—Estás lastimado —el hombre se encucilló para examinar la hinchazón—. Te llevaré a mi rancho para curarte.

Lo levantó en sus brazos como si fuera un juguete, pero sus firmes pisadas repercutían en la pierna adolorida y Perico empezó a quejarse sabiendo que el hombre no lo escuchaba.

Era una ruca pequeña, hecha de troncos y ramas cubierta por cueros de lobo, pero sucia y miserable. El sordo recostó al niño sobre unos cueros y le aplicó unas hojas que tenía en un tacho. Poco a poco le aliviaron el dolor de la pierna.

—En un par de horas estarás sano —le dijo—. Soy medio brujo para curar los males.

Solo entonces se acordó Perico del bosque embrujado. Sin duda este era el brujo y ahora estaba en sus manos: no podía huir y nadie vendría a buscarlo. Menos mal que el dolor iba desapareciendo. No era tan malo el brujo si lo había sanado.

Lo observaba tendido sobre los cueros que tenían debajo un colchón de hojas secas. El brujo molía entre las manos algo que luego dejaba caer en una ollita de greda, negra de humo, que calentaba en un hornillo de piedras. Hablaba solo todo el tiempo, pero en voz baja, de modo que Perico no alcanzaba a entender lo que decía.

Vació un poco de lo que cocinaba en un jarro y se lo dio a beber a Perico.

—Esto te curará —le dijo animándolo a beberlo, y como si adivinara sus pensamientos, agregó—: no tengas miedo, no soy malo. Vivo solo pero me agrada ayudar a los que me necesitan. Hago mi vida sin molestar a otros. Soy leñador y curtidor de cueros. No me hace falta nada, porque me compran la leña y me traen los cueros para curtirlos. A cambio de eso me pagan con lo que me hace falta: arroz, porotos, papas, fruta, yerba para mis matecitos y también azúcar. Tengo verduras silvestres y otras cosas...

Perico lo miraba fijamente mientras el brujo hablaba; iba probando en sorbitos el agua de hojas secas.

—Hablo solo para no olvidarlo... ¡Ah! Tú llevas cueros sin curtir. Están tiesos y duros. Yo te los curtiré y los dejaré muy suaves. Es mi trabajo... Esta noche prepararé algo bueno para ti. Tengo piures remojados y sé guisarlos bien. ¡A ver si te gustan! Ahora dime, ¿qué hacías en el bosque?

Perico empezó a explicar, luego vio en la cara del viejo que no servía de nada lo que decía. Entonces, con manos y gestos, trató de hacerle comprender que buscaba su oveja. Después de algunos intentos, el brujo entendió perfectamente.

—¡Ya! —dijo—. Perdiste a tu perrito...

Perico negó con la cabeza, baló varias veces y por fin sacó su flauta.

—¡Eres pastor! Claro, esta mañana vi a tu oveja y bien tentado estuve de cogerla. Para alguien que come solo pescados y mariscos, un trozo de carne fresca es mucha tentación. Pero la dejé ir. No

era mía y tendría un dueño. Ese dueño eras tú...

Perico reía de felicidad y demostraba su agradecimiento. Trató de levantarse, pero el dolor lo retuvo.

—Ya está oscuro —dijo el brujo—. Si tu oveja no es tonta, la encontraremos mañana, donde yo sé. Hay pasto tierno, pero lejos de aquí.

Encendió una lamparilla de aceite y preparó el guiso anunciado que Perico saboreó feliz.

—No tengas miedo de que alguien atrape a tu oveja en estas soledades. No hay zorros ni enemigos. Y faltan algunos días para que venga la balsa a llevar mi leña y los cueros curtidors. Ni siquiera he acarreado toda la leña a mi muelle, pero están listos los cueros... —y le mostró a Perico unos atados de cueros suaves y brillantes.

—Soy curtidor cuando hay mal tiempo —continuó hablando el sordo—, y cuando escampa y hace frío, trozo leña. Ahora boto los árboles viejos para el año que viene porque ya hice leña con los que boté el verano pasado.

—Eso quiere decir que la balsa viene una vez por año —dijo Perico sabiendo que no le oía—. Antes a mí me gustaba estar solo en los faldeos de mi padre. Pero aquí no me gusta, y menos un año entero...

—Si tu pierna no está buena mañana para caminar, te llevaré en mis hombros en busca de tu oveja. La encontraremos. Lástima que cuando la encuentres partirás con ella y no te veré más. Creo que es la primera vez que viene un niño hasta aquí...

25 Otra huella

Unos golpes repetidos sacaron del sueño a Perico, que demoró bastante en darse cuenta dónde se hallaba. El brujo azotaba cueros contra un tronco un poco más alto que él, firmemente arraigado al suelo para resistir sus golpes. Luego los sobaba en sus manos y los sacudía como si fueran trapos. Perico reconoció sus lobos, aunque ahora brillaban negros y sedosos.

Miró su pierna que ya no se veía hinchada, y se levantó. Pero le dolía al andar. Sentía como alambritos en el hueso y prefirió acercarse al sordo saltando en su pie sano. El viejo no lo había sentido y se alegró al verlo.

—Tus lobitos ya están sobados —dijo el brujo—. Me desperté muy temprano y tuve tiempo de curtirlos mientras dormías.

Estaban suaves y Perico los acarició encantado mientras el viejo preparaba el desayuno.

—¿Prefieres mate o café? —preguntó. Perico puso su dedo en el tarro de café, al que estaba acostumbrado y le traía recuerdos de su tierra. Lo azucararon a gusto y lo bebieron lentamente, mientras el ermitaño conversaba a su modo, sin

recibir respuestas.

—Veamos si eres capaz de caminar —dijo cuando terminó de desayunar y lo tomó de la mano. Perico hizo empeño por disimular su cojera pero el viejo lo advirtió.

—Mejor te llevo en mis hombros. Pesas menos que un tronco de metro. Llevaremos charqui para el almuerzo y tu cantimplora con agua. No es cerca, aunque yo acorte el camino...

Cruzó los brazos y elevó a Perico montándolo en sus hombros mientras el niño trataba de evitar la cosquilla de su larga melena. Reía al verse tan alto, pero le preocupaban las ramas.

—Capaz que un gancho me degüelle, a estas alturas —dijo Perico al viento. Igual que el brujo, hablaba solo para no olvidarse—. Si mi cabeza queda atrás, seguiremos viaje sin ella, seguro. Mi amigo no la oírás caer...

Pasaron junto a unas rumas de troncos ordenados y del mismo tamaño y avanzaron entre ellas. El bosque era cada vez más ralo y en partes sus árboles eran pequeños y delgados.

—Es mi bosque —decía el brujo con su voz de un solo tono—. Lo he plantado año tras año. Los primeros robles los trocé hace ya diez años y se me hicieron largos mirándolos crecer. Los que tú ves en pilas ya tenían doce años y esos tan guainas como tú, los trozaré en ocho años más.

Salieron por fin del bosquecillo tierno y se encaminaron a una loma suave que verdeaba.

—Tu oveja no habría sacado mucho con morder

este musgo, es demasiado corto. Más arriba creo que habrá pastito...

Se detuvieron a mirar por todos lados sin divisar a Mirasol. Luego siguieron. A medida que avanzaban, el pasto asomaba fresco y se doblaba bajo las pisadas. Perico sacó su flauta y entonó su melodía. El corazón del viejo golpeaba fuerte junto a sus piernas y comprendió que el brujo estaba cansado. Le cogió la cabeza y le gritó con toda su fuerza en la oreja:

—¡Descansemos!

Para su gran sorpresa el viejo se echó al suelo y lo bajó de sus hombros.

—¡Oí tu voz! —dijo el brujo con los ojos brillantes de alegría—. Es lo primero que oigo en treinta años. Aunque quizá solo sentí el soplo de tu boca...

—¡No! —Perico volvió a gritarle en la oreja—. ¡Usted me oyó! ¡Algún día seré médico de sordos y vendré aquí para sanarlo!

—¿Dijiste que ibas a sanar a los sordos? —el viejo sonreía pero con lágrimas. Perico ya no tenía fuerzas para volver a gritarle pero asintió sonriendo.

—A ver si te apuras en crecer... —dijo el viejo.

Sacaron el charqui para celebrar esta esperanza y se instalaron a almorzar. Se entendían otra vez a su manera, porque ya los gritos de Perico no lograban hacerse oír.

—Déjame hablar a mí y no te quedes sin voz, porque un sordo y un mudo no pueden entenderse. Mira allá lejos, bien lejos —apuntó con su

grueso dedo chueco—. ¿Alcanzas a ver los ventisqueros? Son las cumbres de hielos continentales más duros que la roca y no se han derretido en miles de años. Su muro helado cierra un inmenso campo de hielo que es imposible atravesar y, sin embargo, hay en él una isla que es un paraíso de flores y plantas. Algunos de sus pájaros se aventuran hasta aquí. Yo quise hacer otro paraíso acá en mi tierra, mi paraíso, pero las aves no me trajeron semilla y siguieron su vuelo...

Perico volvió a tocar su flauta. El ermitaño tenía mucho que decir, mucho que hablar y contar, pero entretanto no buscaban a Mirasol.

Como si el viejo adivinara su pensamiento, cogió algo del suelo y lo enseñó a Perico.

—Por aquí anduvo tu oveja —le dijo mostrándole una pequeña bosta de animal—. Ya debe ir lejos, porque está seca.

Sin esperar a que lo invitara, Perico volvió a trepar en los hombros del brujo y continuaron su camino por las lomas verdes, uno hablando y el otro tocando su flauta.

26 *Una gran V en el cielo*

Los sorprendió la noche y se cobijaron en un refugio del brujo, a mitad de camino hacia su muelle. El viejo continuaba explicando su manera de acarrear los leños, haciendo estaciones en el camino. Perico se aburría.

—Pensará que voy a quedarme aquí con él toda la vida... Me trae aquí y mi oveja no tiene por qué haber venido a este rincón.

Esta vez su cama fue solo un nido de hojas y ramas. Igual se durmió porque equilibrarse en los hombros del brujo era tan cansador como caminar.

La flauta sonó mucho al otro día, esta vez Perico iba andando junto al brujo. Inventó melodías nuevas, pero fue inútil encontrar huellas de la oveja. Poco a poco se iba abriendo paso algo en su cabeza y cuando llegaron de vuelta a la ruca del ermitaño, en lugar de dormirse, Perico se quedó pensando: "Cada uno de esos troncos los ha acarreado el brujo... y seguirá cortando y acarreando año a año. Yo no podría resistirlo".

Le daba horror pensar en la vida de ese hombre, verse atrapado en algo parecido. No sospechaba que la suya sería muy pero muy distinta y llena

de sorpresas.

—Desde que voy conociendo el mundo, muchas cosas son menos importantes —se dijo en voz alta, seguro de no ser oído—. Mirasol es una simple ovejita... Quizá fue un pretexto seguirla para no ser pastor. El mundo es muy grande, Chile es muy grande y lo quiero conocer entero. Podría ser que el pastor que antes fui quiera quedarse en estas tierras con su oveja, y otro Perico, este que ahora soy, siga trepando por Chile.

Muy temprano, y entre sueños, oyó pasar bandadas de pájaros. Se levantó de un salto, creyéndose llamado por ellos.

El brujo estaba afuera mirando pasar las aves.

—Van hacia el norte —dijo al ver a Perico—. Son bandurrias, las cigüeñas chilenas, ¿oyes sus corneteos? Anuncian el fin de nuestro corto verano.

—Pero usted no las oye —dijo Perico, con señas.

—Quién sabe... —respondió el viejo con sonrisa maliciosa. Perico miró al cielo y vio una enorme V de cisnes, acaso de su tierra, que viajaban hacia el norte. Se los indicó al viejo sonriendo, porque le eran conocidos.

—Buscan lugares más abrigados, en los lagos cercanos a la costa. No sé por qué creo que tú vas a seguirlos —agregó.

—De verdad usted es adivino y con razón lo llaman brujo... —rió Perico asintiendo con la cabeza. Sí, se iría como los pájaros y quizás en el camino encontraría a Mirasol.

Mientras tomaban desayuno seguía hablando el viejo:



—Si has de irte, lo harás bordeando el río San Tadeo; yo te lo mostraré. Llegarás entonces a la laguna San Rafael, aquel enorme espejo azul. Ahí los caminos del agua se te abrirán de nuevo. No tienes más que seguir a los pájaros y a las estrellas. Siempre hacia el norte... Pasan barquitos, lanchones y hasta botes. Alguno te recogerá, sin duda, si sabes vencer el miedo de esa tremenda soledad...

En ese instante se oyó un estruendo inmenso. Perico miró al brujo asustado, pero este se rascaba el oído sordo.

—Oíste el desprendimiento de un témpano de hielo. Esos los oigo yo también aunque están lejos... son bloques que se desprenden para volverse agua. Hay muchos y no deben asustarte. Yo buscaré tu oveja hasta encontrarla. La cuidaré muy bien y será mi compañera.

Mientras hablaba iba enrollando apretados los cueros de lobo de Perico y atándolos con lianas firmes y torcidas. Se los colgó al niño terciados a la espalda y luego fue llenando su morral con pescados secos o ahumados, galletas y raras frutas silvestres. Por fin descolgó de un árbol un saquito del que sacó unos extraños huevos y los puso cuidadosamente junto a los demás alimentos.

—Son huevos de cisne, de los que viven en el interior de esta península de Taitao. Y estos otros son de caiquenes. Nunca toco los nidos de flamencos, porque son sagrados. No deben irse de aquí; toda esta región salvaje es un refugio de los animales perseguidos por los hombres.

Perico le agradeció a su modo al viejo y en un impulso le regaló su flauta. Le serviría para encontrar a Mirasol, aunque quizá con qué melodía. La oveja reconocería el sonido si lo escuchaba.

27 El bosque sumergido

Perico caminó y caminó, no supo cuántos días. Como un avaro medía su comida, para hacerla durar y cada vez que bebía en su cantimplora dejaba en ella un poco de agua. Cuando encontraba el modo de llenarla en el río, aprovechaba también para refrescar sus pies duros de barro. Luchaba contra el miedo a esa inmensa soledad y se alegraba sintiéndose acompañado cuando veía o escuchaba pasar las bandadas de pájaros. En las noches buscaba las estrellas conocidas, desenrollaba sus cueros y se cubría. No le costaba dormirse porque era mucho el cansancio.

Una tarde, por fin, se abrió ante él un inmenso ojo azul rodeado de hielos, como un gran párpado de cristal. Maravillado ante la luz, se dejó caer a la orilla de la laguna. Estaba deslumbrado y sentía que había llegado al fin del mundo o acaso al cielo.

Cerró un momento los ojos pero un estruendo gigantesco le hizo abrirlos de nuevo. Un témpano quebraba los cristales del aire, desprendiéndose de un río de hielo que se derretía al caer a la laguna. Por un rato el terror lo dejó inmóvil.

hasta que poco a poco se dominó, recordando lo que le había anunciado el brujo. Vio entonces los numerosos témpanos de tan distintas formas que flotaban más lejos, hacia el norte, y que brillaban como joyas gigantes.

—Quizá podría navegar en uno de ellos y llegar a puerto —pensó.

Más que a Mirasol, echaba de menos el ajetreo y afanes de un puerto, las voces y las órdenes de los cargadores y oficiales de barcas, la vida de hombres esforzados, pero buenos comedores. Su morral estaba vacío; solo quedaba al fondo un huevo de caiquén al que cuidadosamente le quebró un pedacito para sorberlo y saborearlo. Se acercó después a la laguna y bebió, sumergiendo la cara en las aguas cristalinas.

El sol, al bajar en el horizonte, lanzó rayos oblicuos que hicieron transparente las profundidades. A Perico le pareció ver, en el fondo, un bosque de árboles enormes... ¿Estaba loco? Eran en realidad árboles desnudos y gigantes, dormidos en el fondo de la laguna, oscuros y sin hojas ni pájaros juguetones.

—¡Una selva sumergida! —exclamó Perico y su voz resonó agrandándose en el inmenso silencio.

Algo se le apretó en las costillas y sintió ganas de llorar.

—¿Seré el único cristiano en estas soledades? —pensó luchando contra el miedo que lo iba amarrando hasta los pies—. El brujo me aseguró que aquí llegaban botes y lanchones y hasta barcos...

Llegaba la noche y era urgente protegerse del

frío que respiraba el ventisquero.

El inmenso ojo azul de agua con su bosque fantasma se iba poniendo negro.

Se refugió en un hoyo, y agotado se embarcó en el sueño, ya que no podía embarcarse en otra cosa.

Del sueño largo y profundo lo sacó un extraño griterío. ¿Qué era eso? ¿Choroyes que emigraban? Saltó fuera del nidal con la esperanza de que la bandada dejara caer un huevo para su hambre. Y vio que era pleno día y el sol brillaba sobre el lago y sus inmensos castillos de hielo se coloreaban.

Pero no eran choroyes ni otros pájaros emigrantes los chillones: eran dos botes llenos de gente con plumaje de todos colores que gritaban su admiración ante los hielos eternos. Corrió hacia la orilla y reconoció, por sus caprichosos lentes y pintorescas ropas, a las gringas, las mismas que muchos días atrás había encontrado en la cueva del Milodón.

Gritó sabiendo que su voz no iba a ser oída por el alboroto con que celebraban las inmensas y angustiadas figuras de los penitentes arrodillados en el ventisquero. También él quedó mudo por un momento ante la grandiosidad del paisaje.

Corría por la orilla sacudiendo su gorra de lana para hacerse notar; no se daba cuenta de que sus ropas grises y rotas se confundían con la arena y que más que un niño parecía un Robinson Crusoe, un habitante de los ventisqueros. Pero él había perdido su miedo a los misterios del lago con bosques sumergidos y témpanos flotantes. Los botes que anunciara el brujo estaban ahí, con

gente, aunque fueran gringas.

Alguien, de pie en el barquito, enfocaba un telescopio hacia los penitentes, muchas manos se alargaban para mirar también a través de ellos. Una mujer de gorro colorado miraba ahora hacia la orilla, hacia Perico.

Gritaba en ese idioma raro, señalándolo y pronto todo el bote chilló, agitando dedos hacia él, como si fuera un extraordinario descubrimiento. El botero acercó el barquito a la playa y gritó:

—¡Eh! ¿Quieres ayuda?

—¡Sííí! —corneteó Perico a través de sus manos para aumentar el volumen de su voz de pájaro.

—¡Volveré a buscarte! —y la voz se la llevaba el viento helado.

El bote se alejó con su carga alborotada, que hizo señas al muchacho con sus pañuelos de colores, hasta desaparecer por el angosto paso entre la laguna San Rafael y el estuario Elefantes.

El silencio cayó otra vez como una manta. Pasó mucho tiempo; Perico no se atrevió a moverse esperando a sus salvadores. El hambre se le olvidó ante el miedo de quedarse atrapado entre los hielos eternos. Al fin reapareció el barquito y Perico corrió agitando su gorra; cuando la embarcación atracó a la orilla, se dejó caer en ella sin resuello. El remero no le hizo preguntas. Parecía acostumbrado a recoger náufragos en las más raras regiones.

Sin darse cuenta, Perico navegó sobre los bosques sumergidos, y no advirtió la inmensa rama que casi dio vuelta el bote.

Cuando salieron de la laguna, el muchacho divisó el barco blanco y dorado de las turistas. Su cubierta se veía llena de sillas de lona, con gente descansando.

Los marineros recibieron a Perico entre risas y bromas; le dieron comida caliente y lo hicieron limpiarse un poco para presentarse ante el capitán del barco.

Perico se despertó al día siguiente con el bullicio de los marineros al levantarse. Había dormido en una litera como ellos y comenzaba una vida que nunca imaginó. Platos sabrosos y abundantes en las comidas, disciplina y órdenes que él debía cumplir mientras se deslizaban por las aguas azules sin saber hacia dónde iba.

Ahora vestía un blusón largo, pantalones azules arremangados para poder andar y la gorra marinera hundida hasta las orejas. Le tocaba el último lugar en la fila, pero se sentía feliz formando parte de los hombres que hacían funcionar el barco.

Sus compañeros lo llamaban "Mascota" y le hacían muchas bromas; pero al pastor eso le iba dando confianza y haciéndolo sentirse uno de tantos.

—Todavía no entiendo lo que soy en el barco. ¿Soy marinero? —le preguntó al más joven.

—Una pizca menos que eso —rió el muchacho.

—Y eso ¿qué es?

—Suche —contestó el otro—. Pero además eres mascota, no lo olvides.

No hizo más preguntas, pero se fue dando cuenta de que su oficio era ayudar, ser mandado

por todos, limpiar o recoger, pelar papas o lavar estropajos.

Eran amigos allá abajo, pero le costaba entender al cocinero japonés, trabado de lengua, aunque siempre sonriente; enojado o contento, mostraba sus dientes y muchas veces se llevó Perico unos golpes de karate inesperados. Le sirvió para aprenderlo y practicarlo con los marineros alguna vez.

Cierto día le tocó llevar a cubierta una silla de lona para reemplazar otra en mal estado. Sintiéndose un hombronazo y muy capaz, llegó, por fin, con bastantes tropezones, a la escotilla que daba a la cubierta. Llevaba la silla en alto con su cabeza pasada entre las lonas y solamente veía donde pisaban sus pies.

A poco andar, tropezó de frentón con una persona. Bajó de golpe la silla y con tan mala suerte, que la dejó caer en el pie de alguien que gritó: "¡Ay!". Perico la soltó y se disparó a todo correr por donde había venido. La dueña de ese pie donde cayó la silla era nada menos que la gringa turista que le había sacado tantas fotos cuando se encontraron en la cueva del Milodón. Y Perico alcanzó a reconocer al grupo apoyado en la baranda blanca del barco mientras otros paseaban por cubierta.

A nadie le contó que conocía al grupo de turistas, pero sí se negó a subir a buscar la silla rota.

—Si no obedeces, faltas a la disciplina —dijo enojado el marinero.

—Soy suche solamente —se defendió Perico—. Si un oficial me ve en cubierta no solo yo lo voy

a pasar mal... —y desde ese momento la dotación se dio cuenta de que su mascota sabía defenderse.

Una mañana temprano le extrañó a Perico el alboroto de los marineros. La ducha funcionaba con cantos muy sonoros y nunca le dieron hueco a él, que tuvo que zambullir cara y manos en un balde. Los compañeros lucían chaquetas limpias, sonreían bien afeitados y hacían bromas, contentos.

—Mascota, ¿tienes novia en Puerto Cisnes? Atracamos en una hora más... —le dijo uno de los marineros.

Perico voló al rincón donde estaba su litera y preparó su equipo: los cueros enrollados, su morral y sus viejos harapos que estuvieron guardados bajo su frazada. Apenas atracara el barco, bajaría a tierra para encontrar a su amigo lobero, el capitán Miguel, y seguir con él. Le explicaría por qué no lo esperó en la casa del farero, le mostraría sus cueros ya curtidos, le contaría sus aventuras para llegar hasta aquí... Pero entretanto estaría cumpliendo sus obligaciones de suche para que nadie sospechara lo que pensaba hacer.

Iba y venía con sus traperos, limpiando aquí o allá, dando brillo a los bronces o a los vidrios empañados por la brisa helada.

Por fin se detuvieron las máquinas del barco y el balanceo; la falta de ruido lo hizo sentirse sordo por un rato, hasta que el ancla se empezó a descolgar con sus pesadas y ruidosas cadenas.

Perico se escurrió entre la dotación que trabajaba en el atraco del barco y se asomó por una ventanilla para ver la maniobra.

El barco dio un sacudón cuando el ancla tocó fondo y otro ruido muy extraño hizo aparecer el largo puente que lo uniría a tierra. El balanceo era casi imperceptible y algunos marineros y oficiales bajaron a tierra. Tras ellos, con su alboroto de siempre, apareció el grupo de las turistas gringas, alegres y animosas a pesar de sus años.

Más allá del muelle y las bodegas del puerto, se veían grandes árboles que sin duda atraían a las viajeras.

El problema de Perico era bajar a tierra sin ser visto. Quería sentirse libre, el Perico de antes, el pastor o lobero, sin amarras...

Vio alejarse a las turistas en su grupo de colores y al capitán y sus oficiales; tras ellos la dotación de marineros...

Fue entonces cuando cambió rápidamente su uniforme por sus viejos harapos y, aprovechando un momento en que no había gente a la vista, corrió por el puente y pisó tierra.

Se escurrió entre cajones y fardos hasta llegar a una calle larga donde se veían grupos de hombres que parecían loberos. Fue acercándose a ellos por si reconocía a su amigo el capitán Miguel.

Siempre con la esperanza, se asomó a restaurantes, pulperías y otros lugares. No estaba por ningún lado, pero siguió buscándolo.

Pasado un tiempo, oyó el bramido del barco anunciando su partida; no volvió a él.

Estaba en tierra firme, en su propia tierra, solo y libre como lo había querido. Pero no tenía adónde ir...

28 Extraño encuentro

Sin saber por qué sintió ganas de llorar y dejó saltar sus lágrimas.

De pronto vio unos ojos que lo miraban fijo y el dueño de esos ojos se desprendió del grupo en que conversaba y vino hacia él.

—¿No me reconoces? —dijo el hombre secándole las lágrimas con su pañuelo—. Yo no podría olvidarte. Tú salvaste mi vida en Tierra del Fuego. ¿Recuerdas al piloto del avión que cayó y que tú sacaste cuando empezaba a arder?

Perico no se convencía. Lo miraba extrañado; este le parecía más duro, más moreno.

—Tú me viste desmayado y blanco por el golpe al caer en ese accidente... Dime ahora, ¿por qué lloras?

Perico volvió a llorar, sin decir nada.

—Dime al menos cómo llegaste aquí. ¿Andas perdido?

—Sí.

—Bueno, ahora tienes un avión con piloto para llevarte adonde quieras. Y ante todo un amigo. ¿Quieres almorzar conmigo?

Perico asintió sonriendo, pero miró sus harapos

y el piloto comprendió.

—Iremos antes a comprarte unas ropas y zapatos. Ven conmigo...

Los que hablaban con el piloto los miraron partir. Al poco rato estaba Perico con pantalones de mezclilla, camisa y chaquetón forrado en cuero de oveja. También zapatos duros y molestos que le hacían difícil caminar, pero eran nuevos.

Entraron en un restaurante y eligieron una mesa mirando al mar y comieron mientras conversaban.

—¿A quién esperabas aquí? —le preguntó el piloto.

—Quería encontrar a mi amigo lobero, el capitán Miguel.

—Yo también soy tu amigo y no me reconociste...

—Anduve con él mucho tiempo lobeando. El me regaló estos cueros. Me dejó con el farero y como demoró tanto en venir a buscarme...

—¿Te dijo que venía a Puerto Cisnes? Si es así, lo encontraremos. A no ser que vaya navegando para recogerte donde te dejó...

La cara de Perico se alargó.

—No pensé en eso —dijo.

—En todo caso, tú conoces su embarcación. Si sobrevolamos la zona, podemos ubicarlo.

—¿En su avión?

—Naturalmente. Podemos volar bajo, sobre el mar y tú lo buscas...

Volar solo con el piloto para encontrar al capitán Miguel era una felicidad tremenda. ¡Ojalá no estuviera el capitán en este puerto! Había otros

loberos conocidos, pero ninguno lo había visto.

Se encaminaron felices hacia la cancha de aviones.

—¿Qué le pasó a usted allá en Tierra del Fuego? —preguntó Perico.

—Una falla de motor. ¿Tienes miedo de volar conmigo?

—No, claro que no. Los motores no fallan todas las veces, o usted no estaría aquí, ¿verdad?

Había dos o tres aparatos en la cancha. Pájaros grandes que apuntaban al cielo, listos para volar. Perico los examinó uno a uno porque solo conocía el que cayó ardiendo en las lomas de su padre. Los tocaba, los registraba lleno de curiosidad y admiración.

—Este es el nuestro —dijo el piloto abriendo la portezuela del más lindo. Un muchacho en traje de buzo acudió para retirar las trancas a las ruedas del avión.

—¿Todo en orden? —preguntó el piloto.

—¡Sí, mi capitán!

Perico se rió al pensar que otro capitán era ahora su amigo. Subió al aparato y ocupó el asiento junto a él.

—Ahora te amarras. Eres mi copiloto.

Imitó a su jefe atando firme la correa del cinturón. A una orden, el ayudante de tierra dio impulso a la hélice que a poco de dar vueltas se borró y se tornó en una rueda brillante que echaba mucho viento, tierra y ruido. Perico reía solo.

El pájaro grande empezó a correr y a despegar poco a poco hasta elevarse. Lo malo era que

ahora había que gritar las preguntas por el ruido del motor.

El piloto, por señas, le indicó que viajaban hacia el sur.

Sí, ahí estaban los ventisqueros helados, los penitentes, los glaciares enormes. Desde la altura se veía con más claridad el bosque sumergido, aquel en que hundió Perico su cara al llegar a la laguna San Rafael. La transparencia del agua era luminosa.

Perico olvidó un momento que trataban de ubicar al capitán Miguel. Fascinado, miraba desde arriba lo que antes recorrió palmo a palmo durante tantos días a pie y después en barco. Ahora volaban sobre todo eso en solo minutos. Se acercaban al mar hasta casi rozarlo por si reconocían algún lobero que se aventurara hasta ahí; luego se remontaba el avión para elevarse sobre los bosques de inmensos árboles. El río San Tadeo parecía una cinta de plata serpenteando entre el espeso ramaje verde para abrirse luego entre los glaciares. Chile se convertía en un mapa de colores luminosos mirado desde el aire. Claramente se destacaba una isla; entendía por fin lo que era una península... esa tierra que se metía al mar, como dedo inmenso, sin dejar de ser parte del continente.

De pronto el piloto hizo virar el aparato en redondo y Perico sintió que se le daba vuelta el cielo. La tierra estaba ahora arriba. Tuvo que agarrarse muy firme para no soltarse del cinturón.

—Nos volvemos —anunció el capitán—. Tu

amigo no se divisa en estos mares y es hora de enfilar a Puerto Montt. Yo tengo una misión que cumplir ahí.

“Puerto Montt...”, soñó Perico todavía mareado, “otro lugar de Chile. En misión...”.

—¿Usted es también misionero? —preguntó al piloto.

—Cumplir una misión no quiere decir que sea misionero, Perico. Tú cumples la misión de acompañarme en este vuelo y yo la de llevar un remedio a un enfermo. Los aviones no son solo para la guerra, son también para salvar muchas vidas.

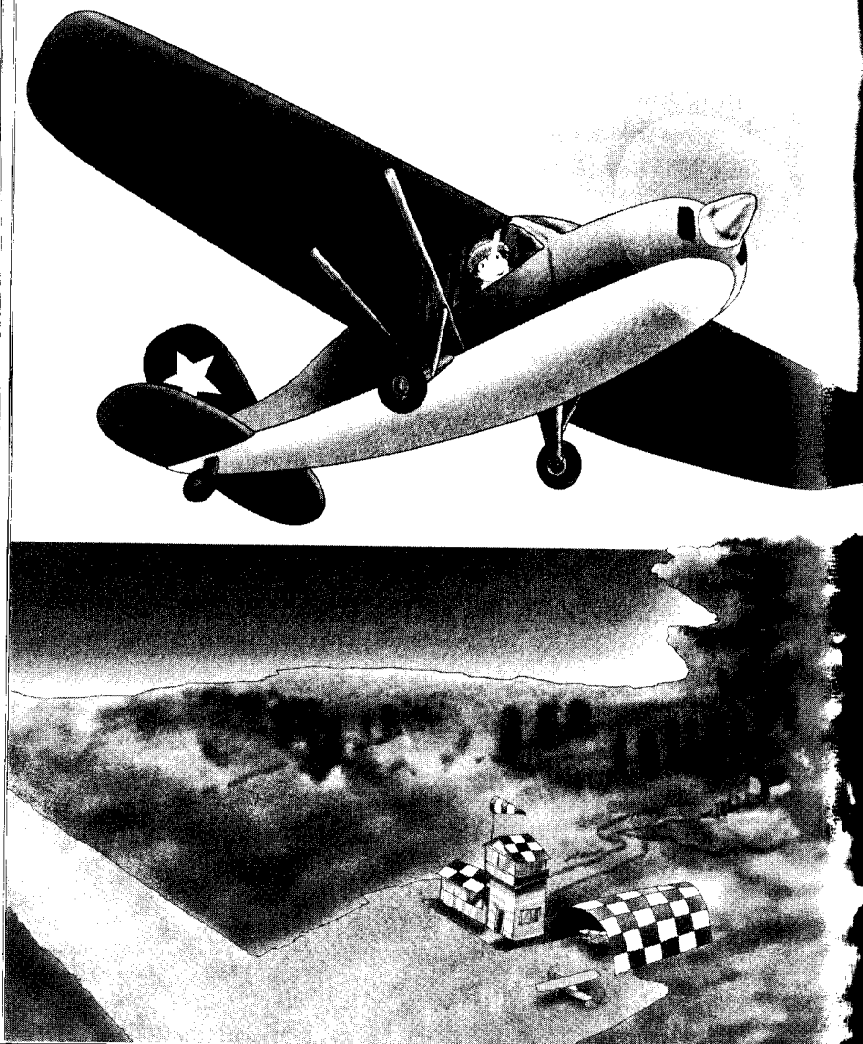
Perico no contestó. Miraba el interior del avión con cierto desprecio. No veía que estuviera equipado para ser salvavidas. Pero el piloto pareció adivinar su pensamiento.

—Tú miras con desconfianza mi matapijo porque no sabes las ventajas que tiene. No necesita cancha para elevarse ni para aterrizar. Casi como un helicóptero, despega en pocos metros, y hay que tomarlo más bien como una bicicleta con alas...

Perico se rió. Alargaba su cuello para mirar mejor hacia abajo, fascinado con las centellas del mar y las manchas verdes de las islas y fiordos.

—¿Qué isla es esa tan grande, atracada a la tierra?

—Es mi terruño, Chiloé, donde nací. Te muestro sus alrededores, Perico. Este amigo aviador siente orgullo de ser chilote. Para mí, Chiloé es lo más lindo de Chile.



—También para otros. En el barco donde navegué decían igual que usted. Si es más lindo que todo lo lindo que ya he visto, no puedo imaginarlo.

—No necesitas imaginarlo, porque ya lo verás...

El avión hizo una curva lenta rodeando la gran isla y se dirigió hacia ella aminorando la velocidad.

—Para aprender a conocer el mundo, para aprender a conocer Chile, para aprender geografía hay que volar —exclamó Perico—. En la escuela, con el puro mapa, yo no entendía nada. ¡Tampoco podía figurarme lo grande que es mi país!

El aparato empezó a toser deteniendo a veces el motor. Un montón de techos rojos y azules se vinieron encima, entre racimos verdes y manchas de flores. De pronto, en una cancha de fútbol, el aparato dio un corcovo y se detuvo. Habían aterrizado.

29 *Las dos serpientes*

El piloto saltó a tierra y Perico hizo lo mismo, pero con mala suerte porque no supo calcular la altura y cayó al suelo como un saco. Cuando se convenció de que nadie vio su porrazo, el golpe no le dolió.

Habían aterrizado en Castro y se encaminaron hacia el centro de la ciudad. El piloto quería enseñarle a Perico su plaza llena de flores, la hermosa iglesia de madera y la brusca bajada hacia un fiordo, que era un puerto interior al que se entra por un angosto canal.

Perico miraba fascinado.

—Todo se ve más lindo con cuatro ojos —dijo—. Solo no me habría fijado ni en la iglesia ni en las casas que parecen recién pintadas.

—Se lavan todos los días o en las noches —explicó el piloto—, porque aquí llueve lo bastante para tener todo limpio y florido.

—Esto es como distinto... No veo la cordillera... En vez de ella hay un muro de bosques que parece empujar las casas al agua. Da miedo que vayan a sumergirse... —exclamó Perico mostrando cómo el agua llegaba hasta algunas puertas.

—No se hunden porque están sobre pilotes y son tan firmes que hasta se pueden trasladar enteras a otro lugar. Son todas de madera y el remolcarlas a otro sitio, con cadenas, por el agua, lo llamamos "mingas". En estas tierras no verás carretas porque se hunden en el barro. Usamos bateas, especie de botes tirados por bueyes, para cargar las cosechas, que llamamos "mingacos".

—Y esos hombres, casi de mi porte, ¿se las pueden?

—Los chilotos son fuertes, aunque chicos de porte. Tienen corazón, que vale más que la altura... Y son alegres y sanos. Muestran sus lindos dientes al remolcar lo que cualquier vecino no se podría solo. Se ayudan...

Perico indicó dos caballos en un potrero.

—¿Son mampatos? —preguntó.

—No. Son chilotos, los verdaderos caballos chilenos.

Habían llegado a una pequeña casa azul rodeada de flores. Los esperaba una pareja en la puerta y el hombre vino a su encuentro.

—¿Cómo está el enfermito? —preguntó el capitán entregándole la medicina.

—El doctor lo verá mañana, después que tome el remedio. Si no le baja la fiebre, lo mandará al hospital.

—Si es así, me avisan por radio y vengo a buscarlo —dijo el piloto despidiéndose de la pareja, que insistía en ofrecerle un matecito—. Quiero alcanzar donde mi madre... —explicó.

Y treparon por la misma pendiente que habían

bajado, atravesaron el pueblo y siguieron por un camino interior.

—Para acortar la caminata, Perico, te contaré una de las leyendas de mi tierra: la de "las dos serpientes"... Hace muchos, muchos años, vivía en el mar una enorme serpiente llamada Caicaivilu. Era malvada y vengativa. Tenía un solo hijo, deforme. Trauco era el nombre de ese culebrón fenómeno con facha de hombre, patas de guanaco y cola de pescado. Este monstruo se enamoró de una linda muchacha y el muy fresco se quiso casar con ella. Cuando la niña quiso huir, la perversa Caicaivilu la atrapó con su cola y, enroscándose en su pierna, la aprisionó. Lloraba inútilmente la pobrecita, que le tenía terror a las serpientes, hasta que por fin se le ocurrió pedir auxilio en voz muy alta. Vivía en la montaña una serpiente buena que escuchó su llamado y vino a socorrerla. Caicaivilu se enfureció en el mar al ver acercarse a Trentren, la buena serpiente, y comenzó a levantar inmensas olas a coletazos, tratando de inundar la tierra. Trentren subió a la muchacha en su lomo y huyó con ella a las cavernas, tratando de salvarla. La perversa Caicaivilu llamó entonces en su ayuda a la lluvia, los temporales, los truenos y los vientos... Las aguas inundaron la tierra y fueron subiendo hasta alcanzar la montaña...

—Eso sería en tiempos del diluvio —dijo Perico.

—Seguramente... La buena serpiente, Trentren, tuvo entonces que levantar el techo de las montañas con su poderosa fuerza. Entretanto Caicaivilu elevaba más y más las aguas, hasta alcanzar la

caverna donde Trentren había escondido a la niña. La buena serpiente se armó de todas sus fuerzas y estiró la montaña, formando la cordillera como una fortaleza contra las iras de Caicaivilu que la azotaba día y noche con sus enormes olas. No logró destruir el alto y duro roquerío... Furiosa, echando llamaradas por la boca y por sus terribles ojos, la mala serpiente trepó hasta alcanzar la cumbre. Dio un silbido atronador y un salto gigantesco... Trentren, entonces, con un coletazo desprendió un alud que fue a aplastar a Caicaivilu, arrastrándola con agua, piedras y rocas hasta destruirla. Cuando bajaron las aguas, algún chilote de esos años encontró los restos de la serpiente mala y su hijo deforme, el Trauco. Desde entonces, un brazo de agua separa a Chiloé del continente. Pero Caicaivilu todavía pena y de vez en cuando revuelve las aguas y forma maremotos. Por eso construimos nuestras casas como arcas, clavadas sobre pilones firmes durante el buen tiempo, pero que podemos desprender de ellos y remolcarlas a sitio seguro cuando el peligro amenaza.

—¿Es una historia real? —preguntó Perico—. ¿Existen los huesos de Caicaivilu como los del Milodón?

—Es una leyenda, Perico. Algo que se ha contado durante muchos años de padres a hijos, como te lo cuento yo a ti y algún día puedes tú contársela a otros niños... Y aquí tenemos la casa en que nací.

Era una hermosa casa de madera de techos de

tejuelas que se veían doradas por efecto de las lluvias. Grandes árboles y lomas verdes bordeadas de flores formaban el enorme jardín que subía suavemente hacia ella. Algunas bancas de troncos viejos simulaban una terraza junto a la puerta.

El piloto dio un silbido antes de llegar y casi instantáneamente apareció una muchacha corriendo a su encuentro. La seguía una mujer madura, tan alegre como ella.

—¡Pedro! —las mujeres abrazaban al piloto que se veía feliz.

—Te esperamos a almorzar...

—Encontré a un amigo y eso atrasó mi vuelo —explicó él mostrando a Perico. Luego lo presentó a su hermana y a su madre llamándolo "mi salvador de Tierra del Fuego" y contando sus aventuras. Perico estaba encantado del cariño con que lo trataban, como un hijo más, al que hubieran estado esperando...

—Nunca pensé que tendría la suerte de conocer al salvador de mi hijo —decía la madre del piloto—. Tengo que dar gracias a Dios de poder mostrarle mi gratitud por lo que hizo por ti, Pedro —y diciendo esto le entregó a Perico una caja grande.

Dentro de la caja había un precioso avión que dejó sin aliento al chiquillo al descubrirlo.

—Es tuyo, un recuerdo de mi agradecimiento —decía ella acariciando a Perico—. Este juguete me lo trajo Pedro cuando voló por primera vez al Japón, pero desde que supe que un niño lo había salvado, pensé que a él le regalaría este

avión que es muy querido. Y por fin te lo he podido entregar...

Perico, el pastor aventurero, marino, lobero, farero y trotamundos, estaba mudo de felicidad. Nunca antes tuvo un juguete, nunca antes vio una réplica de un jet en miniatura. Lo estrechaba en sus brazos sin saber qué decir.

—Lo siento —dijo de pronto Pedro—. Tenemos que irnos porque este gusto grande de traerles a Perico acorta la visita. Volveré, madre, aunque no sé si él me quiera acompañar. A lo mejor recibo órdenes de volar a Magallanes y creo que a mi compañero no le faltan ganas de ver a su padre...

Salieron juntos bajando por el jardín hacia el camino que seguirían para volver a la cancha donde los esperaba la "bicicleta con alas" que los llevaría a Puerto Montt.

Los alcanzó un burrero.

—¿Quieren un remolque, patrón? Parecen apurados...

—Sí —dijo Pedro montando un burrito y haciéndole señas a Perico para que montara otro. Con remecido trote llegaron luego a la cancha y esta vez le tocó a Perico hacer de ayudante y echar andar la hélice. No resultó tan fácil para Perico.

—Tenemos que apurarnos, viene lluvia...

Perico le puso toda su alma al empeño y resultó.

—¿Podremos volar con lluvia? —gritó para hacerse oír, trepando al aparato. En ese momento una bandada de flamencos rosados cruzó por encima de ellos con gran alboroto.

—Ellos también huyen de la lluvia. Nosotros

nos remontaremos para volar sobre ella, sobre las nubes. Se agregó entonces otro ruido al de los motores. La lluvia se había descargado fuerte, golpeando por todos lados al avión. Pedro corrió unos metros por la cancha y enfiló al cielo para superar el aguacero.

30 *El buque fantasma*

Volando sobre las nubes, Perico se sentía seguro. Le parecía una colchoneta espumosa y blanda que amortiguaría cualquier golpe. Se imaginaba ir entre planetas o cavernas de otros mundos, mientras sus manos acariciaban el maravilloso avión de juguete que no había logrado examinar.

A cada rato le preguntaba al capitán Pedro para qué era esto o lo otro de su pequeño jet; el matapiojo en que volaban no tenía tanto aparato...

Pedro explicaba pacientemente, hasta que por fin exclamó:

—Tienes tiempo de sobra para ver tu avión en tierra, en cambio te estás perdiendo algo que solo se logra desde el cielo... ya se fueron las nubes; mira abajo tu Chile caprichoso...

El aire transparente daba más brillo al centelleo del mar y a los colores de la isla que iban dejando atrás. El avión iba perdiendo altura y velocidad para que el chiquillo apreciara mejor su tierra.

—Veo una entrada de mar en plena tierra y muchas islas verdes. ¡Creí que eran pescados gigantes... y son botes! —rió Perico.

—Claro que son botes y cargados de chamantos, trabajos de artesanía en mimbre y totora, objetos de piedra cancagua... Hoy es día de feria en Ancud, donde atracan esos botes, y viene mucha gente a comprar lo que traen los artesanos desde las islas.

—¿Podríamos bajar un ratito el matapiojo para conocer la feria?

—No todo es pasarlo bien, Perico... En Puerto Montt hay un avión en apuros, uno de los grandes, muy tripulado y esa gente nos espera...

—Me habría gustado conocer Ancud...

—Algún día lo conocerás seguramente... ¡Tiene un fuerte del tiempo de los españoles; y su mar brava, donde golpea el Pacífico, es famosa por sus temporales que retumban en la isla entera!

—¿Caicaivilu?

—Seguramente... De ahí la leyenda.

Estaba pensativo y callado mientras el aparato planeaba para aterrizar en el aeropuerto de El Tepual.

—¿Sabe una cosa? Quiero comprarme un bloc para escribirle una carta a mi padre y decirle lo que he visto.

Aterrizaron en un enorme aeropuerto, donde había aviones de todo tipo y tamaño, y tanto ajetreo como viera Perico en los puertos de mar. Embarques, carritos cargados de maletas y cajas, escaleras con ruedas, bodegas, hangares, capitanes, mecánicos manchados de aceite, ruidos surtidos y órdenes en voces altas.

Dos oficiales se acercaron al capitán Pedro.

—Muy a tiempo como siempre, mi capitán. Una

tarea delicada como esta y de tanta responsabilidad, por llevar ochenta pasajeros, solo podíamos confiarla a usted. ¡Y perdone que le robáramos su domingo!

—Los accidentes y los enfermos no consultan el calendario, ¿no? —rió el piloto mientras se acercaban al pájaro grandote que esperaba en la pista.

Mientras Pedro y otros mecánicos trabajaban operando al gigante, un monitor invitó a Perico a conocer la ciudad, que era sin duda la más grande e importante que había visto en su vida. Calles anchas, hermosas casas de madera de dos pisos, plazas, jardines y comercio deslumbrante para el pastor viajero. A Perico le daba vergüenza comentarle sus impresiones a este muchacho poco mayor que él; eso no le sucedía con las personas grandes...

Al fin consiguió decir algo:

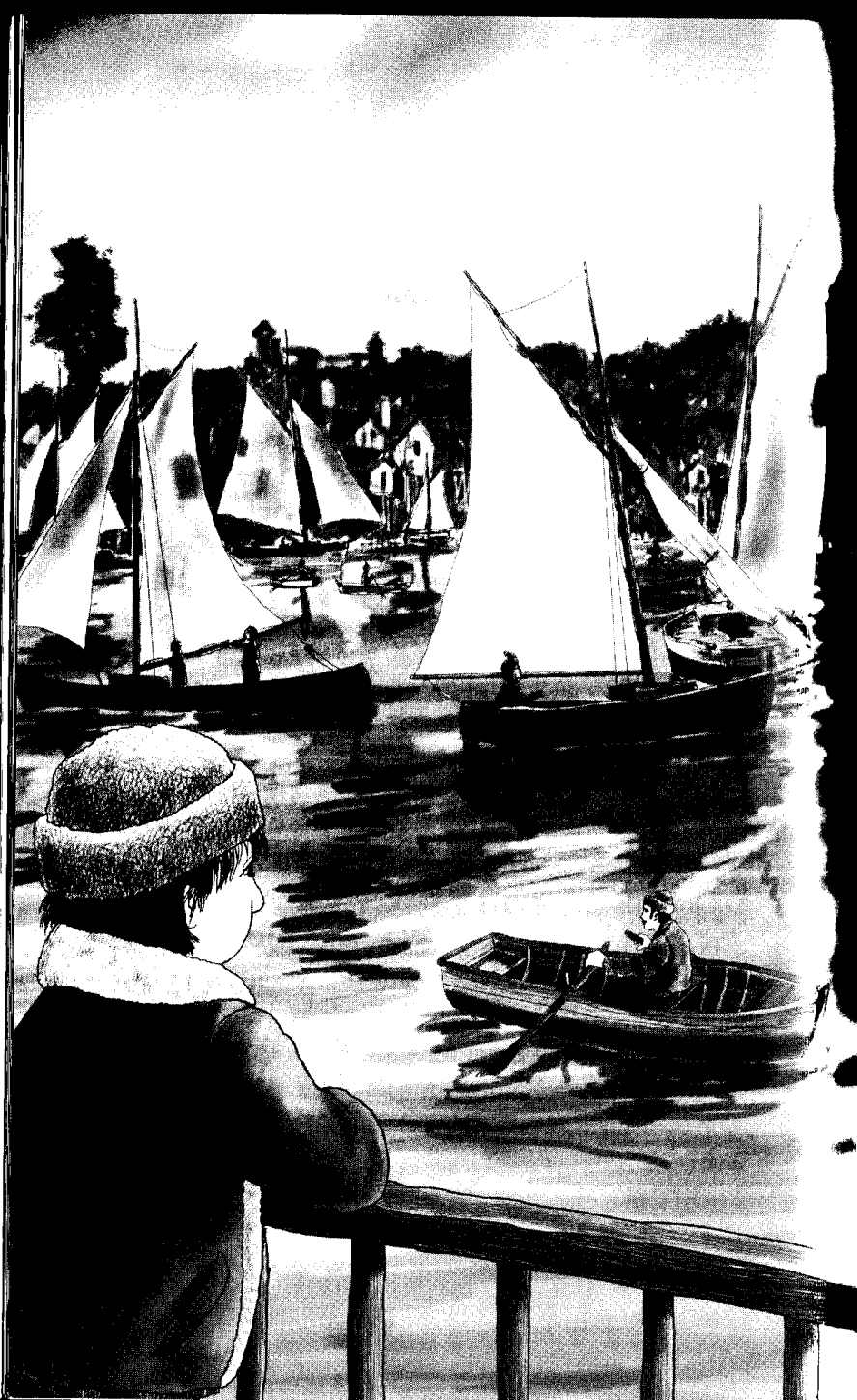
—Chile es cada vez más lindo... ¡Siento orgullo de ser chileno!

—Te gustará conocer el puerto y Angelmó entonces —y se encaminaron hacia allá.

El sol pálido de la tarde alumbraba una cantidad de veleros; y sus empinadas lonas blancas terminando en punta se mecían en el mar. Había también lanchas y barcasas de todos colores... Un cuadro movedido de un artista, pintor y poeta.

—¡Qué lindo! —murmuró Perico por lo bajo, recordando otros puertos que había conocido—. ¡Dios es maravilloso! —exclamó sin poder contener su admiración.

De pronto lo sacó de su ensueño el monitor:



—Se nos hace tarde y tenemos que volver a El Tepual...

Caminaban en silencio porque Perico estaba demasiado impresionado y no se atrevía a desahogarse con alguien a quien apenas conocía. Pero el monitor rompió el silencio:

—¿De dónde vienes? —le preguntó.

—Salí de Tierra del Fuego...

—Sí, eso ya lo sé, pero ¿dónde despegaron con el capitán?

—En Chiloé. Fuimos a dejar un remedio a un enfermo...

—Están haciendo de ambulancia, entonces —rió el monitor—. Enfermos por todos lados y de todo tipo. Te contarían entonces la historia del Caleuche...

—No la he oído. ¿Es de verdad o leyenda?

—Creo que leyenda, y leyenda importada por los piratas holandeses, quizá, para defenderse de los indios de entonces... El Caleuche es un barco fantasma que, según dicen, aparece en las noches de tempestad. Es blanco y fosforescente y se acerca a los barcos en peligro. Esos barcos naufragan en el temporal... Pero otras veces viene el Caleuche en las noches de luna, sin tempestad, y se acerca en silencio a las caletas para robarse a los pescadores dormidos... Es una leyenda que todo el mundo conoce.

—Suerte que es solo leyenda —dijo Perico y decidió anotarla en su cuaderno. Entonces se acordó de que no lo había comprado, pero en el mesón del aeropuerto, al llegar, consiguió tam-

bién lápiz y hasta un sobre para la carta que iba a escribir a su padre.

El gigantesco avión ya probaba sus motores en medio de la losa.

El capitán Pedro invitó a los dos muchachos a conocer el interior del gigante, no solo en sus salones de vuelo sino también en su repostero, bodega de emergencia y cabina de mando. Para ellos todo eso era un mundo fascinante que no acababan de admirar.

—Yo voy a ser aviador —dijo el monitor— y este es mi primer paso: conocer por dentro el aparato —le brillaban los ojos.

—Yo también quiero ser piloto —dijo Perico—. ¿De qué edad puede uno entrar a la Escuela de Aviación?

—No es solo cuestión de edad —el monitor se estaba poniendo “protector”—. Yo la tengo, pero me faltan estudios todavía.

—Estudios... —repitió Perico—. Pero también servirán las horas de vuelo —dijo, sintiéndose seguro.

31 El rapto

—Perico, te invito a comer algo bueno. Lo merecemos tú y yo. Habría querido llevarte a cenar a la isla Tenglo donde hacen exquisitos curantos, o a Puerto Varas, donde en una noche como esta los volcanes se ven muy bien.

—Ya vi el Osorno —lo interrumpió Perico.

—¿También el Calbuco y el Villarrica? En todo caso, prefiero no alejarme de El Tepual hasta que parta el gran pájaro, sano y seguro. Eso será por lo menos en una media hora más. Entretanto, vamos a pedir los mejores mariscos del mundo antes de que se terminen.

Ocuparon la única mesita vacía, en un rincón, y el mozo no se hizo esperar con su lista y su amable sonrisa.

Pedro decidió por los dos: ostras, erizos, jaibas al natural.

—Yo conocí los bancos de ostras —dijo Perico— y también los roqueríos donde viven las jaibas. ¡Pero no las he comido!

—Ya verás qué ricas son, tal como las hizo Dios.

La sala estaba llena de voces y casi no se oía lo que se hablaba. La gente reía alegre y todos

bebían, menos en las mesas de la tripulación, donde el café servía de animador.

—¿Siempre demoran tanto en traer el plato?
—Perico tenía hambre.

—Hay mucha gente esta noche, y el personal se hace escaso, pero te acortaré la espera con una leyenda.

—Ya me contaron la del Caleuche, capitán. Cuénteme otra...

—Cuentan que los españoles estaban haciendo guardia en la frontera. Esto era durante la Conquista, en el sur, cerca de Llanquihue, el lago que vimos de lejos. Se encontraron los españoles cercados por los indios y el combate fue feroz. Cuando los indios ya iban ganando, apareció un ejército fantasma, de blancos e indios con cascos y corazas viejas. Derrotaron a los indios y desaparecieron en las selvas de Llanquihue. Quedó sembrado de cascos y armas primitivas el campo de batalla y también de heridos. Uno de ellos contó que había en el interior una ciudad de mezcla indígena y española: la Ciudad de los Césares, que has oído nombrar.

Apareció el mozo con el pedido, y el piloto y el niño se lanzaron al festín.

De pronto, el capitán, que se llevaba a la boca la ostra más grande, se quedó con ella en la mano, en suspenso... Sus ojos se endurecieron y su boca quedó abierta. Su mirada estaba fija en la ventana...

Cuando Perico le iba a preguntar si la ostra estaba mala, el piloto la dejó caer al plato y sa-

lió, llevándose la servilleta. El niño no lo siguió y continuó comiendo mientras lo veía acercarse a la mesa del capitán de vuelo y su comando.

—¿Ha enviado usted a probar el 628? —Pedro interrumpía la comida de los "grandes".

—Por supuesto que no...

—Acabo de verlo pasar. Aún se divisa.

Los oficiales y capitanes se levantaron atropelladamente y salieron con Pedro disparados hacia la losa, comprobando que el gigante avión no estaba ya y se divisaba remontándose en dirección al volcán Osorno.

Quedaron pálidos y turbados, pero el más pálido de todos era el capitán Pedro.

—¿Quién puede ser el piloto? Yo lo sentí arrancar, pero obviamente pensé que eras tú, Pedro...

—Entonces, ¿quién? —preguntaba a todos el capitán de vuelo—. Mi tripulación está toda aquí presente, en tierra. ¡Se han robado el avión!

Las mesas de aviadores y oficiales se habían vaciado y todo el personal rodeaba a su jefe, esperando órdenes. Las azafatas se dispersaron entre las mesas del comedor para calmar a los pasajeros.

—Tú llevaste dos muchachos a bordo —dijo de pronto un ayudante a Pedro.

—Aquí está el chico que viaja conmigo —y tomó por los hombros a Perico que se había acercado, con cara de susto.

—Entonces es el otro, el que lo acompañaba, uno mayor que se las da de aspirante...

Esta frase electrizó a todo el grupo; cada uno

sugería algo y hablaban a un tiempo.

—¡Atención! —bufó el capitán de vuelo y se produjo un tremendo silencio—. Es una emergencia. Como en estado de guerra, cada uno a su puesto. El 628 va en vuelo en las manos de un muchacho que apenas tiene conocimientos para hacerlo partir. Hay que tratar de evitar su muerte y, en lo posible, salvar el aparato. La operación inmediata es RADIO. Dar aviso a todas las estaciones y que estas traten de obtener contacto con el 628, conseguir que conteste, que atienda las instrucciones que le envía la torre de control. Es un irresponsable o un loco, hay que ponerse en su lugar cuando se dé cuenta en lo que se ha metido. Hablarle con mucha calma y darle instrucciones muy claras de dirección, velocidad, enfoque de cancha para que aterrice. Todas las radios de Chile llamando también a Argentina.

—¡A la orden! —contestaron todos a coro.

El grupo se disolvió militarmente y cada uno partió corriendo a la oficina en que debía operar.

Se oyó una voz en el parlante: "Aquí aeropuerto El Tepual, llamando a central, llamando a central. Conteste".

Tras un corto silencio, continuó: "Sí, emergencia, emergencia en el avión 628. Se pide un experto para dirigir por radio un aterrizaje en Osorno. El piloto es un niño. Atención, torre de control. Conteste si recibió el mensaje y transmita a todas las estaciones. También la dirección del experto para salvar al muchacho y al aparato".

El avión se había perdido tras el volcán

mientras cientos de ojos, clavados en la cumbre, miraban aquel punto. Los pasajeros se reunieron en la losa y escucharon atentos los mensajes de la radio. Algunos reclamaban a un oficial porque iban a perder sus maletas; él les aseguraba que la compañía era responsable por todo.

Las azafatas atendían a los más nerviosos; con una sonrisa que parecía pintada en sus caras simpáticas explicaron que venía otro avión para llevarlos a destino, y estampaban los reclamos por equipajes en detalladas listas.

La voz de los parlantes llegó hasta el vecindario de El Tepual, y los curiosos acudieron en gran número a informarse. Alguien tiró de la manga a Perico con insistencia.

—Pero ¿no ibas tú en el avión?

Perico se espantó al ver al monitor a su lado. Corrió, abriéndose paso y atropellando a cualquiera, hasta llegar a la oficina donde se encontraban reunidos los jefes.

Entró como ventarrón, sin respetar a nadie. El capitán Pedro lo detuvo rudamente.

—¡Fuera! —le ordenó—. ¿Qué te has imaginado? Pero el muchacho logró hacerse oír:

—¡Mi capitán! Está aquí el monitor que me acompañó a visitar el 628. Lo vi entre los curiosos.

El capitán lo siguió, sin comunicar a nadie la noticia; quería estar muy seguro antes de hablar.

A poco de salir de la oficina, encontraron al monitor y con él volvieron. Perico se quedó afuera y jamás supo lo que sucedió a puertas cerradas. Los parlantes repetían lo mismo y el pastor no

sabía qué pensar.

Pasado un buen rato, se abrió la puerta y salió el discutido monitor, con cara de saber mucho y llevó a un rincón a Perico. Con gran secreto le contó que iban a llamar a todos los pasajeros y cerrarían las puertas de El Tepual.

—Yo me voy antes de que me encierren —dijo el chiquillo.

Perico no volvió a verlo.

Se interrumpió la voz del parlante con unas campanillas y luego se volvió a escuchar: "ATENCIÓN, ATENCIÓN, se ruega a los señores pasajeros del 628 presentarse a las oficinas de la compañía de inmediato".

Como un gran rebaño, lentamente entraron todos por la estrecha puerta. Un señor de edad tomó la palabra:

—En nombre de los compañeros de viaje, pido que se nos informe de qué se trata todo esto y qué harán con nosotros.

El capitán de vuelo contestó:

—Ruego a los señores pasajeros perdonen el contratiempo. Ya viene en viaje un avión que los conducirá a su destino. Con motivo de la emergencia, se ha infiltrado mucha gente al aeropuerto y es necesario controlar y confirmar a los pasajeros del avión 628.

Perico no entendía nada. Estaba junto a la puerta abierta de la oficina que no podía cerrarse a causa del gentío. Escuchaba como iban pasando lista a los presentes y cada uno respondía al ser nombrado.

—¡Isaías Junetzy ! —llamaba el oficial y repetía—: Isaías Junetzy.

Nadie se presentó y la lectura de lista continuó.

Volvió entonces a llamar, esta vez más alto, por si el señor Junetzy fuera sordo:

—¡ISAÍAS JUNETZY!, último llamado, se le ruega presentarse a la oficina.

Nadie apareció.

—¿Alguno de los presentes conoce al señor Junetzy? —preguntó el capitán amablemente.

—¿Sabe alguien si ha salido del aeropuerto por algún motivo?

Tampoco hubo respuesta. El capitán se volvió entonces a sus compañeros oficiales pidiendo su aprobación con la mirada y luego dio orden de silenciar el parlante.

—Señores pasajeros —hizo un silencio y una gran tensión cundió en la oficina—. Todos hemos sido sorprendidos esta tarde por la audacia de un pirata. Solo nos queda dar gracias a Dios que este incalificable secuestrador no destruyera el avión. Va solo en un aparato que no pasa inadvertido y necesita pedir cancha para aterrizar. Es un maniático que se ha robado el avión. No creo que le interesen las pertenencias de los pasajeros, ni siquiera el aparato mismo. No sabemos qué meta quiere conseguir, pero todas las torres de control están alertas, aquí y al otro lado de la cordillera, donde hemos dado aviso. La Interpol ha comenzado su búsqueda y muy pronto tendremos novedades. Les ruego permanecer tranquilos, pues todo será recuperado. Muchas gracias.

Otro oficial tomó el micrófono para anunciar que la compañía aérea había dispuesto alojamiento y comida de gala para quienes quisieran distraerse bailando esa noche.

Los pasajeros no tardaron en ser trasladados al hotel más importante de Puerto Montt, donde se les sirvió un banquete del que también pudo gozar Perico.

32 Aquí, torre de control...

Perico se fue a acostar apenas terminó de comer. Se maravilló ante las comodidades del nuevo alojamiento y no resistió probar el baño de ducha caliente. Para él, todo era nuevo, asombroso. El capitán Pedro le cedió su cama, donde el muchacho se metió con su pequeño avión y sus cueros de lobo. Iba a empezar a escribirle a su padre, pero se durmió.

El piloto se acomodó en un sillón y tomó un libro para que le diera sueño. Le pareció que apenas había cerrado los ojos cuando sonó la radio.

—Aquí, El Tepual —dijo una voz impersonal—. Estamos a punto de partir, todo en orden. Me llevo la mitad de la tripulación y te dejo el resto. Jiménez trajo la nueva máquina y él la piloteará. ¡Buena suerte!

Se aprestaba a dormir, cuando otra vez llamó el timbre.

—Hay un llamado de Valdivia, comunico...

—¿Álvarez? —se oyó una voz gangosa—. Tenemos el 628 aterrizando.

—Detengan al piloto apenas toque tierra. Voy para allá de inmediato.

En ese momento algo interrumpió la comunicación con Valdivia, pero el capitán Pedro no le dio importancia. Llamó a Wilson, su ayudante, y salieron rápidamente.

En el aeropuerto, la torre de control les anunció que la visibilidad era poca, que siendo las cuatro de la mañana había peligro de niebla sobre Pichoy, y allá la radio estaba interrumpida.

—No importa —dijo el capitán—, saldremos como sea. Conozco la ruta.

Iba a dejar un mensaje para Perico, cuando el chiquillo apareció junto a él como por magia.

—Por favor, lléveme, capitán...

—Era lo que me faltaba... Pero a ti no puedo decirte que no.

Perico traía todos sus bultos, mientras el capitán llevaba solo su maletín de instrumentos.

El cielo estaba negro, pero se destacaban brillantes las cuatro estrellas del volantín. No habría problemas de mal tiempo.

Wilson ya estaba al pie del matapiojo de Álvarez. El piloto saltó al asiento, seguido de Perico, mientras Wilson echaba a andar la hélice.

—Está bueno que te compres una máquina más moderna —gritó.

—¡Mejor que esta no hay! Es mi vieja burra y la tengo equipada como un cohete, ¿verdad Perico?

Apenas partieron, el capitán se comunicó con la torre de control:

—Óyeme, Pérez, conozco la ruta hasta con niebla y no te alarmes si me desvió un poco para mostrarle los volcanes a mi compañero. Hay sufi-

ciente claridad para distinguirlos y su nieve brilla.

Soltó el micrófono y le indicó a Perico:

—¿Ves ese cráter deforme? Es el Calbuco, que se reventó hace años y ahora está manso, lo mismo que su compañero, el Osorno, de cumbre perfecta como un cono. Y ahora se divisa el Puntagudo, que por poco nos alcanza con su dedo como aguja. El Tronador ya no truena. Y ahí se ve Puyehue con su precioso lago sembrado de islas.

Aclaraba y la cordillera se teñía de un rosa pálido, como si se pusiera transparente. El capitán señaló:

—Ese es el volcán Choshuenco, con su lomo de camello, y más allá se divisa el Villarrica con su eterna fumarola. Lo llaman "el hipócrita", porque tiene erupciones inesperadas. Al pie está su lago, que a la distancia parece un ojo de Dios. Allá se levanta el Llaima, su cumbre casi nunca se despeja, pero es parecido al Osorno en belleza; tiene canchas de nieve fantásticas. Esta es la cadena de volcanes que remecen el sur de Chile igual que torres de una fortaleza. Ahora, enfilamos a Valdivia, al aeropuerto Pichoy, donde nos esperan el gigante robado y el pirata prisionero, el descarado Junetzy.

Pichoy tenía su losa encendida, pero lo extraño era no ver al 628...

Álvarez frenó junto al edificio del aeropuerto y al saltar a tierra vieron que se acercaba corriendo el jefe de Pichoy con dos oficiales.

—Se escapó casi sin aterrizar —explicó el jefe muy alterado, sin saludar siquiera a los compañeros que llegaban—. Cuando llamé por radio



no pude prever la acción del pirata. Le dimos cancha aparentando no saber nada, pero él bajó el tren de aterrizaje y no cortó el motor. Desde la ventanilla de comando asomó una metralleta pidiendo combustible y amenazando volarnos. No había alternativa. Llenó su estanque y luego, sobreandando, disparó a la caseta de control, destruyendo el aparato de transmisión...

—¿Hace mucho rato que partió?

—Menos de un cuarto de hora.

El jefe de aeropuerto parecía hecho pedazos ante el fracaso de su misión.

—Ya hemos restituido la avería en la radio. La mala suerte fue no tener a mano un solo aparato para perseguirlo...

—¿Hacia dónde partió? —preguntó Wilson.

—Hacia el oeste, buscando el mar para evitar los controles.

Entraron al pequeño casino cambiando ideas mientras tomaban una taza de café.

—Pensar que dejamos en El Tepual la mitad de la tripulación. Habrá que advertirles que no cuenten con el avión y que embarquen a los pasajeros como se pueda en otros aparatos. Pediré que se haga una conferencia de los comandos —dijo el capitán Álvarez.

—¿Funciona bien la radio? —preguntó Wilson.

—Perfectamente. Ordenaré que la pidan y nos digan la hora en que estaremos todos en contacto.

El jefe del aeropuerto se levantó. Parecía aliviado ante la posibilidad de hacer algo para que perdonaran su involuntaria falla.

Al poco rato regresó el jefe:

—Ya están disponiendo la conferencia —dijo—, pero advirtieron que, a pesar de la emergencia, no será posible antes de las once horas, ya que se encuentran en el aire doce comandantes...

—Es igual. En todo caso, ¿estarán los controles advertidos de que falló la captura del pirata?

—Sí, mi capitán, la alerta se mantiene en toda la región. También se transmite en los países vecinos y las islas.

—Puede llegar alguna noticia entretanto —Pedro Álvarez se levantó, invitando a Perico a conocer la ciudad de Valdivia.

—Te va a gustar conocer la Universidad Austral, donde tal vez te toque estudiar algún día. Por aquí corre uno de los dos ríos navegables de Chile, el Calle Calle, ancho, profundo y silencioso. A su orilla se elevan los castillos españoles en ruinas, con sus cañones cegados, sus polvorines, sus prisiones y misteriosos túneles.

33 *Un pájaro más grande*

Al regresar a Pichoy, el capitán Álvarez le advirtió a Perico:

—No puedes asistir a la conferencia del comando. Tendrás que tener paciencia y esperar... Puedes jugar con tu avión, pero sin perderte de vista.

Los oficiales y jefes de aeropuerto se acercaron y con Wilson y Álvarez se encaminaron al edificio de policía. Perico alcanzó a oír que de Pucón habían comunicado que vieron pasar un avión que no respondió al llamado.

—Es posible que la salida al mar fuera para despistar y va en realidad hacia la cordillera... buscando un paso —dijo un oficial.

Perico sacó del matapiojo su pequeño avión y comenzó a hacerlo correr por la losa. Pronto se dio cuenta de que por medio de un botón se accionaba el motor que impulsaba las ruedas y la hélice. Descubrió también la palanca de viraje, el botón de luces, la manera de destapar el motor, la bodega de paracaídas, el equipo de cirugía, la cocinilla con bandeja para servir. Junto al comando con sus tableros de radio y parlantes, luces y

mecanismos, había una metralleta oculta bajo el asiento del piloto. Esa es la que había empleado el pirata del 628 para destruir la radio de Pichoy.

Jugaba fascinado en cuatro pies con su avión cuando unas voces lo llamaron:

—¡Eh, tú! Déjanos entrar para jugar contigo...

Eran cinco chiquillos más o menos de su edad, al otro lado de la reja de la pista, mirándolo. Perico se acercó.

—No puedo. Ni siquiera sé dónde hay puerta. Estoy esperando a mi capitán que está en reunión... —explicó.

—Déjate de capitanes y reuniones y pásanos el avioncito para verlo.

Perico lo llevó hasta la reja y les estuvo enseñando su mecanismo. Muchos dedos entraban por el alambrado hasta que Perico tuvo que hacerse a un lado para que no lo rompieran.

—¿De dónde lo sacaste?

—¡Me lo dio el capitán!

—Pura chiva. Ese te lo robaste de alguna compañía aérea...

—No es cierto.

Discutieron, pelearon de palabra y hasta hicieron cimbrar el alambrado amenazando echarlo abajo. Después se tranquilizaron y empezó la amistad.

—Podrías trepar un poco y pasarlo por encima un ratito.

—Es para verlo no más, para tocarlo...

—No seas egoísta, compañero. Es malo ser así. Pueden robarte tu avión...

Perico se defendía anunciando que iba a aparecer el capitán en cualquier momento y los echaría de ahí con viento fresco.

—Cuando aparezca, nos vamos —aseguraron los de afuera.

—Y se llevan mi avión... No. Imagínense que está en alguna compañía aérea. Igual no lo pueden tocar.

—Así que el ladrón confiesa que pertenece a una compañía aérea ese aparato... Te damos tres minutos para que lo prestes o vamos a denunciarte.

Perico no se inmutó y se volvió a la losa donde estuvo antes jugando.

De pronto miró hacia la alambrada tras la que estaban los niños y se extrañó al no ver a ninguno. Pero siguió jugando sin acordarse más, hasta que vio un par de botas embarradas que le retenían su avioncito. Miró arriba un uniforme y una cara morena bajo el casco. Perico le sonrió amistoso porque siempre los grandes eran buenos amigos.

—A ver si me entregas el juguete, ese —ordenó el guardia.

Perico se levantó y lo entregó muy confiado.

—Ahora me sigues —dijo el uniformado llevándose el avión. Perico trotó tras él:

—No pensaré quitármelo —le decía asustado. Es un regalo que me hizo la madre del capitán Álvarez...

—Ese cuento se lo vas a contar al cabo de guardia.

Oyó unas risas y vio tras la reja a los mu

chachos que lo seguían haciéndole burla. Solo entonces comprendió.

No hubo problema porque en ese momento salían de reunión los altos jefes del comando y, por supuesto, el capitán Pedro Álvarez, que con sus propias manos le devolvió el juguete.

—Y ahora en marcha, Perico. Vamos a Temuco, donde nos espera un pájaro más grande para seguir la pista del pirata.

Mientras volaban con el teniente Wilson hacia el norte, comentaban los pilotos la audacia del tal "pasajero" del cual ya tenían información por la Interpol: era un conocido y muy buscado asesino y, por muy buen piloto que fuera, tenía a su haber el estallido de más de una bomba, sin contar los asaltos y robos de aviones. Todos los aviadores estaban dispuestos a jugarse por lograr su captura.

Los ojos de Perico parecían huevos de codorniz por su brillo y color. El capitán Pedro decidió distraerlo.

—Puedes ver de nuevo el volcán Villarrica, ya lo tenemos bajo nosotros. ¿Alcanzas a divisar como rebasó su lava, haciendo ríos negros? Pronto bajaremos en el puerto aéreo, junto al río Cautín. Recoge tus cosas, Perico, porque en un par de minutos habremos abordado el *blitz* 234-B, hacia la cordillera.

El nuevo pájaro que había de llevarlos hacia los pasos cordilleranos era todo un coloso junto al matapiojo. No tanto por su tamaño como por lo macizo de su estructura y la fuerza de sus motores.

En dos minutos se lanzaron como un cohete, dejando atrás el suelo con sus valles, lagos, ríos y montañas. Enfilaban a los lugares más altos de la cordillera.

—A esta velocidad, no alcanzaremos a ver al 628 —dijo Perico—, la verdad es que no vamos a ver nada más que el cielo...

Estaba desencantado y la velocidad no era para él un panorama interesante.

—¿Qué te ha quedado por ver, Perico? —le preguntó el capitán Álvarez—. Creo que hemos visitado hartos lugares...

—Sí —dijo Perico—. Pero nos quedan muchos por conocer todavía... No hemos visto la ciudad de Temuco, ni Lautaro, donde vienen los gringos a pescar salmones gigantes. Yo habría querido pescar un salmón de esos...

—¡Por ahora vamos a pescar un pirata!

Perico se conformó un poco cuando le prestaron los binoculares con los cuales se veían al alcance de la mano las quebradas más hondas de la cordillera. Hasta se divisaban arrieros y animales muy de vez en cuando. Pero era maravilloso acercarse de ese modo lo lejano, tener lo inmensamente lejano junto a la nariz...

—¡Atención! —la voz del parlante interrumpió las visiones—. ¡Atención a todos! Ha llegado comunicación de que el 628, no pudiendo alcanzar la altura de los pasos cordilleranos, ha virado nuevamente hacia la costa. Hay motivo para creer que se acerca a Concepción. Necesita combustible. Veremos si se atreve a abordar el aeropuerto que

lo espera en pie de guerra. Cambio y fuera.

—Recibido el mensaje —contestó otra voz en el parlante—. Enfilamos hacia Concepción...

Perico se entusiasmó de nuevo y por lo bajo le preguntó al capitán Pedro:

—Esta Concepción ¿es pariente de la Inmaculada?

Y como Álvarez no respondiera porque parecía atorado, el muchacho insistió:

—¿Acaso los héroes vivieron ahí?

34 *Laberintos negros*

Tampoco había noticias del pirata en Concepción y menos de su rumbo. El capitán Pedro estaba demasiado ocupado de la pesquisa del avión robado para enseñarle a Perico lo que pudiera interesarle en la ciudad y sus alrededores, de modo que le pasó a un amigo la tarea.

—Pancho, muéstrale todo lo que pueda interesarle a este curioso —le señaló al muchacho.

—Sí —dijo Perico—, lo que a mí me interesa es esa flauta extraña que yo escucho...

—Es el carillón —explicó Pancho—, un reloj que da la hora tocando melodías en campanas...

—Maravilloso... —murmuró Perico y se quedó callado mucho rato con la esperanza de volver a oírla.

No le interesaron demasiado los hornos de Huachipato y sus inmensas hogueras, donde se fundía el acero. Había demasiado ruido que le impediría escuchar el carillón si volviera a cantar la hora.

El piloto seguía a la espera de noticias. Fue el nuevo guía quien vino a buscar temprano al muchacho para llevarlo a visitar las minas de

carbón que alimentaban la industria de acero de Huachipato.

Perico partió desgano. Habría preferido quedarse con el capitán Pedro, que trabajaba con algunos ingenieros de vuelo en extraños mapas y planos de Chile.

Cruzaron el largo puente sobre el Biobío y atravesaron Coronel para llegar a la ciudad de Lota, junto al mar. Solo justo a un pique de la mina se le desenredó la lengua al silencioso Pancho.

—No a todos los dejan entrar aquí —dijo a Perico—. A mí me conocen porque mi padre fue minero hasta que se enfermó...

—¿Y de qué se enfermó? —se sintió obligado a preguntar Perico.

—De silicosis, un mal sin remedio que produce el polvillo del carbón que se respira dentro de la mina y se mete en los pulmones.

—¿Polvillo del carbón? ¡Pero si yo pensé que veníamos a ver una mina de oro! —reclamó Perico.

—A la larga es oro, porque el carbón se convierte en dinero.

—Creo que no habría venido si me lo hubiera explicado el capitán.

—¿Prefieres no bajar a la mina?

—Si no hay mina de oro, ya que estamos aquí, más vale bajar a esta...

Siguieron a un grupo de obreros oscurecidos por intensas nebruras en sus ropas y manos, equipados de cascos con lamparillas a pila sobre la frente y máscaras que colgaban de sus cuellos.

—Si han de bajar, pidan un par de buzos

—insinuó uno de ellos a los visitantes.

Les prestaron equipo; a Perico le sobraba por todos lados y bajaron con el bullicioso turno de mineros por ese hoyo sin fin...

—¿Qué hacen estos palomitas entre los cuervos? —rió un minero.

—Queremos ennegrecer un poco —dijo el guía.

—¿Y de dónde sacaste este pollito?

—Vengo de Tierra del Fuego —contestó con orgullo Perico.

El hombre se estremeció.

—¿Fuego, dijiste? ¡Ay de nosotros si tú le atracas fuego al carbón! —bromeaba otro minero. También Pancho quiso hacer su broma.

—Era pastor y lo descarrió una oveja. Ahora la anda buscando.

—Hace hartito tiempo que dejé de buscarla —dijo Perico enojado.

—Si hubiera entrado aquí la habríamos comido y saboreado —dijo otro.

Los mineros echaban tallas y se veían muy amistosos.

A medida que bajaban por el túnel vertical, oscurecía: y la boca de luz por donde entraron se iba achicando hasta llegar a ser un punto. Encendieron sus linternas en los cascos y se dispersaron con sus herramientas por diferentes laberintos. Sus voces se iban perdiendo a medida que se alejaban. Perico sintió que se ahogaba de calor.

—¡Uf! —exclamó—. Aquí se traspira mucho y se respira poco. Yo no sería minero... ¿Y tú?

—Tampoco. Mi padre no quiso que me pasara

a mí lo que le pasó a él. Me hizo estudiar y ahora sigo la carrera de constructor. ¡Trabajaré al aire libre!

—¿Por qué seguimos bajando? Ya hemos visto bastante —reclamó Perico.

—Mientras más bajemos hará más calor —anunció Pancho—, pero hay también ventilación y se respira siempre. No hay peligro de gas grisú.

—¿Gas grisú? —Perico no entendía.

—Es el gas del carbón, que es un veneno y antes explotaba. Los primeros mineros se alumbraban con velas y si el gas daba en la llama había explosión en la mina. En ese tiempo, para prevenirse, los mineros llevaban un pajarito enjaulado o un ratón en la punta de un palo, delante de ellos. Si el animalito moría, arrancaban los mineros porque sabían que ahí había gas grisú.

Caminaban, alumbrados por sus cascos, entre rieles y Perico abría más y más los ojos en la intensa negrura. Pasaban carritos cargados de carbón y alumbrados por algún minero montado sobre los trozos brillantes. Ellos le hacían el quite... Pero de pronto apareció un carro oscuro y vacío que iba en busca de carga.

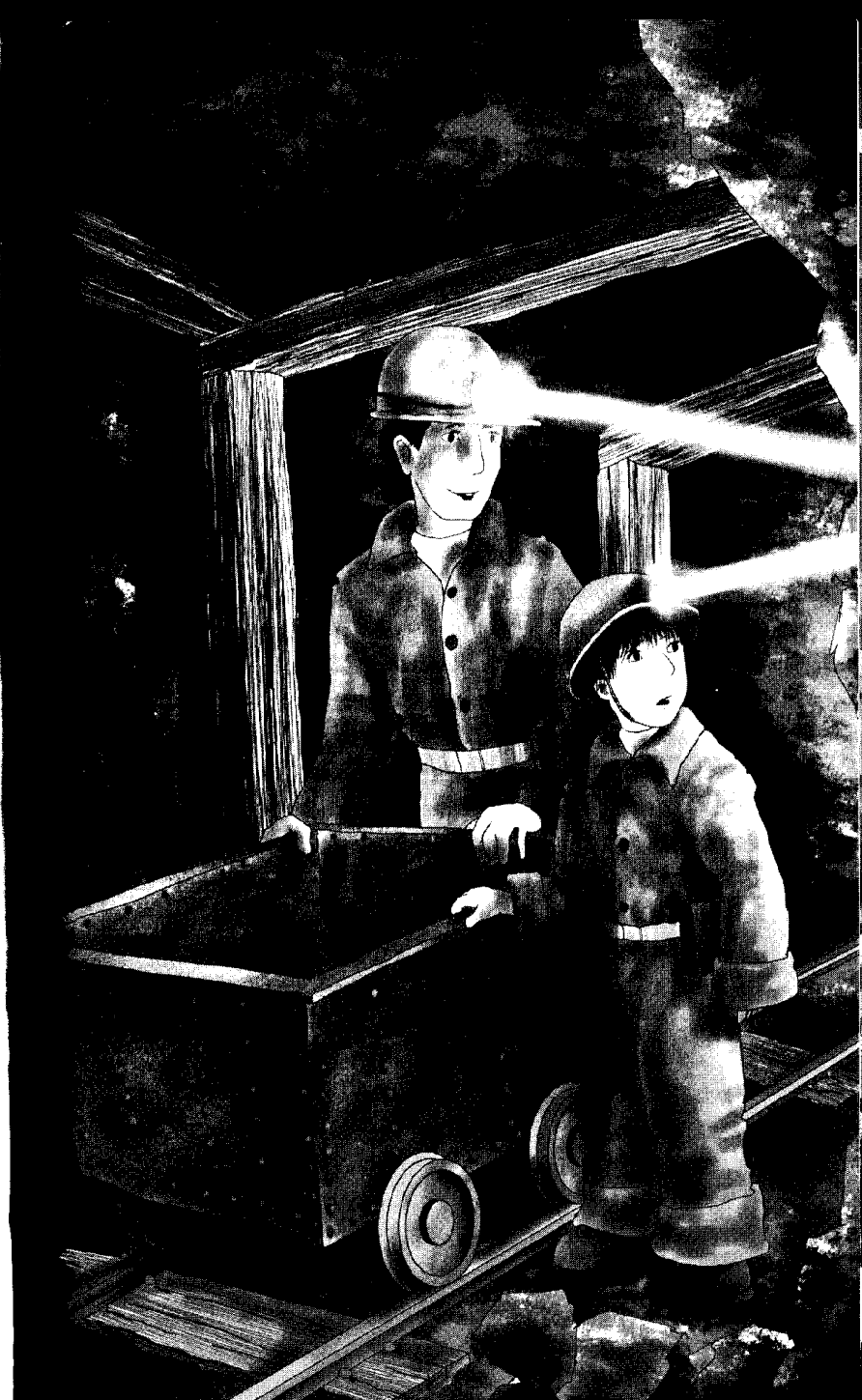
—¡Es nuestro bus! —gritó Pancho saltando dentro—. Súbete, llegaremos más ligero —y siguieron viaje a toda velocidad por las negras galerías.

—¿Y dónde iremos a dar? —preguntaba Perico.

—Ya lo veremos... Quizá bajo el mar.

—¡No lo dirás en serio! —Perico empezó a sentir miedo.

—Y muy en serio. Ahí está el mejor carbón, muchos kilómetros adentro del mar, donde hace



miles de años hubo bosques...

Perico se iba sintiendo raro y esos cuentos del guía le parecieron leyendas para entretenerlo. Afortunadamente, se detuvo el carrito que los llevaba y se unieron a los mineros que esperaban con su carga y sus palas.

—¡Vaya! —dijo uno—. En este carro vacío viene el diablo.

—No uno, sino DOS —contestó Pancho saltando fuera con Perico. Los mineros rieron e hicieron más bromas a los recién llegados.

—A ver si cargan ustedes el carrito de carbón —dijo uno sentándose después de darle a Perico su pala. Perico y su amigo le hicieron empeño, pero con poco éxito, mientras los mineros reían de su torpeza. Perico traspiraba tinta y, aunque no lo demostraba, rabiaba por salir de ahí.

—¡Pasa esa pala! —uno de los mineros se apiadó de Perico y así pudieron librarse los dos y partieron por otra galería.

Caminaron mucho, siguiendo una que otra linterna que se movía más lejos; en el fondo, buscando una salida. Pero no la encontraron.

La cosa se iba poniendo fea y los dos muchachos se daban cuenta de que se habían perdido en los laberintos. Ninguno de los dos se atrevía a decirlo y seguían su marcha.

Perico se animaba pensando "a lo mejor encontramos un peñasco de oro".

Pero tampoco el oro le interesaba ya. Solo quería luz y aire y mirar el cielo, aunque hubiera oscurecido. Se habían sentado a descansar y el

compañero, siempre poco hablador, quería oír su propia voz en los callejones de la mina.

—¡A que no sabes dónde estamos! —dijo a Perico.

—¡Y tú tampoco! —contestó él rápidamente.

—Estamos en todo caso bajo el mar —replicó el otro.

—¿Cómo lo sabes?

—Veo filtrarse el agua por algunas grietas y, además, lo escucho.

—Yo también, hace rato que lo escucho... Pero como tú eres el guía, confío en ti. ¿Estamos buscando una salida? —preguntó con voz tímida; no parecía seguro de querer saber la verdad.

—Sí. Estamos perdidos... —confesó el otro.

—Bueno —Perico trató de animar al amigo—, por lo menos esto se vuelve una aventura para poder contarla. De algún modo tendremos que salir de aquí...

—Al ver que no salimos, vendrán a buscarnos. El capataz de entrada al pique anota a cada uno que baja y lo borra al salir...

—Ojalá nos borren luego —dijo Perico.

—Tenemos que ahorrar pilas. Apaga tu linterna y me sigues. Después apagaré la mía y tú enciendes la tuya...

Sentían pasar las horas caminando por los estrechos túneles cada vez más bajos. Iban de la mano, siguiendo la luz débil del casco de Pancho: dos sombras negras entre muros negros. Perico ni se acordaba de su ahogo. Escuchaba, sí, con mucha atención.

—Ya no se oye el mar —dijo de pronto—, quizás estemos acercándonos a la boca del túnel.

—Quizás... Enciende ahora tu linterna, la mía alumbra poco.

Al hacerlo, a Perico le pareció escuchar golpes de picota. El susto, que le corría por dentro como un ratón, le subió a la garganta en forma de grito:

—¿Oyes?

—¡Sííí! —la mano húmeda y pegajosa del compañero soltó la suya y se dejó oír un agudo y largo chiflido del poderoso pulmón de su guía.

No había aún terminado su eco, cuando otro respondió y una voz, no muy lejos, se hizo oír.

—¡Estamos cerca! No se muevan. Los andamos buscando y ya podemos ubicarlos si contestan...

—¡Los esperamos! —gritó Pancho y en pocos minutos aparecieron tres luces de mineros que los llevaron hasta el ascensor.

35 *Apenas un papirote*

De los negros túneles, el capitán y Perico se trasladaron de un viaje al centro de Chillán. Ahí almorzarón en el mercado, las mejores longanizas de Chile flotando en un plato de cremosos porotos. Luego fueron a una plazuela de gredas, espuelas, mantas de huaso de violentos colores, rebenques de cuero lavado, trompos y estribos de madera de fina talla.

Ahí el capitán le regaló a Perico una linda manta.

—Para que no te olvides de que esta es la tierra del huaso y su chicha, sus aperos y empanadas jugosas. Aquí empieza el Chile diablo que termina en Buin, amiguito. Este es el Chillán nuevo. El viejo lo destruyó el terremoto de 1939, pero aún queda la casa donde nació Bernardo O'Higgins, nuestro libertador. Te mostraré el portón por donde él pasó cuando niño.

El capitán Pedro llevó a Perico a ver el monumento de piedra que se ha levantado en torno a la antigua puerta.

—Debió ser un palacio —dijo Perico cuando vio el monumento y la vieja puerta, a la que rodeaba una especie de parrón hecho de copihues.

—Más que un palacio, esta puerta nos dice cómo vivió el niño Bernardo, escondido en el campo; cómo creció y jugó con algún amigo y qué pasos tristes o alegres lo hicieron abrir o cerrar esta puerta. Por ella entraron, tal vez en forma de sueños o esperanzas, o de cuentos, las ideas de la libertad de Chile como país independiente de la lejana España.

De pronto se acercó a ellos un mensajero con un recado para el piloto:

—Tendremos que zarpar de inmediato —dijo a Perico.

Y sin más explicaciones, partieron hacia el aeropuerto en el auto que los esperaba.

Esta vez le tocó a Perico y al capitán Álvarez ocupar los asientos de cualquier pasajero en un avión de rutina.

Desde gran altura divisaban grupos verdes de bosques, valles, lagos y ríos. Ciudades que interrumpían por momentos el paisaje. La cordillera a un lado era una compañera que guiaba el camino, casi siempre nevada en las cumbres.

Le pareció a Perico que apenas se habían elevado cuando la voz del parlante ordenó: "Apretar los cinturones", al tiempo que unos corcovos de potrilla sacudían el avión. Tocó tierra en Pudahuel y se disparó por la inmensa losa entre cientos de aparatos, algunos quietos y otros más apurados. Era un mundo distinto. Le pareció a Perico que era como la luna, sin calles, amplio y con increíbles aparatitos de transporte.

Siguió a los tripulantes mirando a todos lados

y se vio de pronto ante un largo edificio con terrazas, torres, parlantes y una multitud de gente tan grande como la que él imaginaba se juntaría para el Juicio Final.

El capitán Pedro por primera vez pensó que Perico era un estorbo.

Tenía que reunirse con los jefes de policía, de Investigaciones, con los jefes del comando aéreo y de la radio y no sabía cuánto podría durar eso. Perico, esperando entre esa inmensa multitud de gente que llegaba o partía, de los que venían a recibir o a despedir pasajeros, se perdería. Había tantas tiendas seductoras, ajeteo de maletas, anuncios de vuelos que llegaban o se iban, parlantes aturdidores...

Mientras pensaba en lo que le convenía hacer, sintió el abrazo bien palmoteado de un amigo.

—¡Hola Pedrote! ¡Quién diría que nos encontraríamos aquí, en el propio Pudahuel, donde nos separamos hace tres años!

—¡Papirote! No te sabía en Chile... —palmoteaba a su amigo el piloto Pedro.

—Nunca supe que te hubieras casado —decía el amigo Papirote indicando a Perico—, y parece que con una viuda, amiguito, a juzgar por el tamaño del muchacho...

En dos palabras el capitán Álvarez le contó al amigo la misión en que andaba, por qué Perico era casi su hijo siendo su salvador y el problema que se le presentaba en este momento al tener que dejarlo solo en el aeropuerto.

—Ese no es problema, Pedrote, es un gusta-

zo que me da el hacerte un favor. Llevaré a tu mascota a conocer Santiago mientras tú agotas tus ideas en la reunión con Interpol.

En ese momento los parlantes llamaban a los pilotos Álvarez, Wilson, Cisternas, Eguiluz y seguía el parlante nombrando tenientes y capitanes.

Pedro Álvarez se despidió precipitadamente de Perico y del amigo:

—Nos encontraremos a la hora de comida en la Escuela Capitán Avalos —y escapó, perdiéndose en la multitud.

Perico miró asustado a su nuevo amigo Papirote. No sabía una palabra de él, solamente que estuvo fuera de Chile, según había dicho el piloto Pedro. Como si adivinara el problema, el hombre le explicó:

—Pedrote fue mi mejor amigo en la escuela, y lo es todavía. A mí me mandaron a estudiar a Norteamérica y después a Europa. Hace tres años que no nos veíamos y ahora nos encontramos por casualidad, aquí en Pudahuel... ¿Conoces el aeropuerto?

Perico movió la cabeza y Papirote se dedicó entonces a enseñarle todo lo que era novedoso y de interés en el recinto.

Cuando terminaron el enorme recorrido, Perico preguntó:

—¿Este es Santiago?

—El principio de la capital de Chile. Ya te la enseñaré. Aquí comienza.

Le dio un vaso de leche en el casino y sándwiches y torta.

Al salir por las puertas de cristal, Perico se sintió confundido por los muchos autos estacionados. Uno de ellos, que marchaba en fila, se detuvo y abrió su puerta para que subieran. Era ancho y cómodo, con un chofer amable que preguntaba dónde los llevaba. Perico pensó que Papirote era alguien muy importante para ser atendido de esa manera, y esa importancia le entró también un poco a él al sentarse en ese asiento de cuero rojo.

—Estación del Metro —fue todo lo que dijo su amigo y partió el auto a escape por alamedas y caminos. Otros autos lo adelantaban o pasaban en sentido contrario. Perico iba pensando:

—Y este es Santiago... No es gran cosa, diría yo, aunque el tal Pudahuel, como aeropuerto, es lindo y grande. Seguramente lo más importante de Santiago... Yo me habría quedado mejor ahí. No me interesa el Metro. He visto antes un metro en manos de maestros y hasta de mecánicos. A esta ciudad le faltan casas, bosques, lagunas y ríos. Hay autos y gente, claro, pero me imaginé otra cosa...

Le extrañó cuando se detuvieron y al bajar, Papirote le pagó al chofer del auto. Unos cuantos "¿por qué?" le quedaron sin respuesta. Entraron en un edificio y bajaron una escala. Allí, en una ventanilla les vendieron una tarjeta chica. Luego se internaron en un túnel luminoso y al pasar por una cruz metálica, metieron sus boletos por una ranura y la barra los dejó pasar.

El aire ahí era distinto, las voces y ruidos tenían un eco medio sofocado que hizo recordar

a Perico la caverna del Milodón. Todo aquello le iba pareciendo un mundo extraño, con su luminosidad propia y con la gente que caminaba junto a ellos, casi corriendo.

De pronto, con un zumbido, apareció un culebrón gigante, que abrió puertas silenciosas; todos treparon como si fuera natural meterse en esa serpiente. Dentro estaba muy iluminado, había asientos cómodos, vidrios amplios y limpios, extraños mapas junto a las puertas.

Medio aturdido, Perico se dio cuenta de que el culebrón partía con un suave silbido y acelerando como movido por magia.

—Vamos viajando bajo tierra —explicó de pronto su guía—. Sobre nosotros pasan autos, camiones, buses. Vamos cruzando por debajo de la Alameda. Se gana tiempo evitando el tránsito. Este es el Metro. ¿Te gusta?

—No estoy seguro... —dijo Perico, picado por la incomprensión de Papirote—. Claro que metido en esto no vamos a ver Santiago...

Su guía se dio cuenta de que el magallánico esperaba algo más que andar en Metro, por muy novedoso que fuera este vehículo.

De pronto, el culebrón se detuvo sin tirones, con un gran suspiro y abrió sus puertas. Papirote hizo salir a Perico y se encontraron en una estación más grande, llena de tiendas, de mucha gente apurada que daba empujones. Además, había unas extrañas escaleras rodantes que subían y subían solas, "mecánicas", explicó su guía. Uno llegaba arriba con solo pararse en el primer escalón. Al



bajarse, Perico casi se cae. Creyó morir tragado y se pescó firme del brazo de Papirote. El aire lleno de olores petroleros golpeó su cara y el pasar de autos terminó de aturdirlo. Por todos lados edificios gigantes se le vinieron encima...

Habría querido estar en su rancho con su padre, sus hermanos, las ovejas... Se sentía muy enfermo y todo giraba a su alrededor. Cerró los ojos para no vomitar. Papirote le dio un par de palmadas en la cara, luego le dijo:

—Tú perdonarás el sistema. No entiendo nada de niños y te trato a lo cadete.

Perico se sintió mejor.

—Gracias —sonrió—, el tal Santiago me emborrachó, creo yo.

36 *Palacio de verdad*

Perico trataba de no ver el movimiento porque su cabeza giraba como remolino. Buscó algo clavado al suelo, sin demasiada altura, a lo que él pudiera mirar sin desnucarse. Y por fin exclamó:

—Me gusta esa casona. ¿Podríamos entrar ahí?

—¡Caramba, no te quedas corto! —el amigo Papirote reía con ganas—. Es el Palacio de La Moneda, desde donde han gobernado todos los presidentes. A lo mejor algún día llegas tú a ser Presidente y entonces conocerás bien ese palacio...

—¿Es palacio de verdad? —Perico estaba impresionado.

—Sí, y con más de ciento cincuenta años de vida. Es un monumento nacional.

—Monumento nacional —repitió Perico—. ¿Con presidentes de verdad?

—Presidentes de Chile, todos de verdad.

El niño parecía embrujado por lo que significaba ese grandioso edificio. Clavada la vista en él, no se movía.

—¿Vas a quedarte aquí para siempre? —Papirote lo cogía del brazo haciéndolo volver a la realidad.

La gente, el tráfico, el ruido una vez más atur-

dían a Perico. Buscó refugio en otra cosa inmóvil.

—Me gustan esos faros de tres luces —indicó los semáforos—. ¿Por qué hay tantos y de tres colores?

El amigo le explicó y el pastorcito de Tierra del Fuego se quedó largo rato mirándolos. Luego dijo:

—Claro, sin ellos se armaría la crema de autos... Es una buena idea...

De pronto soltó la risa; quizá burlándose de sí mismo:

—Soy muy huaso —dijo a media voz—. Santiago me parece un carrusel.

—Quisiera mostrártelo entero, Perico.

—Una cosa más solamente —suplicó el niño, cogiéndose de la mano de su guía. Tenía miedo de perderse en ese remolino y le costaba caminar entre los transeúntes; chocaba con alguien a cada rato.

—Aquí tienes el cerro Santa Lucía —dijo Papirote deteniéndose.

—¿Este es un cerro? Más parece otro palacio con esa tremenda escala... ¿Es mecánica también? —preguntó Perico cuando puso el pie en el primer escalón de la gradería.

Por suerte no lo era y eso lo hizo sentirse mejor y más seguro. Cuando llegaron arriba, la gente le parecía como un hormiguero y los edificios altos le hacían pensar en enormes palomares.

Pensaba muchas cosas sin hacer comentarios mientras lengüeteaba un helado que le compró Papirote. Estaba maravillado, pero confundido, y quería convencerse por qué la gente prefería ir de

un lado a otro entre edificios, semáforos, micros y buses y no quedarse tranquila frente al mar o en la falda de esa inmensa cordillera que ahora podía mirar largamente.

Su amigo se había sentado en un banco de la terraza y respetaba el silencio de Perico, mientras fumaba.

Las montañas que miraba Perico empezaron a cambiar de color. Ahora se ponían rosadas y el sol se iba escondiendo tras los edificios. Allá abajo, en las calles, aparecían hileras de luces verdes desteñidas, que no alumbraban mucho.

—Quiero llevarte a conocer el Paseo Ahumada —Papirote se levantó cogiendo a Perico del brazo.

—¿Es con gente? ¡No quiero ver más gente!

—Déjate de tonterías. Santiago es grande y tengo mucho que mostrarte...

—Por favor.

—Entonces iremos a un cine —su guía le cortó la frase y lo llevó a la escalinata para bajar del cerro. Quizá para entretenerlo le compró otro helado a Perico y lo dejó comerlo sentado en una grada.

A medida que desaparecía el helado, iban brillando más los faroles de la calle y se iba oscureciendo. Perico no protestó cuando Papirote lo hizo entrar en un cine: tenía que estarle agradecido al amigo del capitán Álvarez, que había perdido casi un día en pasearlo por Santiago.

Al colocarse en la fila de la boletería del cine, Perico recordó al rebaño de su padre cuando trepó por primera vez al camión del gringo Smith. La

gente de la ciudad era un poco oveja al apiñarse en las esquinas de la calle, en vidrieras, al trotar por las veredas y entrar en fila en un cine.

En realidad, nunca se detuvo a pensar lo que era un cine, de modo que al entrar en una sala oscura con esa inmensa pantalla luminosa al fondo, con figuras gigantes y voces aturdidoras y ver moverse las figuras que hablaban, se impresionó mucho. Sin soltar la mano de su guía, quedó sentado y poco a poco se fue relajando a medida que tomaba interés en la película.

No supo cuánto tiempo estuvo metido en ese mundo extraño. Se olvidó de sí mismo, de Santiago, del capitán Álvarez y de cuanto vio ese día. Sus ojos y oídos le hacían vivir una historia de marinos con un mar que no era real, pero tenía su movimiento y sus colores. Esa historia, en que todo sucedía ante su vista, lo mantuvo en suspenso como si él mismo estuviera viviéndola.

Cuando salieron, entre una espesa manada de hombres-corderos, ya estaba oscuro y Papirote detuvo en la calle un taxi al que ambos entraron.

—¡A la Escuela de Aviación Capitán Ávalos!
—ordenó el amigo del piloto Pedro. Al acomodarse en el interior del auto, Perico se dio cuenta de que los acompañaba una señora, una mujer que reía mucho y estaba vestida con sedas resbalosas, collares y pulseras sonoras.

Partieron entre el enjambre de automóviles, deteniéndose ante luces rojas y aserruchando el acelerador cada vez que estaban verdes. El taxista parecía ir compitiendo con todos los autos que

llevaban su ruta. Pasaba a uno y otro como si lo esperara un premio si llegaba primero. Perico estaba pendiente de que lograra su fin; no le interesaban la chacota y las risas del Papirote y su señora pintosa.

Al fin llegaron a la escuela donde el guía alargó por la ventana su tarjeta al guardia y los dejaron pasar al hermoso conjunto de edificios donde se forman los pilotos de aviación.

37 *Larga espera*

Casi empujado por la mano que lo dirigía cogido del cuello, entró Perico con su acompañante al gran *hall* de la Escuela Capitán Ávalos. El taxi quedó aguardando con la pintoresca dama.

—Aquí vas a esperar a tu amigo el piloto Pedro. Ya vendrá. Y cuéntale que te llevé al cine y a muchas partes. ¡No lo olvides! —le estrechó la mano con fuerza y desapareció tras la enorme puerta por donde habían entrado.

Perico lo vio alejarse y, sobándose los dedos que le quedaron pegados con el fuerte apretón de Papirote, recorrió con los ojos a los muchos pilotos que entraban y salían.

No vio a su amigo Álvarez y por fin se sentó en la punta de un sillón de cuero, listo para levantarse al ver aparecer al capitán Pedro.

Iban y venían cadetes y oficiales; uniformados con galones de oro, trepaban la amplia escala de dos en dos peldaños y desaparecían. Perico parecía invisible a todos ellos. Nadie reparaba en él. Ningún capitán tenía la cara de su amigo piloto... De pronto se acercó a él un aspirante:

—¿A quién esperas? —le preguntó.

—A mi capitán Pedro Álvarez.

—Tengo un recado para ti. Recién telefoneé el capitán Álvarez y dejó un mensaje. Tú andas con el piloto Rojas...

—No, señor, ando con un amigo que se llama Papirote.

—¿Amigo tuyo?

—No, de mi capitán Pedro.

—Debe ser el piloto Rojas. ¿Dónde está?

—No sé. Me dejó aquí y se fue con su señora...

—¿Dijo que volvería?

—No. Me dijo que esperara al capitán. Fue hace mucho rato...

El aspirante miró a todos lados, se levantó la gorra y se rascó la cabeza.

—¿Me da el mensaje de mi capitán Pedro, señor? —Perico se levantó.

—Sí, claro. Aunque quizás esperamos mejor que vuelva el piloto Rojas...

—¿Y si él no vuelve? ¿El mensaje era para él o para mí?

—Para ambos —dijo el aspirante—. ¿Tú te llamas Perico?

—Sí, señor, viajo con mi capitán Pedro Álvarez.

En vez de contestar, el aspirante empezó otra vez a mirar a todos lados.

—Si usted cree que Papirote va a volver, tal vez lo espere toda la noche. Su señora es muy chacotera y hablaron de ir a bailar... —Perico se acordó de haber oído algo de eso.

—Tú lo esperarás de todos modos, ¿no? Y le darás el mensaje del capitán. Anótalo.

Perico sacó su cuaderno y lápiz y recibió el dictado:

"Ubique al piloto Rojas y al niño Perico, con quienes iba a juntarme en el recibo de la escuela hoy a las ocho. He recibido órdenes superiores de zarpar a Valparaíso inmediatamente. Rojas podrá ubicarme mañana en la unidad porteña. Entretanto, le encargo reemplazarme ante Perico. Debe actuar como su padre.

Pedro Álvarez, capitán."

El aspirante se despidió y subió de dos en dos la escala central. Perico se sentó a leer de nuevo el mensaje que había anotado y su cabecita empezó a discurrir muchas cosas:

—Me encantaría que no volviera ese fulano Rojas. Me encantaría perderme de él para siempre... Sé que puedo llegar a encontrarme con mi capitán. Si he viajado tanto sin perderme, no voy a perderme ahora... Por lo demás, el Papirote ese cree que llegará a buscarme mi capitán. No conoce el mensaje, así que no vendrá. No lo va a dejar su gorda-faro.

Perico estaba ya resuelto a partir a Valparaíso, adonde le había prometido llevarlo el piloto Álvarez. Cómo llegar ahí y cómo dar con la "unidad porteña" no le preocupaba. De un modo u otro se encontraría con su capitán...

Miraba a todos lados, igual que el aspirante, pero con la esperanza de verlo aparecer.

Poco a poco empezó a caminar por el recibo de la escuela, fijándose en los trofeos, placas de bronce, alguna estatua, mapas... Se entretenía y



hasta olvidó que empezaba a sentir sueño.

Mientras contemplaba un cuadro, se le acercó un oficial de aviación.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó amablemente.

—A mi capitán Pedro Álvarez —contestó sin vacilar.

—¿Está aquí en la escuela?

—No, señor. Quedó en venir a buscarme a las ocho.

—Ya son las nueve, hijo. Álvarez es puntual. Me extraña su retraso. Averiguaré si ha llamado —y partió antes de que Perico se decidiera a decirle que tenía un recado. Volvió al poco rato.

—Sí. Llamó temprano. ¿Dónde está Rojas?

—Me dejó aquí para que yo esperara a mi capitán Álvarez.

—¿Recibió él mismo el mensaje?

—No, señor. Me lo dieron a mí porque él no estaba.

Perico abrió su cuaderno y lo mostró al oficial, que sonrió.

—Ven conmigo, Perico.

El aburrimiento se terminaba con esto y de ahora en adelante sería pura sorpresa lo que harían con él.

El oficial lo llevó al casino y se sentaron los dos a comer. A cada rato algún piloto que pasaba les guiñaba un ojo, hasta que poco a poco entraron en confianza y Perico le contó al oficial lo del avión robado y la persecución al pirata. El oficial reía del modo como Perico contaba las cosas. Era simpático.

—También aquí estamos sobre aviso por ese pirata —dijo el oficial—. Todo Chile y también los países fronterizos observan sus pasos. Algo relacionado con el 628 debe ser el motivo del viaje de Álvarez al puerto...

—Yo tengo que llegar de algún modo a juntarme con mi capitán —dijo Perico, devorando su medio pollo asado.

—Yo me preocuparé de eso. Esta noche serás nuestro huésped y te llamaremos para partir en el primer vuelo a Valparaíso. Antes le avisaré a Álvarez para que te espere.

—Pienso que a lo mejor lo han llamado a otro lugar.

—No te mandaré como una carta sin dirección. Te irás cuando me haya comunicado con Álvarez.

Lo llevaron a otra parte del edificio y abrieron una puerta blanca con llave que daba entrada a un cuartito impecable, con cama y escritorio. En el velador había una botella de agua con vaso que le gustó mucho a Perico. Pero antes de mirar demasiado, ya dormía en la cama tan limpia que lo esperaba. Casi no alcanzó a decir "buenas noches y gracias".

38 *Casi un aspirante*

Perico se despertó con los altavoces, dianas, órdenes y ruidos de motores. Creyó que su cabeza se había hecho ensalada. No se ubicaba, hasta que saltó de la cama y miró por la ventana.

En el patio estaba la escuela de aspirantes en formación y haciendo sus ejercicios de batallón. Más allá se veía un grupo en camiseta que practicaba gimnasia como un solo hombre, de manera impecable. Allá al fondo se divisaban aviones formados en perfecta fila; en cada uno parecía haber alguien limpiando o probando el aparato.

—Ya voy conociendo la vida que haré antes de ser piloto —pensaba Perico mira que te mira. Y cuando un cadete tocaba la corneta algo se le volvía grande en el corazón y sentía como un llamado a combate contra algún enemigo.

Estaba feliz imaginando que ya tenía el doble de edad y que con dieciséis años formaba parte del cuerpo de la escuela, cuando se abrió su puerta.

—Hay un llamado para usted —dijo una voz de tiple con tonos de bajo, casi como si dos hablaran a un tiempo—. Aquí le traigo el teléfono por orden de mi capitán Álvarez...

Junto al velador de la botella con vaso enchufó un alambre negro y le pasó el fono a Perico, que parecía asustado. Era primera vez que tenía un auricular en sus manos.

—Di "aló" —le sopló el cadete adivinando su problema.

—Aló —dijo Perico y escuchó al otro lado la voz del capitán.

—¿Me escuchas bien, Perico? Quiero contarte un poco lo que pasa... Fue encontrado el 628 en las playas de Ritoque. Es una playa cerca de Quintero y Valparaíso. Está bajo custodia y ha sido revisado por si hubiera una bomba u otra cosa. Apparentemente está todo el equipaje de los pasajeros y lo único que falta es el piloto-pirata y la metralleta propia del aparato... Ahora dime cómo estás.

—Bien, mi capitán, y quiero juntarme con usted.

—Escucha, el pirata anda suelto. No le resultó tirarse a los pasos de la cordillera y ha venido aquí para ver modo de embarcarse en algún barco o lanchón... Por supuesto que no ha sido visto, pero la marina y nosotros custodiamos y patrullamos todo. Mientras no sea ubicado hay peligro en cada esquina y no quiero arriesgarte. Apenas tenga otra noticia, me comunicaré contigo. Mantén contacto con el teniente Pérez, que es ahora tu guardián —la comunicación se cortó. El cadete se había ido y ahí quedó Perico con el teléfono en la mano.

—¿Cortó? —dijo una voz chata y el aparato quedó mudo.

Sin saber qué hacer, Perico ensayó cómo colgar

el fono hasta lograrlo. Lo levantó para asegurarse de que estaba bien y una voz muy cerca de su oreja dijo:

—¿Número? —Perico no contestó. De nuevo la voz dijo—: ¿Número? —y luego—: ¿Desea algo, señor?

—Sí. Quisiera desayuno... —dijo sin darse cuenta.

—Inmediatamente lo hago subir —contestó la voz con eficiencia.

Al poco rato golpearon la puerta y entró un muchacho con una enorme bandeja que colocó sobre la mesita-escritorio. Luego le alargó un papel a Perico:

—¿Me firma, por favor?

En la bandeja había de todo, hasta huevos, mermelada y pan tostado. Perico se sintió grande y maduro, un teniente quizá, solo ante su bandeja con rico desayuno. Sirviéndose y riendo, lo sorprendió un golpecito en la puerta.

—¡Adelante! —dijo maquinalmente y apareció el teniente de la víspera. Se saludaron muy amigos y Perico le contó del llamado por teléfono del capitán Álvarez.

—Lo único malo —comentó Perico— es que me dijo que yo tenía un guardián, y eso me cae tremendo. Es un tal Pérez y ni sospecho su cara...

—¿Por qué te cae tremendo un guardián?

—Es como estar preso y yo eso no lo aguanto...

—No es como estar preso, Perico. Es tener alguien que te pueda ayudar o por último llevarte donde está Álvarez.

Perico se lo quedó mirando fijo. Pasó un largo minuto...

—¿Sabe una cosa? —dijo Perico por fin—. ¡Que me cayó la teja! El guardián Pérez debe ser usted...

Se dieron un estrechón de manos y salieron juntos del dormitorio.

—Ahora serás tú mi guardián —dijo el teniente Pérez—, porque me acompañarás a todos mis quehaceres...

Los trabajos del teniente Pérez, que para él eran rutina, le parecieron fascinantes a Perico. Hasta las clases que dio a los novatos le interesaron tanto que tomó algunas notas. También le tocó asistir a clase de música y no resistió la tentación de pedir prestada una corneta para ensayar y, cosa rara, no le costó aprender a sacarle el sonido y dar las notas que sonaban a juicio final. Mientras soplabla, pensó:

—Suenan tan fuerte que quizá Mirasol escuche mi llamado allá en la isla del brujo...

Pasada media tarde, se le acercó un cadete:

—Hay un llamado para ti en la cabina tres —dijo indicando un cuartito diminuto casi de puras ventanas. Perico dio un salto:

—¿Es mi capitán Álvarez? —preguntó con la cara radiante...

—Dijo ser el piloto Rojas...

—Dile que no me encuentras —y echó a correr hasta perderse entre los numerosos edificios de la escuela.

Al poco rato oyó que lo llamaban por los parlantes; era la voz del teniente Pérez.

—Llamando a Perico, que se presente en el *hall* central.

Escuchó dos veces antes de decidirse a buscar el *hall* central. Le pareció imposible encontrarlo desde el laberinto de edificios y tuvo que salir afuera, a los patios, y entrar por la puerta principal. Ahí estaba el teniente Pérez esperándolo con un par de oficiales.

—No te preguntaré dónde estabas porque ni tú debes saberlo. Vamos al aeropuerto para que tomes el avión a Valparaíso.

Partieron en un auto, en compañía de los oficiales; uno de ellos iba manejando, Perico se sintió más a gusto que en su salida con Papirote. De pronto cruzaron un puente.

—¿Por qué hay un puente aquí? —preguntó.

—Bueno, para cruzar el río Mapocho...

—¿Río? —Perico se rió—. ¿Con esa cosquilla de agua cómo puede llamarse río, y más amurallado que un estero?

—Aunque no lo creas, algunos inviernos se sale de madre —comentó el teniente Pérez.

El camino a Cerrillos, con sus calles animadas de avisos luminosos, terminó por conquistar a Perico, que al bajar en la losa para embarcar dijo:

—¡Valía la pena conocer Santiago!

39 El puerto de pie

El avión-correo en que el teniente Pérez embarcó a Perico iba con destino a Rodelillo, en Valparaíso. Se juntaría con el capitán Álvarez en la Escuela Naval. Aunque era un avión biplaza, de un motor, tenía que cumplir la orden general de mantenerse en contacto con la torre de control y estar recibiendo por radio las instrucciones sobre la Operación Pirata.

—El vuelo es corto porque Chile es angosto —pensó Perico desde el aire. En el momento en que iban a aterrizar en Rodelillo, la voz del transmisor ordenó:

—ATENCIÓN, todos los aparatos en vuelo que participan en la Operación Pirata deben dirigirse a la base de Quintero.

—Nos cambian la ruta —suspiró el piloto—. Pero podremos ser útiles...

Y viró la nariz del aparato hacia el norte. Alcanzaron apenas a divisar las luces del puerto, que parecía estar de pie frente al mar. Los barcos iluminados se duplicaban en los reflejos del agua oscura y Perico se maravilló por el juego de estrellas del mar, del cielo y la tierra.

A medida que se acercaban a Quintero, otras

luces seguían la misma ruta que ellos.

—Otros pájaros obedecen la orden, ojalá haya cancha para tantos en la base —comentó el piloto.

Sobrevoló la pista larga que se adentraba en el mar, llena de pájaros plateados. Aterrizó en la cancha y se alineó en el último rincón de la pista. Se dirigieron en seguida hacia la playa de Ritoque, en un vehículo, y vieron que estaba iluminada por toda clase de focos y repleta de jeeps y otros transportes militares. Un grupo de hombres se acercó a recibir al piloto y su compañero.

—Se rastrea la zona... —dijo un teniente—. Hay peligro; este chico no debiera estar aquí.

Había un reproche en el tono del aviador militar.

—Obedecí una orden, a pesar del muchacho, porque quiero encontrar aquí al capitán Álvarez, a quien tengo que entregarlo.

—Álvarez acaba de embarcarse en una lancha a motor hacia la isla de Los Pingüinos. El pirata, después de casi sepultar en la arena de la playa el 628, trató de embarcarse en un bote pesquero. Cuando vio venir la operación rescate, se perdió entre las rocas y se tiene la sospecha de que haya podido refugiarse en esa isla. De noche es difícil verlo.

—¿Y el 628?

—Los camiones grúas actuaron a tiempo y lo llevan hacia Quintero. Se estaba hundiendo y ya subía la marea. Con un remolque y muchas palas logró salir medio cojo. Pero está en buen estado general.

—Me habría gustado ver salir al pajarón —pen-

só Perico, mientras bultos negros de hombres, en la playa, concentraban su atención en el peñasco de Los Pingüinos, que se distinguía blanqueado, iluminado por los focos.

—Álvarez está a cargo de los hombres-rana que van a agarrar al pirata. En la playa o en el islote, será fácil apresarlo. No tiene cómo esconderse aquí.

El piloto decidió enviar a Perico al puerto en un transporte que partía hacia allá.

—Espérame en la Escuela Naval. Tengo encargo especial de mi capitán Álvarez de dejarte en lugar seguro mientras cumple su misión. Allá te alojarán. Adiós, Perico, y gracias por tu compañía.

El muchacho se vio embarcado en un gran camión del ejército y junto a un chofer militar. No había más que obedecer.

Al día siguiente, lo despertó la propia voz de su amigo, el capitán Pedro.

—Por fin te encuentro, Perico, aunque te aproveche poco tiempo... Apenas logre apresar al pirata, tendré que volar al sur. ¿Quieres volver a tu tierra?

—No, mi capitán. Gracias a usted ya he conocido la mitad de Chile, pero me falta todavía: quiero llegar hasta la punta de arriba.

—Ningún problema, Perico. Justamente vino a verme un viejo compañero de armas que ahora es camionero. Lleva y trae carga del norte y con él irás muy seguro...

Y a pesar de sus muchas obligaciones, el capitán Álvarez llevó a Perico a casa de su amigo, mostrándole antes, muy de cerca, el puerto, con

sus muelles y su espigón de atraque, donde se mecían blandamente toda clase de barcos. Entraban o salían algunos con banderas desconocidas para Perico, quien no sabía si seguirlos con la vista o examinar más de cerca las maniobras y afanes portuarios.

—Vamos andando —interrumpió sus sueños el capitán—, tengo que volver a la base...

Subieron a los empinados cerros en uno de los famosos ascensores porteños que se afirmaban en las altas rocas. Treparon por largas escaleras, muy empinadas, de pintorescos nombres. Miles de casas pequeñas se apretujaban estrechamente para no resbalar. Tenían flores y plantas cuyas raíces servían de cimiento.

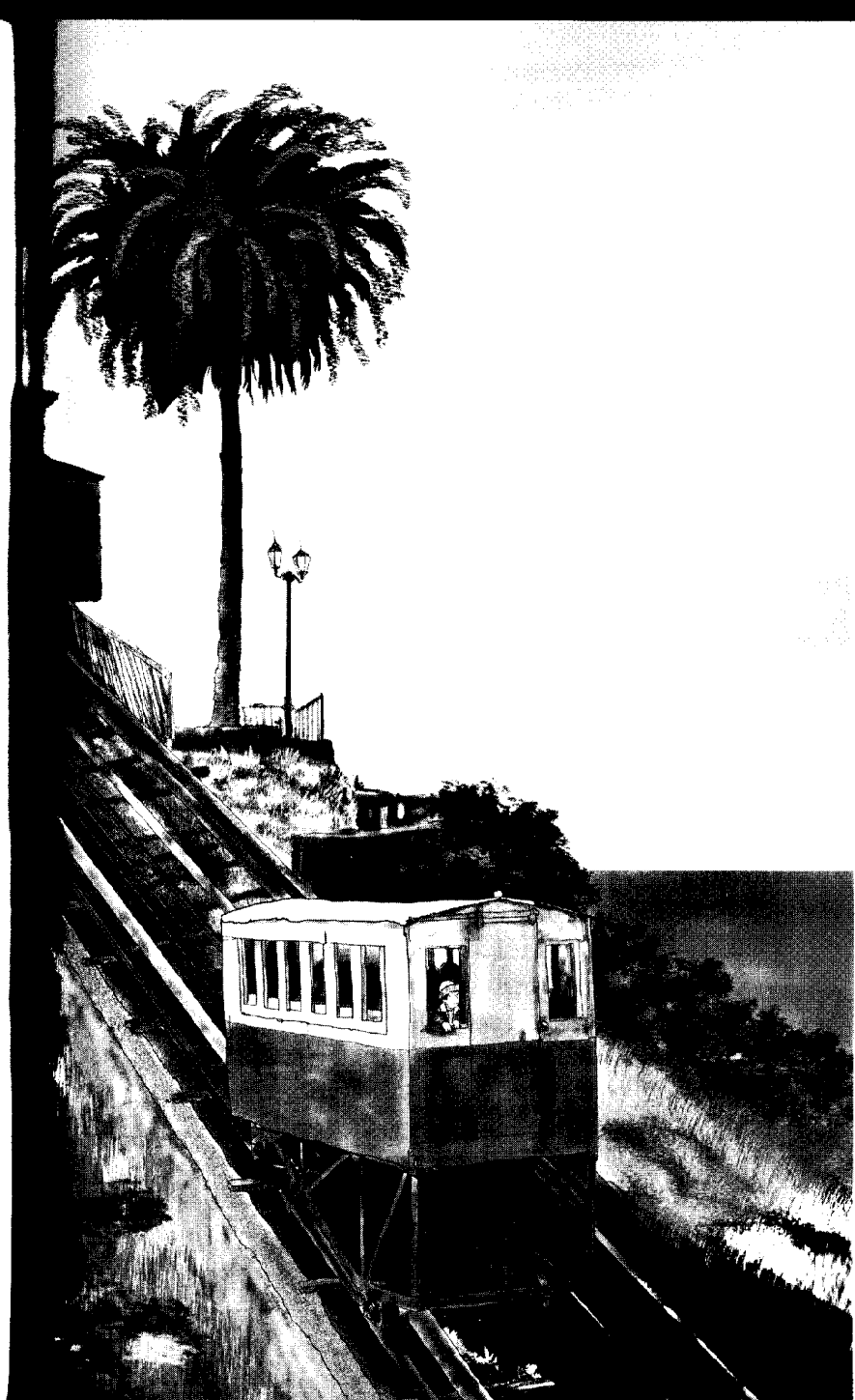
Cuando llegaron a lo más alto, el capitán le enseñó a Perico la bahía del puerto.

—Ahora mira este laberinto de cerros y sus viviendas. Hay pocos puertos como este; de pie ante el mar. Tiene enorme vida y gran población. Afortunadamente, ahora hay caminos por encima de los cerros y sus trabajadores cansados no tienen que trepar como nosotros. Hay micros que los dejan cerca de sus casas.

Caminaron por callejuelas increíblemente pintorescas que serpenteaban entre las casas, colgando para mirar el mar.

Llegaron donde el amigo camionero: el Marsopa. Su casa era escalonada, pellizcando el cerro para no derrumbarse, un cuarto sobre el otro...

El Marsopa era gordo y acogedor y recibió el encargo de llevar al norte a Perico casi como un



honor por la confianza que depositaba en él su amigo Álvarez.

—Lo cuidaré como si fuera tu hijo —le aseguró.

La despedida del capitán y Perico fue un apretado abrazo, prometiéndose que volverían a encontrarse.

—¡Si tú no vienes a verme, iré yo a verte a ti! —dijo Pedro al partir.

Perico quedó entre la numerosa familia del Marsopa, varios chicos de todas edades, pero entre ellos una niña de largo pelo color miel y ojos verdes chispeantes. Perico nunca antes vio una chica tan hermosa. No podía apartar sus ojos de ella.

Después de almuerzo encendieron el televisor y Perico, que solo conocía de nombre ese invento, quedó maravillado. Mudo, guardaba sus preguntas y emociones ante el cine casero. Estaba fascinado y, cuando por fin apagaron la pantalla, se sintió caer en un extraño vacío.

La voz de don Marsopa lo trajo a la realidad:

—Antes de irte a dormir, cuéntanos algo de tu tierra —le pidió.

Y Perico se largó a contar su vida de pastor y su largo viaje. Los ojos de Paulina brillaban de admiración y esa mirada le soltaba aún más la lengua.

—Tu historia es mejor que la tele —le dijo ella, y Perico sintió que enrojecía.

—Ahora lleven a Perico a conocer el puerto —dijo don Marsopa a los mayores—. Aunque estuvo ya en el muelle con el capitán, hay mucho más que

mostrarle. Pero vuelvan antes de que oscurezca...

Bajaron por retorcidos caminos, saltando de piedra en piedra.

—Esto acorta mucho —aseguraba el mayor de los chiquillos—. Queremos mostrarte las grúas y tantas cosas.

La voz de las sirenas junto al puerto le producía a Perico una extraña nostalgia; por primera vez le habría gustado quedarse en ese lugar, en esa familia, un tiempo largo.

Mientras recorrían y hurgueteaban maquinarias y aparatos del puerto, Perico estaba triste; solo pensaba en que tendría que partir, dejando atrás todo esto.

Esa noche comieron en casa de un amigo del camionero, hombre abierto, risueño y generoso para acoger a los amigos. Había ahí entre ellos un raro personaje, flaco, sofisticado y barbudo, que despertó las sospechas de Perico. Era como un presentimiento de que podría ser el pirata tan buscado. Preguntaba muchas cosas y se veía a las claras que no pertenecía a la región. Con disimulo Perico le preguntó cuándo había llegado.

—Solo ayer. Soy argentino y vengo a conocer este hermoso país.

Eso avivó sus sospechas: había llegado al puerto el mismo día en que encontraron al 628 semienterrado en la playa de Ritoque.

Se las arregló para hablar a solas con don Marsopa:

—¿Qué piensa de ese argentino raro? —le preguntó.

—Bueno, no es paisano chileno, pero en los puertos, Perico, hay toda clase de tipos extraños y aventureros. Vienen y se van. No están a gusto en ningún lado...

Perico se guardó sus temores.

Al otro día, cuando iban ya camino hacia el norte, la radio del camión dio un flash: "Ha sido apresado el pirata del avión 628", y continuó la música.

40 *El pirata sonriente*

El Marsopa y su camión resultaban una feliz combinación: la carga era surtida, fresca y tentadora, y la conversación del camionero, sabrosa en asaltos, accidentes y misterios de caminos solitarios.

A ratos se divisaba la línea del ferrocarril que desaparecía tras una loma; a ratos, simplemente, el camino entre cerros amarillos o rojos con alguna palmera o grupos de arbustos y cactus.

—¿Ves esas casuchitas enanas? Son capillas de "animitas". Aquí hubo un tremendo choque de camiones, porque los choferes se quedaron dormidos, y murió mucha gente. De los alrededores vienen a encenderles velitas a los muertos que dicen son milagrosos si les rezan; así, encuentran su camino al cielo...

En Quillota recogieron cajones de paltas y chirimoyas verdes, pero hermosas. Madurarían en el viaje.

Al pasar por La Calera, Perico se acordó de la mina de carbón. Aunque era al revés y el polvillo era blanco, igual le escaseaba el aire.

—¿Qué hacen esas inmensas chimeneas dis-

parando polvo? —preguntó.

—Cal y cemento... para construir Chile —rió el Marsopa—. Porque nuestro país hay que reconstruirlo a menudo. Los terremotos van dejando huella y por donde pasamos vas viendo sus recuerdos. Hay una fosa profunda en el mar, desde Taltal a mi puerto. La hizo un maremoto. Vinieron unos sabios japoneses a estudiar nuestros mares, cerros y volcanes y anunciaron que en mil años Chile estaría hundido y apenas se verá la cumbre de la cordillera sobre el Pacífico.

A Perico se le pararon los pelos.

—¿Alcanzaremos a llegar?

—Te dije que los japoneses hablaron de mil años... Además son japoneses y no hay que creerles mucho.

Salieron de la berma y frenaron junto a una fonda con mesitas bajo un parrón donde los pizarrones anunciaban ricos guisos. Estaban en lo mejor comiendo cazuela cuando Perico sintió una palmada en el hombro y vio que un recién llegado se sentaba a su mesa.

—¡Vaya, vaya mi suerte! —decía el argentino en persona—. ¡Mi intención era alcanzarlos, y lo logré! —reía con su voz ronca—. Voy de vuelta a Argentina por el paso de Agua Negra, frente a Vicuña. Los invito a venir conmigo a conocer mi país...

—Lo conozco bastante, he ido tantas veces —dijo don Marsopa—. En camión, en mula y hasta a pie, cuando era chiquillo. ¿En qué llegaste hasta aquí?

—A dedo, como dicen los chilenos...

—Nos haces dedo y te llevamos un rato.

A Perico ese hombre le caía mal. No confiaba en él... Pero don Marsopa siempre estaba feliz de servir a los demás. Por eso intentó ayudarlo llevándolo a Vicuña.

Se detuvo a poner bencina en una bomba del camino y a revisar el aceite.

Aprovechó el argentino para comprar cigarrillos y tomarse una cerveza, sin la menor intención de invitar una bebida a los amigos que lo acarreaban.

Mientras lo esperaban, Perico le preguntó a don Marsopa:

—¿Hace tiempo que conoce a este gallo? —los ojos de Perico brillaban intensos.

—No hace mucho... Quizás unos días solamente... —contestó el camionero.

—Es que traigo un presentimiento —dijo Perico. Don Marsopa se largó a reír:

—Cabecita dura. Se te olvidó lo que oíste por radio, que lo tenían preso...

—No sé, pero la tincada me sigue...

—¡Déjate de payasadas! Crees que la vida es una película de misterio. Tanto andar con capitanes y transmisiones de radio, operativos y *custiones* te han puesto desconfiado...

Perico no quedó tranquilo y observó todo el tiempo al argentino. Al llegar a Coquimbo, en un viraje del camión, que lo tiró contra él, sintió algo duro en el bolsillo de su parca.

"¡Pistola! Y sin remedio", pensó al momento, y se dedicó a estudiar cómo prevenir el asalto y

cómo estar preparado para defenderse. No tenía una duda y, mientras el Marsopa vendía sus chirimoyas y paltas en Coquimbo, Perico se aperó echándose a sus bolsillos puñados de arena y en su bolsón de viaje algunas piedras. No le quitaba la vista al argentino, que parecía hipnotizado con los billetes que le entregaban al camionero por sus ventas.

—Tengo la mejor puntería de mi escuelita, allá en mi tierra —se animaba— y con buena puntería, uno liquida a un gigante.

Seguro y confiado, trepó al camión junto al odioso pirata.

En La Serena, el Marsopa tenía muchos amigos que lo celebraron con regalos.

—¿Vas a Elqui? ¿Puedo pasarte dos botellitas para que me las llenes de ese pisco glorioso?

Así, unos y otros hacían encargos o mandaban paquetes.

Perico admiraba su paciencia, pero también apreciaba cuánto lo querían todos por su buena voluntad... En cambio, el otro compañero, el argentino, callado y duro de huesos, se mantenía impasible.

“Debe estar planeando el asalto”, pensaba Perico, “¿dónde irá a realizarlo? Al llegar a Vicuña, seguramente, para acercarse al paso de Agua Negra y cruzar al otro lado...”.

—Oye, cuyano —el Marsopa le conversaba al pirata—. ¿Conoces el pisco de Los Nichos? Es bebida de dioses, y conocida de pocos.

—He oído hablar de él. ¿Eso queda antes o después de Vicuña?

—Lo haremos quedar antes para que te vayas más contento, y con pisco.

Perico miró al pirata, que con su eterna sonrisa plástica fijaba la vista al frente, tranquilo, seguro de escapar a la red que lo perseguía. Esa sonrisa permanente era exasperante. De pronto, en un sendero desierto, pidió al camionero que se detuviera un momento por una necesidad urgente.

Perico le dio un codazo al Marsopa y le guiñó un ojo. Era el momento de huir, dejando al argentino que buscara su paso al otro lado. Pero el camionero no entendió.

—¿También quieres bajar? —le preguntó, inocente.

—¡Sí, bajará lo quiera o no! —dijo la voz del argentino con acento muy chileno, apareciendo cuando menos lo esperaban, y sacando su pistola encañonó al Marsopa. El camionero lo miró sin comprender si se trataba de una broma.

—¡Andando! —ordenó el pirata—. Me llevarás a la frontera ahora mismo —y apretó su pistola en el pecho grandote del Marsopa.

Por fin el camionero pareció comprender la gravedad del momento y perdió sus colores. Echó a andar el motor nerviosamente mientras Perico se daba cuenta de que a él le tocaba actuar, ya que don Marsopa tenía la pistola al pecho y el volante en las manos.

Con disimulo metió su mano al bolsillo y sacó un puñado de arena que tiró a los ojos del pirata. Y antes de que este lograra abrirlos, le tiró otro puñado a la cara. Mientras el hombre maldecía



tratando de ver algo, sacó su bolso con piedras y lo dejó caer con fuerza en las manos asesinas, que soltaron la pistola.

Don Marsopa había reaccionado y se adueñó del arma, con la que encañonó al bandido aún medio ciego. Detuvo su camión, que ya iba a un precipicio, y le ordenó a Perico que atara las manos del pirata a sus espaldas. Perico era experto en nudos marinos y se las dejó tan apretadas que no las soltaría cualquiera. El pirata lloraba su arena en los ojos sin poderlos limpiar, pero así y todo trató de lanzarse fuera del camión.

—¡Oye, gallo! —le dijo don Marsopa—, tú no ves que te tengo el arma en un pulmón. Mejor te quedas quieto...

Perico, entretanto, usó el cordel de remolque del camión y le ató los pies firmemente. Don Marsopa echó a andar el camión.

—¡No sé de dónde saqué fuerza para amarrar ese medio cable! ¡Seguramente fue el susto que me volvió un Sansón!

Dominado y vencido, el pirata no apartaba sus ojos de la pistola ahora en manos de Perico, tramando seguramente cómo hacerla saltar lejos. Pero antes de lograrlo, llegaron a un retén, donde entregaron al bandido en buenas manos. Desde ahí se comunicaron con la comisaría correspondiente para hacer la denuncia. Ellos enviaron personal y carro blindado para recoger al pirata buscado.

Cuando partieron, después de explicar cada detalle de la captura, ya en paz, dijo el Marsopa a Perico:

—¡Vaya tincada la tuya! Yo no le creía mucho al capitán Álvarez cuando me dijo que le habías salvado la vida... Pero ahora salvaste la mía y capturaste al pirata. Tienes narices de sabueso, Perico, y eres valiente.

—Tal vez llegue a ser detective algún día —dijo Perico.

41 Premio con estrellas

El viaje continuó sin problemas. Don Marsopa hizo sus negocios y luego le mostró a Perico la ciudad de Vicuña y la casa donde nació Gabriela Mistral, transformada ahora en pequeño museo.

—Yo sé que a ella, la gran poetisa, le gustaba más Monte Grande, donde pasó su niñez y vivieron sus padres y amigos.

—¿Por qué no le gustaría Vicuña? Yo la encuentro linda —exclamó Perico.

—Ah, porque cuando tuvo que venir a la escuela de Vicuña, más grandecita, la acusaron de ladrona, siendo inocente. Y no supo defenderse, por timidez. Y sus compañeras le tiraron piedras por la calle. Un mal recuerdo puede hacer odiar una ciudad, una casa o un país. Y fue por esto que ella pidió que la enterraran en su pueblo del buen recuerdo, su Monte Grande, al fondo del valle del Elqui.

El camionero había decidido darle una agradable sorpresa a Perico:

—Vamos a dar una vuelta por los alrededores. Hay algo que quiero mostrarte.

El camino iba subiendo por cerros muy pe

lados, de tonos y colores distintos, que hacían fantástico el paisaje.

Oscurecía cuando llegaron a una barrera con lucecitas rojas. Junto a ella una casita de portería de la cual les salió al encuentro el cuidador que oyó acercarse el camión. En esas soledades, se anunciaba desde lejos un visitante con el ruido de su motor, rompiendo el silencio.

Don Marsopa frenó esperando que se acercara el portero.

—¿Quién vive? —preguntaba su voz en la semioscuridad.

Perico advirtió que el hombre traía un loro en su hombro, que repetía como un eco su “¿quién vive?, ¿quién vive?”.

—Somos nosotros, viejo chocho... —don Marsopa saltó al suelo para abrazar al anciano, y le presentó a Perico.

Conversaron animadamente de mil cosas.

—Mi loro es gran compañía, pero es mejor la tuya —decía el viejo—. Hace hartito tiempo que no venías al Tololo.

Perico paró la oreja. El nombre del Tololo le sonaba, aunque no sabía por qué.

—¿Nos dejarás entrar? Este Perico quiere ver las estrellas —y puso en manos del viejo un par de botellas que le había traído.

—Claro que sí, a un amigo mío tienen que recibirlo los gringos de todos modos.

La barrera fue abierta y entre grandes señas al viejo con su loro, subieron una empinada cuesta con precipicios de mil metros. De pronto,

se encontraron en un lugar que parecía de otro planeta: una enorme terraza, en la cima del cerro Tololo, donde se elevaban seis misteriosas cúpulas, una de ellas de la altura del edificio más alto de Santiago. Sobre ellos brillaba un cielo clarísimo, repleto de estrellas. Perico nunca había visto tantas.

Se les acercó un gringo muy sonriente.

—Bienvenidos al observatorio del Tololo —dijo el gringo en perfecto español—. Yo mismo les mostraré las estrellas que quieran ver.

Perico no se dio cuenta del significado de estas palabras, hasta que el gringo dijo:

—Aquí está el telescopio más grande del mundo.

—¿Y veremos también platillos voladores? —preguntó Perico alborotado.

El astrónomo rió.

—Sería muy buena suerte... A lo mejor logramos fotografiarlos.

Entraron en una inmensa cúpula con aparatos extraños cuyo techo redondo le hizo pensar a Perico en el interior de un huevo gigantesco. El astrónomo empezó a explicar y mover manivelas y misteriosos botones. Todo funcionaba en silencio.

Perico vio abrirse la cúpula y enfocarse un enorme telescopio.

Todo eso lo hacía sentirse un poco mago... Estaba en un mundo espacial, una especie de satélite.

—¿Qué estrellas te interesan? —le preguntaba el sabio.

—El volantín —no vaciló Perico en contestar.

—Sin duda te refieres a la Cruz del Sur —el

gringo enfocó hacia ellas el objetivo—. ¿Por qué esa predilección?

—¡El volantín me ha acompañado a lo largo de Chile, siempre! Nos hicimos amigos allá en mi tierra cuando salía oscuro con las ovejas de mi padre... También descubrí entonces ese río de estrellas.

Ahora miraba por el telescopio, mientras el gringo le iba explicando:

—Ese se llama Vía Láctea y es parte de nuestra propia galaxia. Los pastores fueron los primeros astrónomos en la Antigüedad; también ellos vigilaban su ganado en la noche y contemplaban el cielo. Así descubrieron las constelaciones, estrellas que, aunque están muy distantes entre sí, forman como figuras a las que pusieron nombres, igual que tú a la Cruz del Sur.

Don Marsopa no se quedó atrás y los tres se instalaron en el observatorio.

—Verás una de las veinte estrellas más brillantes, se llama Alfa y es de la Cruz del Sur.

Cuando el enfoque estuvo perfecto, Perico se colocó en el asiento al extremo del telescopio y descubrió que Alfa era ¡una estrella doble!

—Pero ¡veo dos estrellas! —exclamó.

—Así es, Perico. Muchas de las estrellas más brillantes son dos en lugar de una. Nosotros, a simple vista, las vemos como una sola.

Luego, observaron los anillos de Saturno, algunas lunas de las numerosas que tiene Júpiter y de pronto...

—¡Otra Tierra! —gritó con miedo Perico—. Veo

otra Tierra con ríos, con manchas... ¡Y es roja!

—Ese es nuestro pariente, el planeta Marte. Lástima que sea una tierra vacía, sin agua, aunque sus polos se hielan.

—¿No hay marcianos? —preguntó Perico, desilusionado.

—Aún no se ha descubierto rastro de vida en su superficie, pero bajo ella no se sabe lo que puede haber.

Estuvieron largo tiempo escudriñando todos los rincones del firmamento, hasta que empezó a aclarar.

—No vimos la Luna —se asombró entonces Perico.

—Las noches de luna son las grandes enemigas de los astrónomos porque nos impiden ver claramente el cielo. Por suerte a ustedes les tocó sin Luna.

Se despidieron muy agradecidos. En la barrera estaba el anciano con su loro chillón, seres de esta tierra que daban la pasada a un lugar que parecía un planeta más en el cielo.

42 El pueblo fantasma

Partieron de madrugada al día siguiente, atravesando minerales de hierro y plata, ahora abandonados. Solo se divisaba el desierto, que era inmenso, sin fin.

—Cuando llueve aquí, la arena se llena de flores coloridas. Los ratones se multiplican y también los lagartos. Entre estos, un animal muy raro que llaman el “culebrón” y que es famoso porque cuando aparece muestra el lugar donde hay escondido algún tesoro.

—¿De verdad? —preguntó Perico—. Hay tantas leyendas...

—Creo que de verdad, porque esta es la tierra de los mineros. Aquí empiezan a escarbar los pirquineros por si dan con algo. Algunos han encontrado minas de oro y plata y otros han muerto, quizá de sed, escarbando sin descubrir nada... El desierto es inmenso, Perico, y el viento baila solo, haciendo remolinos en espiral. Los veremos en la pampa del norte grande, que tiene muchos misterios.

El silencio cayó entre ellos como la camanchaca. Se veía muy poco y los faros altos eran de escasa

ayuda. Había que ir a la vuelta de la rueda.

—Nos ha envuelto la camanchaca, pero se volverá al mar donde pertenece. Verás como de repente aparece el sol radiante.

Hacía calor y Perico se sentía como flotando en el espacio y entre nubes... Solo que el camión comenzó a dar brincos, cayendo en hoyos y estrellándose contra peñascos.

—Claro, ¡me salí de la ruta! —dijo el Marsopa enojado.

Se detuvieron para almorzar. No había apuro y el camionero se bajó para orientarse y saber dónde estaban.

—¡Ven, Perico! —lo llamó de pronto—. Corre a ver este pueblo abandonado.

—¿Es un pueblo fantasma? —preguntó el niño electrizado.

—¡Quizá! Por aquí hay muchos... Esto fue antes la riqueza de Chile: el salitre. Lo compraba el mundo entero para abonar la tierra. Había pueblos y oficinas y trabajo para miles. Pero un alemán inventó un día el salitre sintético y se acabó el trabajo, las oficinas, la riqueza. Esto quedó abandonado, ya no servía. Por eso dicen que penan y brotan pueblos fantasmas...

Recorrieron las calles con escombros, las casitas a medio derrumbar y la pequeña iglesia, que aún quedaba en pie, con su torre y sus puertas de par en par como si fuera domingo. Y junto a ella, un cementerio con sus cruces caídas y nombres borrados.

El camionero y Perico entraron a las casas

curioseando. Quedaban restos, vidrios, tarros y alguna imagen pegada en las paredes.

Caminaron por la única calle terrosa, y les parecía que se iba a abrir una de las puertas o las ventanas cerradas y alguna voz iba a llamarlos. En ese momento, como si sus pensamientos se hicieran realidad, la campanita de la iglesia empezó a tocar lenta y cristalina.

Don Marsopa fue el primero en reaccionar:

—Es el viento, Perico, el viento que viene del mar. Vamos a visitar la iglesia, ya que su campana nos llama.

Se sacaron los gorros al cruzar la hermosa puerta de viejas maderas, con sus rastros de pintura azul y rosada. No tenía techo y sus paredes se veían semidestruidas. El altar estaba desnudo; sobre él, colgando de la pared del fondo, había un crucifijo sin imagen.

—Reemos —dijo don Marsopa—. Alguien ha querido que entremos a esta iglesia a rezar por los muertos, olvidados igual que el pueblo.

Mientras rezaban, el viento se hizo más fuerte y la campana no dejó de sonar por un buen rato, como agradeciendo la presencia humana.

Salieron y se alejaron del caserío, escuchando cada vez más suave el tañer de la única voz del silencioso y desolado lugar.

Hasta que llegaron al camión no se dieron cuenta de que la camanchaca se había levantado y pudieron dar la vuelta y seguir su viaje con un sol esplendoroso, pero con el alma aún llena del misterio del pueblo abandonado.

43 La chicharra en el camino

Al pasar por Vallenar, se detuvieron a llenar el estanque de bencina.

El amplio valle del río Huasco se veía todo verde, plantado de huertas frutales; Perico se sintió feliz de llegar a un lugar donde había gente de verdad, que caminaba por las calles y poco a poco se le borró la impresión tan extraña que le había dejado el pueblo fantasma.

Entre los que iban y venían, don Marsopa le mostró algunos pirquineros, hombres que recorren las pampas y las viejas minas buscando plata y oro. En cuanto juntaban algo de fino mineral, lo vendían en los pueblos y se gastaban la ganancia en fiestas.

—Querría conocer a uno de ellos —dijo Perico—, y descubrir una mina de oro puro.

—No, Perico. Esos viven embrujados por las piedras.

Don Marsopa aprovechó de preguntar entre sus conocidos cómo se llamaba el pueblo abandonado por el que habían pasado recién. Nadie sabía de él ni tenían idea de que existiera. Cuando treparon al camión para continuar viaje, don Marsopa

comentó a Perico:

—Harto raro me parece que nadie sepa de ese pueblo donde nos tocó la campana de la iglesia.

—¿Usted cree que era pueblo aparecido, no más?

—No sé, pero me da un pálpito raro que ninguno de aquí sepa, cuando no está tan lejos de esta ciudad.

—A mí también me da algo raro —murmuró Perico, sintiendo que sería fantástico haber visitado un pueblo fantasma de verdad.

Camino hacia Copiapó, los dos iban silenciosos; era pasado el mediodía y tenían hambre, pero el camionero quería almorzar en Copiapó para descansar.

Un hombre con un saco al hombro les hizo dedo a la orilla del camino.

—Ahí está lo que tú querías, Perico: un pirquinero —exclamó don Marsopa riendo.

Frenó lentamente su gran camión y convidó a subir al desconocido.

—Gracias, amigo —dijo el pirquinero con una voz ronca y suave, como si se la hubiera pulido el silencio de las pampas—. Soy el Chicharra, porque cuando me encuentro un pepón de oro me voy a Copiapó y no paro de cantar y meter bulla hasta que vuelvo a ser pobre y callado.

El hombre era muy alegre, y no tardaron en hacerse amigos. Entonces don Marsopa le contó lo que acababa de pasarles con el pueblo desconocido.

—Con Perico lo visitamos entero; rezamos en la capilla y la campana, dele que suene no más. Y nadie sabía en Vallenar de este pueblo. Y usted,

que es el más baqueano de toda la zona, podrá decirnos qué pueblo sería ese.

El Chicharra se rió:

—Esos pueblos los trae y se los lleva la camanchaca —dijo—. Hay muchos misterios por estos lugares y más al norte, apariciones que pasan a cada rato. Dicen que es por la soledad, por el desierto, pero yo creo que es la camanchaca. Sale del mar, que está lleno de muertos, de barcos hundidos, de pueblos enterrados, de quizá cuándo, y se trae entre sus nieblas enredadas las apariciones para que la gente rece por los olvidados. Eso creo yo.

—Soy duro para creer en ánimas —dijo el camionero—. A la vuelta buscaré ese pueblucho para sacarme las dudas de una vez.

El Chicharra movió la cabeza y Perico deseó que no lo volviera a encontrar jamás. Así podría contar, cuando volviera a su tierra, que estuvo en un pueblo tan fantasma como el Caleuche.

—Y ahora, ¿va a Copiapó a gastarse algunas pepas de oro?

—Voy a Paipote. Llevo unas muestras de mineral de hierro.

Al mirar por la ventanilla se veía puro desierto y campamentos mineros abandonados.

—Cuéntese alguna historia de sus andanzas, Chicharra —pidió el camionero, que se aburría manejando.

—Como me dicen Chicharra, usted adivinó que me gusta hablar —rió el pirquinero—, y hartito también me gusta acordarme de cuando era un cabro, como su compañero...



Hizo una carraspera para entonar la voz y comenzó a contar:

—Vivíamos en un pueblito cordillerano, Chalingüita. Yo cuidaba las cabras de mi padre. ¡Cabras más trepadoras eran esas! Me creo que eran argentinas por su afán de subir cordillera arriba... Y eran tontas, ¡porque en lo alto había nieve! ¿De qué les sirve a las cabras la nieve, dígame? Yo andaba correteando a la más loba cuando me cayó de repente una sombra encima. "Chitas, la sombra helada", pensé y miré arriba. Quién le va a decir que eran un par de tremendos cóndores con las alas del porte de un avión y unos picos filudos como tenazas. Venían por mi cabra... O quizá creyeron que ella se había metido en su propia casa. Total, querían robármela. Me largué a varillazos y garabatos. Yo antes no era ronco... Uno de los pajarracos se tiró a pescar la bestia y el otro de picada se me venía encima. "Aquí va perdido el que se asusta", pensé. Yo era un cabrito, acuérdesese. Y los embrujé con gritos y ale-tazos de mi poncho. También unas maldiciones... Y se asustaron, porque dieron del cuerpo y me cayó encima. Eso me ayudó. Me lo saqué y lo disparé a su propia cara. Un cóndor es orgulloso y fue peor que un escopetazo, lo que les dolió... Mientras a ellos se los comía la rabia, pesqué a mi cabra y rodamos cerro abajo. No sé cuál de los dos quedó más machucado... Mi padre, que sintió la gritería de pájaros y chiquillo, salió del rancho y le disparó a uno. Muertito quedó el orgulloso pájaro y el otro prefirió arrancar... Con

mi padre lo clavamos con las alas abiertas en la puerta del rancho. Nunca se atrevió ni ladrón ni animal a entrar en esa casita cordillerana.

Perico se sintió transportado a su ambiente, a su tierra y a su rancho —cabras y ovejas, soledad y silencio, tierra firme... y cariño familiar.

El Marsopa detuvo el camión para dejar que bajara el Chicharra. Al despedirse, él les dijo:

—Si esta muestra me trae plata aquí en Paipote, van a saber de mí porque lo que yo gano es para compartirlo... —y se alejó con su saco.

44 *La pastora de cabras*

Copiapó, junto a su río, florecía como una ciudad milagrosa, llena de leyendas de mineros, de descubridores y antiguas grandezas.

Perico se fue a recorrer calles, ansioso de estirar las piernas y mirar lo nuevo, mientras don Marsopa negociaba, vendiendo y comprando frutas secas y “pajaretes”, que así se llaman los vinos dulces del norte chico.

Caminando de un lado a otro, Perico llegó a la Universidad Técnica, donde tenían, entre rejas, una rara locomotora.

Una placa brillante decía: “Primer ferrocarril construido en Chile, por Wheelwright en el año 1849”.

—Caramba, tiene más de ciento treinta años... y está todavía bonita —Perico se la quedó mirando con admiración.

Una mujer que pasaba trapos por los faroles, lo miró.

—Yo la cuido y la hago brillar —dijo la anciana—. Soy la encargada —terminó con orgullo.

—Y hartito linda la tiene. ¿Puede contarme algo de ella?

—Soy tan vieja como ella —rió la viejita arrugando más su cara al sonreír—. Dicen que Almagro fue el primero en llegar a Copiapó. Tenía olfato para el oro... Años después se encontraron las minas de oro y plata y los que descubrieron esas minas levantaron la ciudad. Un gringo, tú puedes leer su nombre, yo no, hizo el ferrocarril y esta fue la primera locomotora que empezó a acarrear el mineral para embarcarlo en el puerto de Caldera.

—¿Ese caballero descubrió las minas?

—No, patroncito. La mina la descubrió una pastorcita india que se llamaba Flora Normilla. Pero guardó el secreto hasta que creció su hijo, ese Juan Godoy que está ahí encaramado en una estatua. Y cuando el Juan Godoy fue capaz de chucear el suelo, su madre le mostró el lugar premiado... El Juan, ayudado por su patrón, por allá por el año 1832, trabajó la mina que fue la famosa Chañarcillo. La más rica en plata de toda esta zona. Un verdadero tesoro...

—¿Así que el Juan Godoy fue millonario?

—Perico se quedó mirando la estatua de bronce, que se divisaba lejos.

—No, él murió pobre... Se farreó la plata. Menos mal que su patrón le compró tierras cerca de La Serena, así que algo le dejó a su familia...

—¿Hay plata aquí todavía? —preguntó Perico esperanzado.

—Muchos antes que tú rastrearon y se llevaron lo que quedaba.

—Creo que la que merecía esta estatua era la

pastorcita india Flora Normilla —dijo pensativo.

—Una estatua a ella le da igual... Pero debe gustarle que una vieja la recuerde y le cuente a un niño lo que hizo por el suyo. Tú, algún día, cuando tengas cien años como yo, le contarás a tu nieto quién era Flora Normilla.

Perico miraba las profundas arrugas de la anciana, y sin darse cuenta se pasó la mano por su cara tan suave.

—Quizá sea otra leyenda —dijo a media voz.

El rostro de la anciana se puso duro:

—Esto es la pura verdad. ¡Tú debes distinguir una leyenda de una historia, chiquillo! —y volvió a su tarea de sacar brillo a los faroles de la locomotora. No le dio más la cara a Perico y él tuvo que marcharse sintiendo que la había enojado.

45 *El gran desierto*

Cuando salieron de Copiapó, don Marsopa dio un suspiro:

—De aquí en adelante, puros peladeros, Perico. Se acabaron los valles con sus ríos y sus vegas que dan exquisitos vinos y piscos.

—¿Cómo vive la gente si no hay ríos?

—Hay poca gente. En algunos puertos, desalan agua del mar. En otros, viven de pozos subterráneos; en Antofagasta, traen agua de la cordillera. Hay un solo río, el gran Loa, que cruza todo el desierto y se da una tremenda vuelta en forma de "V".

—Dejaremos atrás Chañaral, que es el puerto por donde embarcan todo el cobre de Potrerillos y El Salvador. Los cerros más altos brincan por esta cordillera de metales y de todo el mundo vienen a escalar esa montaña que se llama Ojos del Salado y que tiene seis mil novecientos metros de altura. La más alta de la cordillera chilena y apenas cien metros menos que el Aconcagua.

—¡Yo sabía que el Aconcagua es el más alto! —dijo Perico.

—Sí, pero no es chileno. Es argentino. De ahora

en adelante convérsame, Perico. No dejes que me duerma. Manejar por lugares solitarios da sueño y en un momento estás patas arriba y a lo mejor en el otro mundo...

Era noche oscura cuando don Marsopa dio el primer cabeceo, ahí mismo pararon, en medio de la soledad inmensa; encendieron las luces de emergencia y, por si acaso, el camionero dejó a mano su revólver.

—Menos mal que se puso desconfiado —pensó Perico, enrollándose para dormir.

Fue el primero en despertar. Aún era de noche y a su alrededor la pampa brillaba de modo fantasmal. Le pareció que así debía ser la Luna o ese planeta Marte que vio por el telescopio.

El silencio le hizo recordar su tierra y le entró como una cosquilla de moverse, de zarpar hacia el sur y tocar de nuevo los pastos ásperos de su tierra. Empezó a ver extrañas sombras y, aunque no era miedoso, la pampa se le figuró como un inmenso cementerio de mineros y pirquineros perdidos.

Al fondo del camino, aparecieron dos focos grandes y varios pequeños, de color rojo.

—¿No será un platillo volador? —se dijo.

Las luces se acercaron rápidamente y un gran camión frenó junto a ellos:

—¡Eh!, ¿están en pana? —rugió más que gritó la voz de un hombronazo.

Don Marsopa despertó sobresaltado:

—No, compañero, gracias. Estábamos echando un sueñecito.

Y ahí se reconocieron los dos amigos y conversaron un rato. El camión, que iba hacia el sur, partió.

—Es una gran cosa que los camioneros seamos amigos. Nos ayudamos —exclamó el Marsopa.

—Alcancé a creer que era un platillo marciano —suspiró Perico.

—Te quedaron gustando las apariciones... Por mí, ya no quiero más fantasmas —dijo don Marsopa muy serio—. Por esta aburrida pampa llegaremos a Antofagasta. No te olvides de tenerme despierto... ¡Ah! Y también allá, cuando vayamos al mercado, acuérdame de comprarle un collar a mi Paulina... Aunque es cabrita como tú, como buena mujer, le gustan las chacharachas —don Marsopa le pegó una mirada a Perico, que enrojeció. ¿Habría adivinado el viejo que a él le gustó Paulina?

Siguieron por el monótono desierto, aunque Perico admiró el amanecer, viendo teñirse las montañas de rojo, de amarillo, de verde y azul, sobre el fondo desértico.

Al mediodía llegaron por fin a Antofagasta, que abrió sus calles de gran ciudad y puerto importante del norte. Cruzaron muchas líneas de ferrocarril y se fueron derecho a la playa Hornitos, donde se bañaron libres del tiempo, del sueño y del viaje. El mar, de un azul profundo, tenía olas grandes y espumosas.

—Es mi primer baño de mar —confesó Perico, tanteando las arenas del fondo y sintiendo miedo de las olas.

—Entonces voy a bautizarte con una "china" —alborotó don Marsopa, más parecido que nunca a su tocayo marino.

Perico, que no tenía idea de lo que "china" significaba, creyó morir ahogado; aleteó y tragó mucha agua salada, mientras el camionero resoplaba, feliz:

—¡Yo te bautizo en el océano Pacífico!

Perico decidió que apenas llegaran a Calama tomaría su propio rumbo, porque don Marsopa, aunque buena persona y simpático, lo tenía hostigado con sus chistes pesados.

Al otro día, temprano, ambos se dirigieron al famoso Mercado de Antofagasta, lleno de tiendecitas y de mesas que se salían del edificio, invadiendo la plaza. Allí, don Marsopa no solo vendió sus mercaderías, sino que compró a Paulina el famoso collar de piedras semipreciosas del Brasil. Además, llevó regalos para toda su familia y sus amigos. Perico también hizo sus compras, pero no se atrevió a mandarle algo a la muchacha, sino que compró un barquito que se movía en su mitad superior para llevarle a su hermano, y para el amigo piloto que tanto lo había paseado, un encendedor; y otro para su padre, que gastaba tantos fósforos, que le apagaba el viento, al fumar.

Al día siguiente, de alba, zarparon hacia la ciudad de Calama.

46 *El pucará*

El camino hacia Calama se metía por el medio de la pampa, atravesando Chile hacia la cordillera. Al fondo se divisaban enormes montañas y volcanes. A una pregunta de Perico, don Marsopa se enderezó en el asiento y asumiendo una actitud soñadora miró lejos y dijo:

—Conozco esto como la palma de mi mano... Es mi tierra y desde muy cabro fui pirquinero; por eso conozco lo que son. Recorrí este mundo buscándome un tesoro. A los veinte años me llamó el servicio y ahí conocí a Pedro Álvarez. Él me convenció de no seguir ese camino sin fin... Pero no quise ser militar y, probando esto y lo otro, me convertí en camionero. Por eso conozco hasta los volcanes, el Láscar y el Licancabur, esos; y más allá, las montañas del Tatio con sus fuentes hirviendo que se elevan al cielo al amanecer y se esconden en la noche. Se llaman géiseres y de ellos sacan energías. Esos otros volcanes, dos hermanitos, se llaman San Pedro y San Pablo. ¿Los ves? Todos ellos suben de cinco mil metros de altura. Calama y Chuquicamata, el mineral de cobre, son más bajos. Tres mil metros no más,

pero hay que tener corazón para trabajar ahí. Por eso allá no hay pulgas ni demasiado calor. Hay aire electrificado...

—¿Eso quiere decir que caen muchos rayos?
—preguntó Perico.

—Sí. Durante el invierno boliviano. Porque aquí se da ese invierno en pleno verano... Los temporales arrecian. Inundaciones, rayos, huracanes de viento. Aunque te cueste creerlo, el río Loa se sale de madre y se inundan las casas y cosechas de los que viven a sus orillas. La electricidad del aire es pura estática por la sequedad, que es mayor en la altura. Cuando trabajé en Chuqui, yo sentía corriente en las herramientas de trabajo, en las perillas de las puertas... ¡Daban chispas!

Perico escuchaba encantado.

Pasaron por un lugar donde había un sembradero de enormes piedras negras, como si una mano gigante las hubiera desparramado en el desierto. Vieron también elevarse columnas de tierra que se arremolinaban con el calor del mediodía y parecían bailar en los peladeros. Lo único que se movía en ese horizonte dormido.

—Esta pampa tiene mil senderos —dijo don Marsopa—. Huellas de seres humanos de todos los tiempos que buscaron tesoros o una salida al mar, o secretos del desierto. O quizás un oasis con agua... Aquí no llueve y a lo más se agitan las arenas con los vientos...

El viaje se hizo corto y llegaron a Calama para almorzar.

—Don Marsopa —dijo Perico—, quiero darle las gracias y despedirme porque sigo por mi cuenta. Le debo mucho y algún día quizás...

Al camionero no le sorprendió esta brusca despedida.

—¡Los chiquillos se aburren en la pampa! —dijo.

Mientras le estrechaba la mano, Perico pensaba en la chiquilla rubia que conoció en casa del camionero y que esperaba volver a encontrar cuando fuera más grande.

—Te echaré de menos, Perico —dijo el camionero con los ojos brillantes—. Fuiste un gran compañero y un astuto sabueso. Hablo del pirata. Lo trasladaron a Santiago, pero hay mucho secreto en torno al hombre. Tú tenías razón y también fuiste tú el que lo apresó, aunque solo tú y yo lo sabemos. Perico, eres muy valioso.

—Usted también, don Marsopa. Yo solo no habría podido hacerlo.

Ambos se despidieron con pena. El camionero le entregó a Perico unos billetes que le había dado el capitán Álvarez para los gastos del niño.

—Me sobraron —dijo el camionero— y te pueden servir para tu viaje. No olvides escribirme alguna vez.

Perico se alejó por las calles de Calama, donde uno que otro pimientito daba una sombra escasa.

Encontró en el camino un enorme jeep, donde un gringo vociferaba con cara muy roja:

—¡Un pioneta! ¡Contrato un pioneta para ir a pucagrá y San Pedro de Atacama! ¡Un buen pioneta, pago bien!



—¿Le convengo? —Perico se ofreció aunque encontraba muy cerrado a este gringo al que apenas le entendía.

—¿Sabes componeg pana?

—De ruedas, sí. Vengo viajando desde Valparaíso —se recomendó.

Quedó contratado y feliz de seguir viaje. Se acordó del gringo de Magallanes, de su pioneta tan bueno con él.

Mister Maller quiso ponerlo a prueba de inmediato y le encargó la compra de víveres.

Orgulloso de su misión, buscó Perico el almacén más grande y le gustó su nombre: "Cómo nos cambia la vida". Ahí compró alimentos del tipo que traían en el camión con don Marsopa. El vendedor le preguntó medio en burla:

—¿Anda buscando tesoros, el jovencito? Yo sé quien puede mostrarle dónde se encuentra el tesoro del Inca...

Perico ignoró el ofrecimiento. Otro tipo medio borracho se acercó:

—Yo soy el que puede llevarte, el único que sabe el camino. El espíritu del Inca vuela a su alrededor y no deja descubrirlo a los intrusos. Él manda tempestades y rayos que fulminan. Pero yo sí tengo permiso del Inca y puedo llevarte al cerro Escalera.

Perico quería librarse del hombre y cogió su paquete, pagando la compra. Pero el borrachín lo seguía.

—Un indio encontró ahí un llamo de oro...

—¿Llamo?

—El macho de la llama, niño. Ese lindo animal del altiplano.

Pero habían llegado al jeep donde esperaba el gringo y el borrachín se alejó. Perico trepó junto a mister Maller y partieron con todos los equipos y víveres. Llevaban hasta carpa y herramientas y Maller le encomendó al chiquillo el especial cuidado de un paquete. Perico no sospechaba qué era eso y recibió una caja muy envuelta y amarrada.

Entraron por el valle del Loa, verde junto al agua, desértico en los bordes y riscos que lo enmarcaban. Mister Maller consultaba todo el tiempo su mapa y después de saltar bastante rato en el jeep llegaron a un pueblito que se llamaba Chiuchiu, como el canto de un pájaro.

Era más bonito que Calama, con sus verdes pimientos meciéndose en el aire, sus casas antiguas pintadas a la cal y su vieja iglesia.

Maller se detuvo ante ella y le tomó fotos desde todos los ángulos. Perico lo seguía de cerca.

—Antiguo pueblo indio —explicaba el gringo metiéndose en todos los rincones, hasta llegar a un patio interior. Un hombrecito bajo y sonriente les salió al encuentro.

—Pasen... —les dijo amablemente, frunciendo sus ojitos achinados—. Les gustará la capilla que construyó don Pedro de Valdivia.

El sacristán amable sacó una enorme llave vieja y abrió un candado del porte de una mano ancha.

—Este techo —iba explicando— es todo de madera de cactus, que en ese tiempo llenaban

el valle, y está amarrado con cueros. Las puertas también tienen bisagras de cuero...

Al *mister* le fascinaron esos detalles, que también fotografió.

—Los santos están en la iglesia que mandó construir Mateo de Toro y Zambrano —continuó el sonriente guía como si hablara de un pariente.

En la iglesia había una Virgen vestida de negro que movía sus brazos como si llorara a su hijo muerto. El gringo quería comprarla para un museo que estaba haciendo en Antofagasta.

—No, señor, los santos son del pueblo —dijo el sacristán secamente—. Nos acompañan desde hace muchos años. Además, nunca se ha oído que se venda un santo. A lo más se cambian por alguna cosa decente.

A Perico empezó a caerle mal el *mister*, hambriento de cosas viejas.

Por una rampa angosta treparon al campanario, donde dos campanas de bronce tenían una fecha: 1819.

Cuando bajaron, el sacristán contó:

—Fíjese, patrón, que este patio está lleno de muertos. Cuando hicimos un hoyo para poner la llave de agua, salieron tres finados a la luz.

Al gringo le brillaron los ojos.

—¿Y no hay momias por aquí?

—No, porque aquí todos los esqueletos son bautizados —dijo el sacristán.

A Perico le entró una sospecha... ¿Sería una momia, un esqueleto lo que llevaba como un tesoro en esa caja?

Le dio horror tenerla a su lado, aunque fuera en paquete. Le había encargado tanto el gringo que la protegiera de los hambrientos ratones... ¡Un esqueleto era el tesoro que cuidaba!

Decidió huir y salió en puntillas al patio mientras *mister* Maller seguía averiguando de lugares con entierros.

Perico no sospechaba lo porfiado que puede ser un extranjero, lo difícil que resulta escaparse de sus manos cuando a uno lo han contratado.

Sin alcanzar a protestar, se vio de nuevo en el jeep, por el valle del Loa adentro con la caja de la momia otra vez en sus brazos.

—Vamos a una antigua ciudad-fortaleza, que se llama Pucará de Lasana —explicó el gringo con sus "gr"—. Y dormiremos esta noche allí.

A lo largo del valle se alineaban casitas aisladas con curiosas cruces de flores de papel en los techos planos. Rebaños de cabras y siembra de zanahorias abundaban por allí, y en el río, los gringos de Chuquicamata habían echado peces para tener pesca. De vez en cuando, una altiva llama aparecía encerrada por cercos de piedras.

—Ese animalito se parece a nuestros guanacos de Magallanes —comentó Perico, y entonces el *mister* gruñó:

—¿Acaso eres de por allá?

—Soy fueguino —contestó el muchacho, orgulloso.

—¡Oh!, déjame examinarte...

No alcanzó a decir más, porque chocaron contra una piedra y se les reventó un neumático.

Perico tuvo que ponerse a la tarea de cambiar la rueda, cosa harto difícil para él. Mientras, el gringo no dejaba de examinarlo. Al final dijo:

—No, no hay huella de onas en ti, ni de ninguna raza aborigen fueguina.

Parecía desilusionado. El muchacho aprovechó para acercarse al Loa y lavarse cara y manos en sus aguas algo salobres. Acalorados, siguieron viaje. Al cabo de una hora llegaron al famoso pucará, construido de piedras, unas sobre otras. Estaba en una altura, dominando el valle, y Perico, feliz de estirar sus piernas, apenas el gringo detuvo el jeep, se disparó corriendo hacia la fortaleza abandonada.

Corrió de un lado a otro, escarbando aquí y allá, sin acordarse de su oficio de pioneta, y por fin volvió triunfante donde *mister* Maller llevándole una punta de flecha muy extraña que encontró.

—Aquí hubo una batalla —explicó el gringo—. Se encontraron esqueletos de guerreros muertos en el combate... Hubo un acueducto que llevaba agua a la ciudadela y, al cortársela, fueron vencidos los indios... Tu flecha es interesante, pero me interesan más los esqueletos que hay en el pucará.

—¿Por qué? —preguntó Perico enojado que no le diera las gracias por la flecha.

—Una momia es muy valiosa —dijo Maller desenvolviendo el paquete que encomendó a Perico, y levantando la tapa de la caja, apareció una figura encucillada, cubierta de telas color fierro oxidado y cuya calavera oscura mostraba unos dientes que parecían sonreír.

Perico retrocedió espantado.

—¿Esto llevaba yo? ¿Una momia, un esqueleto de gente? —preguntó.

—Sí, Perico. Una momia tiene cientos de años conservada por fórmulas muy antiguas y secretas. Por eso es tan valiosa...

—¿Y por qué ríe? ¿Es que murió contenta?

—No tiene labios, pero conserva sus dientes. Por eso crees que ríe...

Mister Maller la guardó con cuidado en su caja metálica.

—A ver si encontramos otras... —dijo invitando a Perico a trepar al pucará.

—No quiero ir —alegó Perico—. No me gustan los esqueletos...

Pero tuvo que seguir al gringo; era su obligación.

Un laberinto de pequeñas habitaciones ya sin techos, murallas de piedra y huecos de puertas angostas... Era todo.

—¿Eran niños los que vivían aquí? —preguntó Perico.

—No, pero los quechuas eran de tamaño pequeño. Lástima que estas ruinas no tengan nada de valor, apenas su aspecto de ciudad que fue. Otros visitantes, antes que nosotros, se llevaron los collares de turquesa, las gredas y cerámicas que yo busco.

—Pero ¡hay corontas de choclo! —Perico mostró una creyendo haber descubierto algo valioso.

—De eso se alimentaban los indios quechuas, de choclo —se guardó la coronta—. ¿Dónde hallaste esta punta de flecha?

No encontraron más porque Perico se guardó una que descubrió en un hoyo. Si la mostraba, el gringo se quedaría con ella.

Esa noche le costó dormirse; el viento le parecía la voz de los esqueletos y el gemido de las momias.

Menos mal que en el cielo brillaba el volantín de las estrellas. En él creía ver los ojos de su madre que lo seguían cuidando.

47 *Un estadio de gigantes*

Al día siguiente, de vuelta del valle, *mister* Maller anunció que irían al mineral más grande del mundo: Chuquicamata.

—Yo lo acompaño hasta la boca de la mina —declaró Perico—. Me contraté de pioneta y fui pioneta. No soy busca-calaveras ni quiero entrar a más minas. ¡Ya las conozco!

—Vaya, vaya —rió el gringo—. Así que conoces minas, conoces Chuqui. ¿Tienes miedo a las momias en Chuqui, Perico?

—Tengo miedo a los esqueletos en todas partes. Avísame por favor antes de llegar...

—¡Ya estamos! —declaró *mister* Maller mostrándole a Perico una inmensa excavación que parecía un estadio para gigantes.

—Este es Chuqui, el mineral a tajo abierto, sin túneles, a todo aire, el más grande del mundo.

En vez de asientos, ese estadio tenía un tren de diez carros en cada escalón, carros cargados del mineral. Grúas con palas mecánicas que abrían y cerraban las tremendas bocas, mascando piedras. Una explosión muy preparada para extraer el metal disparaba el polvo, haciendo volar las piedras por

el aire como un enorme surtidor y tronaba después de que ellas saltaban.

A Perico aquello lo impresionó mucho.

—El lugar es tan grande que el ruido se oye después —dijo Maller.

Los mineros parecían hormiguitas afanadas en los escalones del estadio. La faena era inmensa y los cerros del mineral de cobre brillaban en diferentes tonos bajo el sol.

A Maller no le interesaba el mineral; él era un arqueólogo preocupado de encontrar restos de vida humana desaparecidos. Los estudiaba y coleccionaba como científico.

—Ahora tomaremos el camino antiguo —dijo a Perico—. Vamos a atravesar lo que antes se llamó cordillera de la Sal, y ahora se conoce como el Valle de la Luna. Verás qué fantástico camino...

—Seguro que son cementerios... —dijo Perico mirando al gringo.

—Muy probable —rió *mister* Maller—, pero seguiremos de largo, por el Valle de la Luna. Abre bien los ojos, niño fueguino, que habrás visto extrañas figuras en los hielos eternos. Aquí no hay hielos, pero sí mucha sal.

Entraron en un valle extraño, bordeado de un farallón salino, donde podían verse las numerosas capas que forman una montaña. Al borde de la vieja huella que seguían, iban apareciendo las más caprichosas figuras, estatuas de sal. Una parecía un Cristo crucificado y junto a él, dos figuras de pie: la Virgen y San Juan. Más allá se veía un luchador, o animales prehistóricos, raros, exóticos.

—¿Esos animales existieron? —preguntó Perico—. ¿Hubo aquí una iglesia a la que perteneció ese Cristo blanco?

—Más bien pregunta si este es el taller de un escultor, Perico. Sí, de un escultor que es el propio Dios usando como herramientas los vientos... Hace muchos años esto fue el fondo del mar. Así pensamos los que hemos estudiado estas cosas. Estos animales están hechos de sal, bloques de sal que los vientos fueron cincelando y quebrando los fríos de la noche.

Perico miraba asombrado como la luz daba destellos de distintos colores sobre las estatuas, que parecían llenarse de sangre a ratos o tornarse rosadas o violetas. *Mister* Maller había detenido el jeep para mirar el espectáculo nunca antes visto. Perico se bajó para recoger trozos de cristales de sal que llevaría a su tierra.

—Así me creerán lo que les cuente —dijo al gringo.

Pero antes de salir del Valle de la Luna los sorprendió la noche y tuvieron que buscar un refugio para protegerse de los vientos. Encontraron una gruta donde se acomodaron con sus mantas para defenderse del frío que cayó bruscamente al esconderse el sol.

El silencio era completo. No se oía ni siquiera el silbido del viento, ni el ruido de algún animal; nada parecía vivir allí. Arriba, las estrellas y abajo, la oscuridad y el silencio sin límites como si la vida hubiera desaparecido. Uno se sentía en un trocito de suelo que al dar el primer paso lo haría caer en el vacío.

Encendieron una fogata con llareta, planta que demora muchos años en crecer y es como una raíz

monstruosa y que Maller había conseguido antes de emprender el viaje para tener con qué calentarse.

—Esta llareta casi no se encuentra ahora —dijo a Perico—. En tiempos del salitre, los mineros acabaron con ella...

Cuando por fin lograron dormirse y estaban en lo más profundo de su sueño, despertaron con unos horribles gritos, como aullidos de dolor.

—Alguien está matando a una mujer —dijo Perico aterrado.

—Así parece... —el gringo encendió la linterna—. Vamos, podemos ayudar... —y Maller desenfundó un arma que llevaba en su mochila.

Persiguiendo los gritos recorrieron toda la caverna, iluminando los rincones, sin encontrar a nadie.

Perico temblaba de miedo. Esto no era cosa natural. En cambio, el gringo permanecía tranquilo como las estatuas de sal.

—Pienso que hay una causa científica que explicará el fenómeno —dijo con su particular acento.

Tan bruscamente como empezaron, los gritos cesaron y el silencio se hizo inmenso. Perico logró dormirse cerca del amanecer.

No podía dejar de recordar las palabras del Chicharra: "La camanchaca trae del mar pueblos y visiones...". Solo que esta vez habían sido gritos terribles, difíciles de olvidar.

Al otro día, *mister* Maller revisó la gruta con sumo cuidado y llegó a la conclusión de que cualquier aire suave podía provocar esos aullidos al meterse por la rendija de la roca de cuarzo y cristales salinos. Sin embargo, no se quedaron para comprobarlo.

48 Miss Chile

Cerca del mediodía, salieron bruscamente del Valle de la Luna y descendieron hacia el verde oasis lleno de casas blancas, un pueblo pequeño y pacífico, San Pedro de Atacama.

—Oiga, *mister*, ¿es un pueblo fantasma este, como los aullidos de la gruta? —preguntó Perico.

—San Pedro de Atacama es verdadero. Pero ese griterío en la caverna también me pilló de sorpresa. En el pueblo preguntaremos qué pasa con la gruta. El padre Le Paige debe saberlo.

—¿Es un sacerdote?

—Sí, Perico, un sacerdote arqueólogo que ha descubierto antiquísimos cementerios y pueblos atacameños que el tiempo enterró bajo la sal. Es un privilegio conocer a un hombre así.

Algarrobos espinudos y huertos con frutales y hortalizas crecían en el oasis. Los clásicos pimientos sombreaban algunas calles solitarias.

Con el ruido del jeep, las gentes se asomaron a mirar a los viajeros. Eran amables y sencillos y les dieron la indicación que pidió el gringo; el lugar del museo del padre Le Paige.

El museo era una de tantas casas de adobe,

pintadas a la cal, de aspecto rústico. El edificio más hermoso: su iglesia, como en todos los pueblos nortinos.

Por suerte, el padre arqueólogo estaba en casa, porque viaja mucho. Los recibió con su sonrisa buena en su cara muy arrugada, curtida por el sol y la sequedad salina del desierto. Se libraba del equipo polvoriento de explorador y se lavaba las manos antes de saludarlos.

—Me han pillado muy de buenas —dijo a Perico y Maller—, acabo de traerme un precioso tesoro para el museo...

Siempre sonriendo, los guió entre horribles momias acurrucadas, cántaros y platos de greda de mil formas, hacia su feliz hallazgo.

—Aquí tienen a mi princesa maravilla, y son ustedes los primeros en conocerla. He demorado dos semanas en desenterrarla porque la tierra la defendía endurecida. ¿Verdad que es una belleza? La he llamado *Miss Chile* por ser tan hermosa...

Perico retrocedió espantado: era una momia de largo pelo negro peinado en trenzas, con sus manos cruzadas sobre el pecho y las rodillas dobladas junto a él. Sus dientes eran blancos y parejos y tenía en la frente unas monedas de plata ennegrecidas.

—Sus pertenencias y cacharos me han salido intactos —decía el padre Le Paige, fascinado con su hallazgo—. De todas, *Miss Chile* es la más hermosa por su juventud y gracia.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Perico no

sabiendo qué decir. El sabio hablaba de "juventud" al mostrarla:

—Más de mil años, quizá... Me queda por averiguarlo estudiando los trozos del cántaro que la encerraba y que ha salido a pedazos...

Los dos hombres escudriñaban el material quebrado, mientras Perico iba sintiendo algo raro en el estómago. De pronto le dio por imaginar al padrecito arqueólogo, a su ayudante y al macizo *mister Maller* convertidos en momias y acaso él mismo... ¡Le faltaba el aire; necesitaba ver el cielo, el campo, el desierto y más que todo su tierra!

Se afirmó al vano de la puerta del museo para resistir el mareo. Vio salir a *mister Maller* y entrar de nuevo trayendo su momia, esa caja que le tocó llevar a Perico durante el largo viaje.

—La va a mostrar, la va a vender al padrecito... —pensó y no pudo resistir más.

Salió afuera, donde el aire estaba limpio de olores azumagados. Aspiró profundo y sin pensar más partió corriendo hacia el jeep. Sacó atolondradamente sus cueros enrollados, su saco de equipaje, la caja del avión y echo a correr calle abajo sin saber adónde iba.

Nadie advirtió su huida...

—¡Quiero mi rancho, mi gente, mis ovejas, mi tierra! —acezaba Perico mientras corría.

Alguien se lo quedó mirando, pero no le importó mucho ese chiquillo afuerino que cruzó frente a él.

Torció por una esquina y disminuyó su carrera. El morral con sus piedras se había vuelto

muy pesado. Por un momento tuvo la tentación de botarlo.

—¿De qué van a servirle a mi padre esas piedras de sal?

Se sentó en una grada para recobrar aliento y se dispuso a sacar del morral su peso inútil. Pero cuando tuvo en sus manos los hermosos cristales que daban luces bajo el sol, uno con forma de oveja echada, el otro como una miniatura de los penitentes, volvió a guardarlos cuidadosamente en su morral.

—No podría comprar algo más lindo para llevar a casa —se dijo.

Oyó el ruido de un auto a la distancia y bruscamente se puso de pie.

—El gringo aparecerá en cualquier momento si no escapo adonde sea...

Ya no estaba cansado y partió al trote en busca de la carretera, que no tardó en encontrar.

Ahí se detuvo y solemnemente hizo la señal de la cruz, para asegurarse cuál era su mano derecha. Abrió los brazos y miró al frente, creyendo mirar hacia el mar...

—Norte —dijo abriendo su mano derecha—. Mi camino es hacia el sur, así que debo hacer dedo con mi izquierda. Y lo haré a lo primero que pase, aunque sea una carretela, si va al sur...

En ese instante vio acercarse una polvareda, y un destello de luz por poco lo deja ciego.

—Dios Santo. ¡Es una moto! —exclamó incrédulo agitando su dedo pulgar a toda velocidad.

El ruidoso aparato con brillante manubrio

disminuyó la marcha haciendo explosiones, pasó ante él y girando en redondo frenó casi a su lado. El motociclista puso un pie en tierra y le gritó:

—¡Trepá atrás!

Lo único visible de él fue su boca por un momento, para luego esconderse bajo la bufanda.

Perico plantó su equipaje entre los dos asientos y saltó a la moto, riendo de oreja a oreja de felicidad. Una acelerada a fondo muy ruidosa pareció elevarlos al arrancar a toda velocidad por la carretera.

El viento congeló la risa de Perico, que no pudo volver a cerrar la boca mientras sus orejas sonaban como papeles...

Por fin decidió acurrucarse contra la ancha espalda del chaquetón del piloto, aferrándose a ella con toda fuerza.

Volaban por la carretera ensordecidos por el potente motor.

—Ya no logrará alcanzarme el gringo —pensaba Perico—. Estaré en mi rancho fueguino antes que él se dé cuenta de que me ha perdido.

Ni por un momento se le pasó por la mente que viajaba hacia el norte, que había abierto los brazos mirando a la cordillera en vez de hacia el mar y que había hecho dedo para seguir trepando por Chile, cuando en realidad ansiaba volver a su casa en el extremo sur...

49 Pietro

El motociclista tenía más de *bulldozer* que de humano: no hablaba, no miraba a ningún lado. Enclavado a su Honda de pies y manos, devoraba kilómetros como si estuviera contratado para aplanar caminos.

—¿A dónde iremos? —parecía haber olvidado que llevaba a Perico a sus espaldas volando por la carretera.

Cruzaban grandes buses colmados de pasajeros, largos camiones con acoplados cargados de automóviles, uno sobre otro como si fueran juguetes, inmensos carros de arrastre cubiertos de lona verde.

Perico desconocía el camino, pero pensaba que quizá se debía a que había pasado dormido esa parte de la ruta en el jeep.

De pronto la moto hizo un viraje hacia un desvío y por poco dispara a Perico al otro mundo. Se agarró como lapa a la dura espalda de su extraño piloto, mientras se internaban por un sendero polvoriento y pedregoso. Afortunadamente, disminuyó la marcha y se detuvo.

—¡Descansa! —le ordenó a Perico saltando al

suelo y recostando la moto a la sombra de un árbol solitario. Se libró de la bufanda y bebió un largo trago de su cantimplora.

—Es solamente agua... —dijo ofreciéndola a Perico. No se quitó los oscuros anteojos que cubrían la mitad de su cara.

—Gracias.

Perico no tenía sed, pero sí una tremenda necesidad de estirarse y relajar los músculos que venían agarrotados con el viaje.

El motociclista rió al ver los gestos del chiquillo.

—En realidad creo que olvidé que venías conmigo —dijo recostándose junto a su moto. Su boca, lo único que podía ver Perico, era grande y risueña y su voz simpática.

—Más vale conocernos, ya que hemos de seguir juntos... ¿o quieres que te deje olvidado en estas tierras? Mi nombre es Pietro —y alargó su mano enguantada a Perico.

—Espero que no me deje tirado —Perico se dejó caer al suelo junto a él—. ¿Puedo saber adónde va?

—Puedes preguntarlo. Solo que yo no contesto. ¿Sabes por qué?

—Creo que usted mismo no lo sabe —rió Perico y Pietro soltó una larga carcajada que en esa soledad sonaba extraña.

—Me alegra ver que no eres tan pajarito como te creí al recogerte —dijo Pietro— y si algún día quieres darme las gracias por el paseo, te pediré un favor...

Perico iba a ponerse de pie cuando una mano



violenta lo echó al suelo de nuevo. Su insólito compañero lo retenía a su lado, inmovilizándolo. Y no hizo resistencia, pero con la mirada escrutó el horizonte.

Entonces divisó entre las ramas la mascarilla de un auto que estaba detenido a la entrada del desvío. Pudo advertir que era un patrullero militar y comprendió que tenía que hacerse el muerto...

Pasó un largo rato en que el silencio parecía palpar en ese aire transparente donde el cielo era de un azul tan claro. La imaginación de Perico se tornó en película policial, en que el amigo Pietro era un terrorista. Entretanto, el patrullero retrocedió y se fue. Sintió entonces Perico que la mano dura que lo sostuvo, ahora se relajaba.

—Sujeta tu fantasía, chiquillo —Pietro le hablaba con voz suave como respetando el silencio—. Tuve un problema, pero no soy un malo y puedes confiar en mí.

Se levantó de un salto y estiró su largo cuerpo.

—Aquí viene el favor que iba a pedirte. ¿Lo harás?

A Perico no le salió la voz, pero afirmó con la cabeza al levantarse.

—Este desvío lleva al rancho de un amigo mío, un bencinero que parcha neumáticos y sirve a los viajeros en pana. Es el único en esta zona y bien conocido. Su estación de servicio se llama Aguas Secas y traigo para él una carta familiar.

Perico esperaba con mucha atención a lo que Pietro decía:

—Iba a llevarla en moto, pero la aparición del

patrullero me impide hacerlo, porque esta maldita Honda hace tanto ruido... ¿La llevarías tú por mí?

Sacó un sobre grueso y abultado y sin soltarlo se lo alargó a Perico.

—Mi problema con el patrullero es solo que perdí mi carné de identidad y mientras no lo renueve, si llegan a pedírmelo...

Perico respiró con alivio. El amigo Pietro le había hecho un servicio, era simpático y estaba feliz al saber que no era un terrorista.

Recibió las instrucciones y partió al trote hacia el rancho, que no estaba tan lejos.

Afortunadamente, el sendero no se abría, sino más bien se iba angostando, aunque no se divisaba ningún rancho.

Perico trotaba muy confiado, pero encontrando cada vez más largo el camino. ¿Y si el motociclista lo había engañado, deshaciéndose de él con un sobre cualquiera para luego partir y dejarlo olvidado?

Sacudió la cabeza para espantar el mal pensamiento.

—Hay que pensar bien de la gente —se dijo— o voy a ser un asqueroso desconfiado, solitario y sin amigos.

Fue entonces cuando al torcer el sendero, vio el rancho con sus neumáticos y tambores desordenados, en un bajo que seguramente lo protegía un poco de los vientos.

El hombre que salió del taller a recibir el sobre que traía Perico tenía una calva roja y brillante y le faltaba una oreja.

—Pietro le mandó esto.

—¿Pietro? Espera un momento...

Entró al rancho, sin siquiera ofrecerle un vaso de agua a Perico, y demoró unos minutos.

—Aguas Secas —leyó el chiquillo el mal pintado letrero, con la "S" al revés y sonrió al verlo. No lejos se veía un pozo y se avivó su sed, pero siguió esperando hasta que apareció el hombre envolviendo un tarro de aceite.

—Pietro me lo encargó para su moto —dijo entregándolo a Perico, y se volvió a su rancho.

El camino de vuelta se hizo más corto, aunque no se apuró en correr. "Si Pietro necesita este aceite, me esperará", pensó Perico desandando la ruta polvorienta.

La soledad y el silencio lo iban haciendo crecer y le vino la idea de que él era pirquinero. Así, mirando a todos lados o con la vista clavada al suelo, a cada rato creía descubrir una mina en pleno desierto. Pronto divisó el arbolito a cuya sombra se veía la silueta de Pietro de pie, aguardándolo. Vino a su encuentro con sus largos pasos.

—Te demoraste un buen poco —dijo tomando el tarro que le entregó Perico—. Ahora podemos seguir sin miedo a que nos falte aceite...

Colocó el tarro bien acuñado con ropas entre el resto de su equipo y remolcando la moto llegaron por fin a la carretera.

50 Tremenda sorpresa

Había oscurecido y aunque el faro de la moto era potente, la carrera por la Panamericana se tornaba difícil. Faros y focos de camiones y buses los cegaban y resultaba insoportable recibir esa luz tan directa en los ojos a cada instante.

De pronto se oyó una sirena, y casi al instante una patrulla se les atravesó en el camino, obligándolos a detenerse. Tres carabineros los rodearon, y mientras uno se hacía cargo de la moto, otro encañonaba a Pietro y el tercero se hacía cargo de Perico.

—Esta vez no te escapas —decía el jefe de la patrulla a Pietro, colocándole esposas y guiándolo al furgón en el cual lo hizo entrar. La maravillosa moto fue colocada ahí también y Perico pasó a acompañar al chofer en su cabina mientras los otros carabineros se encerraban con Pietro.

El corazón de Perico saltaba aturdido sin saber qué pensar.

—Con que haciendo de “loro” a tus cortos años... —le habló el que manejaba el furgón.

—No entiendo nada —medio tartamudeó el chiquillo.

—Como todos los loros, nunca saben lo que pasa. Pero te voy a dar un consejo. Allá en la comisaría no te hagas el tontito, porque te harán cantar... Larga altiro la verdad: la tendrás que confesar de todas maneras y, al decirla sin que te fuercen, te va a servir de mucho.

Perico empezó a tomarle el peso a su situación, a darse cuenta que el tal Pietro no era tan bueno como él hubiera querido, que estaba enredado en algo serio por haber viajado con él.

Tenía susto, pero luego se acordó de que podría recurrir al capitán Álvarez si lo metían preso y el Pietro lo acusaba de alguna manera... Eso lo tranquilizó, y mientras viajaban a gran velocidad, decidió consolarse pensando que se acercaban a su tierra.

—Yo le quiero contar a usted la verdad —dijo de pronto Perico a su compañero de cabina.

—Es mejor que te la guardes para el comisario...

—A él no lo conozco y me cuesta menos contárselo a usted.

—¿Desde cuándo andas con Pietro? —el tono del chofer era como de juez.

—Quizá era mediodía. Le hice dedo en el camino. Quiero llegar a mi casa en Tierra del Fuego...

Una gran risotada fue la respuesta. Cuando terminó de reír, el carabinero volvió a ponerse serio.

—Te pasaste de inocente. Dices que vas al sur... Sigue mi consejo y no inventes mentiras. Sabes de sobra que vamos al norte.

Perico sintió como si quedara suspendido en

el aire. ¿Al norte? Por segunda vez se equivocaba de orientación.

—Nunca creí ser tan idiota —dijo para sí—. Ya antes en los canales del sur me equivoqué medio a medio... Nunca pensé que me iba a pasar dos veces.

—Sí, parece como mucho. ¿Así que quieres llegar a Tierra del Fuego?

—De allá salí y quiero volver a mi casa.

—Tienes para un buen rato, lorito. ¿No sientes el olor a pescado? ¿No divisas las luces de la ciudad? Vamos llegando a Iquique...

—¿Verdad? —preguntó incrédulo Perico.

—Y tan verdad, como que vas a conocer el puerto por una ventanita de la cárcel.

Perico no contestó. Algo le apretó de repente la garganta y se sintió muy solo y perdido.

La sirena iba abriéndole paso al patrullero por calles bien iluminadas y pronto se detuvieron ante un edificio con una placa muy brillante: "Primera Comisaría".

Al detenerse la patrulla, salieron a recibirlo otros carabineros que se hicieron cargo de la moto y de Pietro, que ocultaba la cara. El chofer acompañó a Perico llevándolo del brazo; le había tomado simpatía y quería ayudarlo.

Ante una baranda interrogaron a Pietro, al que ya le habían quitado su revólver y algunos papeles. Desde fuera un cabo trajo el equipo de ropa y las pertenencias de Perico que estaban en la moto. Les interesó la caja del avión que examinaron cuidadosamente.

—Me lo regaló la mamá del piloto Pedro Álvarez. Yo le salvé la vida a su hijo en Magallanes.

El comisario sonrió, mientras el carabinero amigo de Perico hacía un gesto como indicando que el niño tenía demasiada fantasía.

Abrieron el paquete con el tarro de aceite que le enviaron a Pietro a través de Perico desde Aguas Secas.

—Y esto ¿quién te lo dio? —preguntó riendo el comisario.

—No es mío. Fui a buscarlo por encargo de Pietro a un rancho en Aguas Secas. Es aceite para su moto, creo...

Un oficial remeció el tarro y lo abrió con su cortaplumas.

—¡Buen aceite! —dijo vaciando sobre la mesa un polvito extraño. Unos cuantos dedos revolviéron el polvo y lo olfatearon. Luego, todos de acuerdo dijeron "sí".

—Por fin tenemos a este astuto traficante y con pruebas. Pueden llevarlo adentro —ordenó y se llevaron a Pietro. Perico lo miró irse con pena.

—Ahora vamos a oír tu cuento, lorito —le dijo a Perico.

—No es cuento —Perico muy serio miró a su compañero de cabina—. Lo puede comprobar y tendrá que creerme, señor. Es la verdad —y se largó a contar todo su viaje, desde el principio.

Alguien iba anotando todo lo que él decía, en un libro, mientras funcionaba una grabadora cuyo micrófono sostenía un oficial.

No fue corta la declaración de Perico. Se dio

cuenta de su extensión al firmar varias hojas escritas.

—Bien, quedarás a nuestro cuidado hasta que se compruebe la verdad de tus declaraciones.

El oficial se levantó estirándose con disimulo después del largo interrogatorio.

Perico fue llevado a comer un buen plato de porotos antes de dormir en una pequeña celda.

Alguien lo sacó rudamente de su sueño. Cruzaba el cielo en un tren con alas cuando esa mano lo tiró de un brazo.

—¿Dónde estoy? —preguntó aturdido al uniformado.

—Camina y ya verás —fue la respuesta.

—¿Por qué me saca de aquí?

—Orden de traslado. Puedes volver, si esto te gusta...

—Quiero mis cosas —protestó mientras lo arrastraban.

Por un pasillo largo salieron a una puerta trasera. Al ver el sol, el cielo azul, quiso recobrar su libertad, pero la mano apretó duramente su brazo.

—Pórtate bien si no quieres llegar herido al reformatorio.

Los esperaba un jeep que los llevó a una especie de escuela. Los compañeros eran mayores que él y se acercaron en grupos.

—No queremos guagüitas aquí —dijo uno—. Te vamos a hacer crecer —y de un empujón lo tiró al suelo. Tres muchachos se sentaron sobre él inmovilizándolo.

Se oyó un silbato y rápidamente formaron filas.

Perico no se movió.

—Brigadier —gritó una voz de hombre—, trae aquí al recién llegado.

El muchacho arrastró a Perico sin dejarlo levantarse.

—Se olvidó de caminar —explicó muy serio—. Como estaba recién aprendiendo...

—Levántalo, Rubilo —dijo la voz. Perico se puso de pie y le sangraba la nariz.

—¿No dije? Debe ir a la sala cuna —rió otro haciéndole gestos.

Perico le disparó una patada en la canilla, a toda fuerza, y lo dejó saltando en un pie, maldiciendo.

Mientras marchaban hacia el comedor, Perico logró escapar de la fila y escabullirse por un pasillo. Se escondió tras una puerta a la espera de que no hubiera nadie a la vista para escapar. Estaba seguro de poder lograrlo, porque nadie se había fijado en él.

Desde lejos le llegaba el alboroto de voces de los muchachos almorzando y los golpes de vajilla en la cocina, muy cerca. Tenía hambre, pero había que desentenderse y aprovechar el momento en que todos se afanaban...

Divisó los tarros basureros y corrió hacia ellos, con tan buena suerte que la puerta de servicio estaba abierta y escapó sin problemas.

Con paso muy tranquilo y dirigido por su olfato, se encaminó hacia el mar y cuando llegó frente a la playa le llamó la atención una bandera chilena que flotaba enclavada en una boya.

Entre las rocas vio algunos mariscadores y

poco a poco se acercó a ellos. Le convidaron unos cuantos mariscos que sacaban de sus conchas con su cortaplumas. Tenían sabor a gloria después de tanto ayuno.

—Eres afuerino, ¿no? —le preguntó un pescador.

—Sí, llegué anoche. Ni sé donde estoy...

—Por si te sirve saberlo, este es Iquique. ¡Ahí tienes delante la bandera que muestra donde se hundió la Esmeralda!

Fue una impresión profunda para Perico recordar el combate de Iquique justo ante el lugar donde ocurrió. El pescador era conversador y lo invitó a su casa. El olor de sus manos le hacía sentirse junto al lobero y en poco rato olvidó el triste día anterior.

Aquel día vivido con el grupo de mariscadores y pescadores, recorriendo rocas y acantilados y luego una parte del puerto para llegar al rancho sería siempre un día maravilloso. Sin un guía, sin un programa, sin patrón; dueño de sí mismo y libre como los alcatraces que iban y venían del mar...

Con la familia, al oscurecer, compartieron un buen caldillo de choros y no faltó un rincón entre los niños para que Perico durmiera igual que en su rancho.

51 ¡Mi Perico!

Perico dormía aún cuando su amigo mariscador salió a las rocas a recoger sus choros, los llevó a vender al mercado y volvió al rancho trayendo pan y verduras con el dinero logrado. Ni siquiera despertó cuando este se sentó junto a su mujer a tomar su té caliente.

—Oye —le decía a ella entre sorbo y sorbo—, en el mercado se comentaba de un desaparecido...

Con un gesto de la barba indicó a Perico en el rincón, dormido.

—Creo que es este cabro. Se arrancó del reformatorio y lo andan buscando por todos los rincones.

—No es el primero ni será el último —dijo la mujer sirviéndose otra taza—. Si es como una prisión, eso, y cualquiera se arranca...

—No quisiera entregarlo —dijo el pescador—. Es un cabro simpático y lo podemos adoptar. Uno más no te importa, Juana, y este puede ayudarme en el trabajo.

—No todo será mala suerte para que lo encerraran ahí. Averíguele un poco antes, Fanor...

—No va a contar sus problemas, si los tiene.

Alguien golpeó a la puerta y Fanor fue a abrirla.

—Buenos días, Parra —el carabinero saludó amable al pescador.

—Muy buenos, y adelante. Acompañenos con un tecito caliente...

—Gracias, Parra. No es visita de cumplido. Vengo en misión...

—Vaya, vaya. ¿Qué lo trae por aquí? —le alargó una silla, adivinando la "misión" del cabo.

—Se escapó un niño del reformatorio esta mañana y alguien dijo que lo vio mariscando con usted...

—Yo marisqueé solito esta mañana y ahí ve a los chiquillos dormidos...

El cabo les dio una mirada sonriente, saludó y se fue, disculpándose.

Apenas cerró la puerta, saltó Perico de entre las mantas:

—Oí todo, don Fanor. No hice nada malo, se lo juro por mi mamá que me mira del cielo... Me encerraron porque le hice dedo a un motorista que contrabandeaba, según parece. No lo conocía siquiera...

Perico estaba pálido y tembloroso. No quería llorar.

—Quédate tranquilo y toma desayuno. Ahora eres hijo mío, ya lo oíste.

Perico sorbió su romadizo y se barrió los lagrimones. El té le caía bien, así acompañado.

Los niños se despertaron y comenzó la chacota con Perico.

Estaban en lo mejor cuando se abrió la puerta

y entraron sin aviso dos uniformados.

—Venimos por su nuevo hijo —explicó uno—. No le va a pasar nada Parrita. El cabro es importante y no un delincuente como creímos al principio...

Perico se había aferrado a la cintura del mariscador y se tapaba la cara contra él.

—Hay un llamado de Arica —siguió diciendo el carabinero—, un llamado a toda la zona norte para ubicarlo. La orden viene del piloto mi capitán Álvarez que lo espera allá. Hay que llevárselo.

Perico se soltó del pescador. Su cara estaba radiante y se acercó sin miedo a los uniformados.

—¿Es verdad que el capitán me busca? —preguntó.

—Sí. Y te tiene una buena sorpresa si eres en verdad Perico.

De pronto se fue la risa del rostro del niño y muy serio le alargó la mano a Fanor Parra.

—Me da pena dejarlos... He sido tan feliz aquí. Tampoco sé cómo darles las gracias... —se volvió hacia la madre de los niños, abrazándola.

Al llegar al furgón que los esperaba, Perico descubrió en él sus cueros, su caja y el saco con sus piedras y regalos. Lo abrió rápidamente y sacó el encendedor y el buquecito comprados en Antofagasta. Corrió a entregarlos al marisquero.

—Aquí hace calor y los cueros no le sirven. Pero es lo único que tengo como un recuerdo... —y trepó otra vez al furgón.

Había gente en las puertas de los ranchitos pescadores y al despedirse Perico de los amigos

Parra, todos los que miraban contestaron su saludo.

—Tenemos un buen viaje todavía, pero pondremos la radio para distraerte... —dijo un carabinero.

—Aquí va un flash —dijo la voz del locutor—. Último minuto: ha sido ubicado el niño Perico, salvador y amigo del piloto Pedro Álvarez, quien lo espera en Arica. Hemos entrevistado al capitán, el que nos confirma la noticia de que fue este niño y no otro el que aprehendió al pirata del avión 628. En este momento el pequeño héroe va en viaje hacia Arica a reunirse con su padre, que lo espera junto al piloto Pedro Álvarez. Cabe destacar que Perico tiene apenas nueve años...

La música apagó la voz del noticiario mientras Perico trataba de hacerse oír. El carabinero apagó la radio.

—¿Dijo que estaba mi padre con el capitán? —preguntaba incrédulo Perico.

—Así dijo el noticiario... ¿No lo esperabas?

—Claro que no. Él vive en Tierra del Fuego.

—Lo habrá traído volando el capitán...

Perico creía soñar. ¡Iba a encontrarse con su padre al fin! Seguramente regresarían por avión a su tierra y miraría desde la altura el largo viaje, el desierto, el mineral de Chuqui, la cordillera, Valparaíso, la capital de Chile, los canales y fiordos, las islas y los témpanos de hielo... El mar azul y la cordillera blanca de su país maravilloso.

Mientras pensaba en esto, iba mirando otras cosas fantásticas de su tierra en el norte. Un enorme acantilado junto al mar, una quebrada

gigantesca que el furgón serpenteaba trepando o bajando bruscamente.

—La quebrada de Camarones —explicaba el chofer.

—Aquel es el morro de Arica —indicaba el otro acompañante, mostrando un cerro rocoso cortado a pique. Abajo un gran foso.

Arica parecía una joya después de los desiertos y roqueríos.

Plena de colores y flores, alegre, con su iglesita como de juguete que levantó el mismo que construyó la Torre Eiffel de París, sus edificios y hoteles, nuevos o antiguos, pero llenos de encanto.

El furgón con su preciosa carga entró triunfante al recinto militar donde esperaba el capitán y el padre de Perico.

Abrazos y lágrimas, muchos palmotazos y vivas.

—¡Mi Perico!

Esa voz, esa manta que olía a su rancho...

—¡Papá! —exclamó casi sin darse cuenta abrazándose a esa cabeza tan querida. ¿Estaría soñando? ¿Era una brujería de estos pueblos nortinos? Lloraba sin querer aferrado al cuello de su padre y repetía—: Papá, papito mío.

Todos sonreían emocionados mientras Perico continuaba escondiendo la cara entre las mantas de su padre.

De pronto Maller reaccionó con sentido práctico.

—¡Esto hay que celebrarlo!

—¡Brindemos por Perico!

—Al llegar la noticia de la captura del pirata —contó el piloto Álvarez— me informé de

la denuncia con detalle y mi primer paso fue tomar contacto con tu padre, Perico. Ya sabía yo, por la base aérea de Tierra del Fuego, con qué desesperación te buscaba él. Aunque le habían llegado tus cartas, no era suficiente. Sin demora, lo hice traer en el primer avión disponible. Luego, siguiendo el rastro del amigo Marsopa, llegamos a comunicarnos con el padre Le Paige. Por él supimos cómo llegaste al museo con *mister* Maller y ahí fuimos a buscarte. Claro que ya no estabas; mientras, nos alojamos en la hostería, pensando que esa noche no podías haberte alejado mucho... Y de amanecida empezamos a ubicarte.

—Gracias, capitán —la voz de Perico salió gorda y extraña—. Papá, quiero explicarte todo lo que pasó...

—Ya habrá tiempo para eso, Perico —dijo su padre—. El capitán Álvarez me contó bastante de ti, y lo que falta, lo oiremos todos en el rancho, allá en nuestra tierra.

—Hay un avión que los espera para llevarlos a casa. ¿Quieres regresar ahora? —preguntó el piloto con sonrisa sospechosa.

—Sí, mi capitán —le salió del alma al muchacho.

—Hay una recompensa para el que capturó al pirata.

—No la quiero. Mi premio será regresar al rancho con mi padre lo más pronto posible —aseguró Perico.

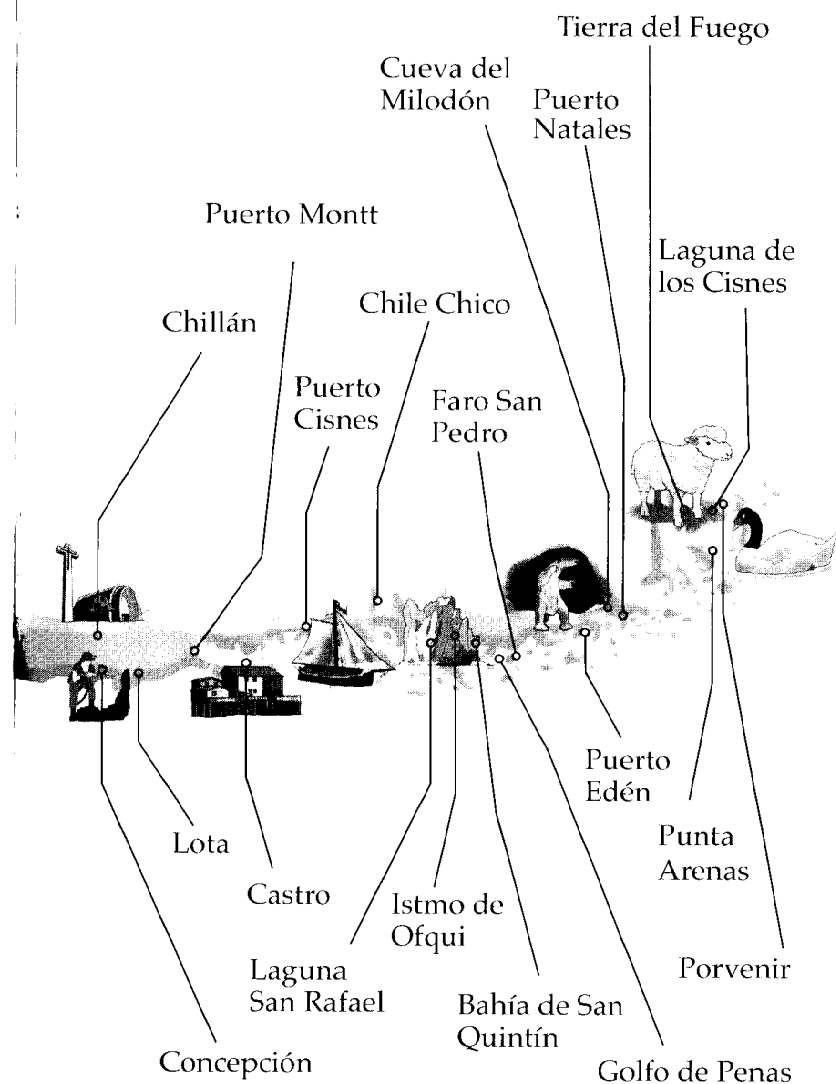
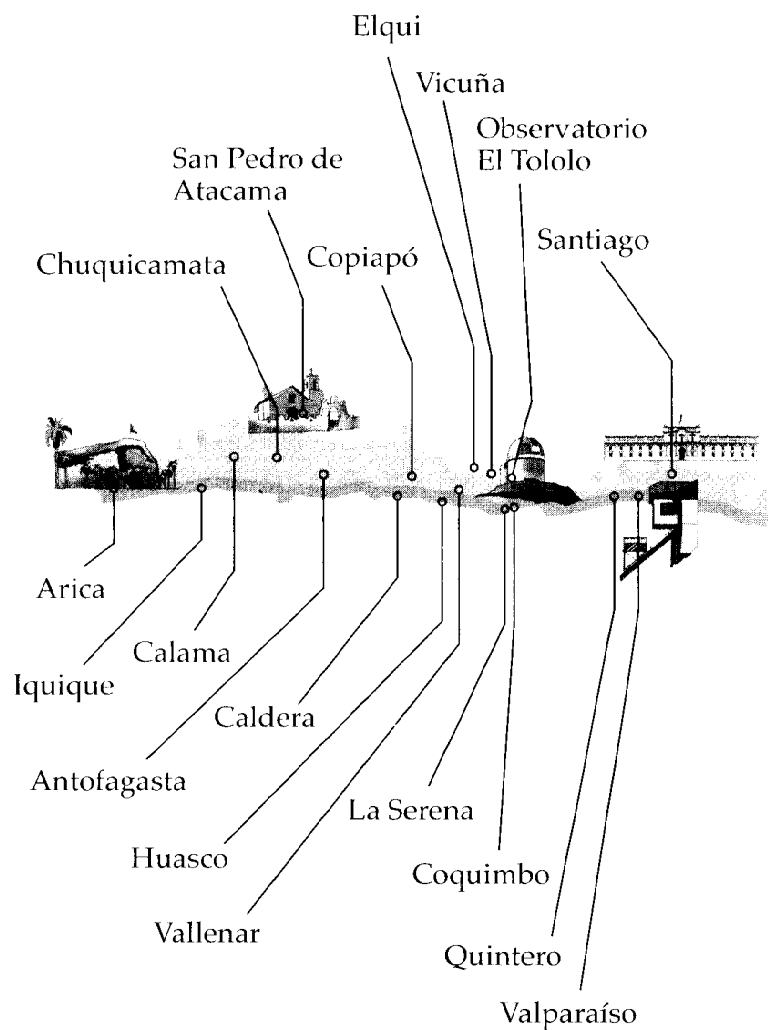
—Yo te la haré llegar de algún modo. Tu padre la usará para que estudies y sigas una carrera. ¿Qué piensas ser cuando grande?

—Ya soy bastante grande. Quiero ser piloto, marino y médico.

Las primeras palabras de Perico a su padre, una vez en el aire, fueron:

—Yo quería trepar por Chile hasta arriba, hasta donde termina, y lo he logrado. ¡Chile y su gente chilena son maravillosos!

Itinerario de Perico



ÍNDICE

1. El fueguino	7	27. El bosque sumergido	133
2. ¡Falta una!	12	28. Extraño encuentro	141
3. Una sorpresa	18	29. Las dos serpientes	148
4. ¿Ovnis o marcianos?	23	30. El buque fantasma	155
5. Terrible amenaza	29	31. El rapto	161
6. Y ahora ¿qué?	35	32. Aquí, torre de control...	169
7. Rumbo desconocido	41	33. Un pájaro más grande	175
8. ¡Contratado!	43	34. Laberintos negros	181
9. El pioneta	47	35. Apenas un papirote	189
10. Perico desaparece	50	36. Palacio de verdad	197
11. No era el mar...	54	37. Larga espera	202
12. Un ojo en la oscuridad	57	38. Casi un aspirante	208
13. Mundo azul	60	39. El puerto de pie	213
14. Un puerto oscuro	63	40. El pirata sonriente	221
15. El puma y la caverna	67	41. Premio con estrellas	229
16. ¿Quién era Milodón?	74	42. El pueblo fantasma	234
17. Sí, mi capitán	77	43. La chicharra en el camino	237
18. Mil canales y mil islas	82	44. La pastora de cabras	243
19. Los rebaños del capitán	87	45. El gran desierto	246
20. La venganza	93	46. El pucará	250
21. ¿Dónde está Mirasol?	99	47. Un estadio de gigantes	261
22. Golfos y ventisqueros	106	48. Miss Chile	265
23. Dos que se pierden	113	49. Pietro	270
24. El brujo	120	50. Tremenda sorpresa	276
25. Otra huella	124	51. ¡Mi Perico!	283
26. Una gran V en el cielo	128		